

César Vallejo



EL TUNGSTENO

CÉSAR VALLEJO

Santiago de Chuco, Perú
(1892- Francia 1938).

El más grande poeta peruano del siglo XX. Además de sus exploraciones en el campo de la poesía con resultados desbordantes de creatividad, César Vallejo es autor de varios cuentos y novelas:

Escalas (Lima, 1923), con doce relatos.

Fabla salvaje (Lima, 1923), novela corta o cuento largo.

Hacia el reino de los Sciris (Lima, 1944), novela corta.

El Tungsteno (Madrid, 1931), novela.

Completan su obra narrativa varios cuentos breves incluidos en "Contra el secreto profesional", un capítulo de una novela inédita titulado Sabiduría, y los cuentos *Paco Yunque*, *El niño del carrizo*, *Viaje alrededor del provenir*, *Los dos soras* y *El vencedor*.

EL TUNGSTENO

EL
TUNGSTENO

CÉSAR VALLEJO

Prólogo de
Roberto Reyes Tarazona

Universidad de Ciencias y Humanidades
Fondo Editorial

Colección
“César Vallejo: Creación”
dirigida por Balmes Lozano Morillo

EL TUNGSTENO
César Vallejo

© Asociación Civil Universidad de
Ciencias y Humanidades, Fondo Editorial
Av. Universitaria 5175 - Los Olivos, Lima - Perú
Teléf.: 528-0948 - Anexo 249
fondoeditorial@uch.edu.pe
fondoeditorialuch@yahoo.es
Primera edición: Lima, abril 2011

Tiraje: 500 ejemplares
Corrección, diseño y diagramación: UCH
ISBN: 978-612-45813-6-6
Depósito legal en la Biblioteca
Nacional del Perú N°: 201103965
Proyecto de Registro Editorial: 31501170800513

Prohibida la reproducción parcial o total
sin autorización del autor o de la editorial.
Impreso en el Perú / Printed in Peru

Con el fin de entregar al lector la novela *El Tungsteno* revisada teniendo en cuenta las primeras ediciones y los originales mecanografiados por el autor (que se conservan en la Biblioteca Nacional del Perú), hemos tomado como base el material trabajado con rigor y responsabilidad por Ricardo González Vigil, que se encuentra en *César Vallejo. Novelas y cuentos completos*, publicado en 1998 por Ediciones Copé de PETROPERÚ.

PRÓLOGO

El autor y su contexto

El Tungsteno, segunda novela de César Vallejo, es publicada por la Editorial Cenit en 1931. Posteriormente, en otras ediciones aparece sin el artículo, presentándose solo como *Tungsteno* (por ejemplo, la edición de Juan Mejía Baca, de 1957). Esta editorial española (que desarrolla sus actividades entre 1928 y 1936), orientada a la publicación de textos de contenido político esencialmente de izquierda, con una clara inclinación pro soviética, incluye la novela de Vallejo dentro de su colección “La novela proletaria”, junto a obras de clásicos del marxismo y de escritores que abordan temas sociales y políticos. En creación, Cenit publica novelas y cuentos de Gladkov, Istrati, Dos Passos, Barbusse, Rolland, Erenburg, entre muchos otros famosos escritores. Del Perú, aparte de Vallejo, solo incluye en su catálogo dos novelas de Rosa Arciniegas.

Para Vallejo, los años 1930 y 1931, después de sus dos viajes a Rusia (1928 y 1929) y de su expulsión de Francia acusado de actividades subversivas, son años de intensa praxis política. Si bien en 1931 solo publica *Rusia en 1931, Reflexiones al pie del Kremlin* (crónicas de su viaje a ese país) y *El Tungsteno*, se sabe que había terminado el cuento “Paco Yunque” (que solo se publicaría póstumamente en 1951) y la obra de teatro *Moscú contra Moscú* (que más adelante titularía *Entre las dos orillas corre el río*), teniendo

en preparación otra obra de teatro, *Lock-out*, y *El arte y la revolución*, un libro de reflexiones sobre el arte y la literatura, publicado en el Perú en 1973.

En 1930, España empezaba la Segunda República en medio de grandes tensiones sociales y políticas, como ocurría en toda Europa, inmersa entonces en el crecimiento del fascismo y el nazismo, contra los cuales emergía la Unión Soviética como cabeza del socialismo mundial. Este país se encontraba entonces en una etapa de replanteamiento de su economía (primer plan quinquenal), así como de apertura a las expresiones del arte y la literatura; en tanto que, si bien se estaban afianzando de manera oficial los principios del Realismo Socialista, aún subsistían movimientos no “comprometidos” con la literatura oficial, como se evidencia en los cuentos “Los hermanos Serapión” y “El paso”, ambos de signo libertario y vanguardista.

El concepto de “novela proletaria” apuntaba al centro de una polémica que tenía como eje las discusiones respecto al carácter de las obras literarias y su relación con el compromiso de los intelectuales y su posición frente a las clases sociales y la revolución. Así, en el número 18 de *Amauta* (octubre de 1928), se presenta una encuesta reproducida de *Le Monde*, en la cual André Breton, Jean Cocteau, Miguel de Unamuno y otros importantes escritores de entonces respondían a la interrogante: “¿Existe una literatura proletaria?”.

La pregunta era muy compleja, pues en ella intervenían aspectos referidos a la creación individual y colectiva, el compromiso político, la cultura de la clase obrera frente a la burguesa, la literatura revolucionaria, su relación con el socialismo, los alcances de la literatura bolchevique, etc.

César Vallejo, en una de las notas de *El arte y la revolución* titulada “Literatura proletaria”, señala precisamente que “Aún no se ha llegado en Rusia a un acuerdo tocante a la literatura pro-

letaria”¹. En este mismo texto expone brevemente los puntos de vista de Gorki, Trotsky y Lenin, suscribiendo la posición de este último. A continuación de una extensa cita de Lenin, concluye:

Así, pues, la literatura proletaria debe servir a los intereses de clase del proletariado y, específicamente, debe enmarcarse dentro de las directivas y consignas prácticas del partido comunista, vanguardia de las masas trabajadoras. En otros términos, literatura proletaria equivale a literatura bolchevique.²

Coherente con este punto de vista, Vallejo, miembro del “Grupo de París”, que había roto con el APRA y adherido a la causa comunista, se integró al Partido Comunista Español, posición desde la cual asume la escritura de *El Tungsteno*. Según Georgette, su viuda, Vallejo escribe esta novela en tres semanas, de un tirón, impulsado en parte por una motivación política y, en parte, por razones prácticas, pues en España su medio de subsistencia lo constituían el trabajo periodístico y la publicación de libros. Entonces, todo lo referido al tema político suscitaba gran interés, sobre todo si se abordaba desde una posición de izquierda; tal es así que *Rusia en 1931* y *Reflexiones al pie del Kremlin* se agotaron el mismo año de su salida al mercado, provocando una inmediata segunda edición.

Ricardo González Vigil, en la introducción a la edición de la narrativa completa de Vallejo³, se apoya en testimonios de Armando Bazán, Adán Felipe Mejía, el Corregidor, y Juan Larrea para desvirtuar la versión de Georgette. Apunta, además, que en la revista *Amauta* N° 8 (abril de 1927) se había publicado “Sabiduría” como “Capítulo de una novela inédita”, cuyo protagonista, el ingeniero Benites, aunque en circunstancias distintas, puede ser rastreado en *El Tungsteno*.

¹ VALLEJO, César. *El arte y la revolución*. Obras completas, tomo segundo. Lima, Mosca Azul Editores, 1973, p. 60.

² VALLEJO. *El arte y la revolución*. Op. Cit., p. 61.

³ VALLEJO, César. *Novelas y cuentos completos*. Prólogo, edición y notas de Ricardo González Vigil. Lima, Ediciones Copé, 1998.

Es indiscutible que Vallejo estuvo trabajando en esa novela durante casi una década. No significa esto que Georgette mintiera o inventara el hecho de la escritura de la novela en el lapso señalado, sino que ella no deslindaba escritura de creación. En muchos narradores la escritura puede ser el último acto de una gestación que puede durar muchos años, no solo mental, sino, como parece ser el caso de Vallejo, con el apoyo de notas y avances parciales que se integran en la versión definitiva. Por otra parte, en esta cuestión, pocas veces aclarada por la crítica, puede haber influido el que la escritura de la novela presente una aparente sencillez, en contraste con la obra anterior del poeta. En ella, efectivamente, no se encuentran los alardes vanguardistas de *Fabla salvaje*, ni mucho menos su deslumbrante trabajo poético con el lenguaje (salvo en un párrafo, en el que muestra su vena poética). Pero el caso es que la prosa con que Vallejo escribe *El Tungsteno* no es ni descuidada ni apresurada, sino responde a su postura ante el arte y la literatura.

En el acápite “El duelo entre dos literaturas”, del ya mencionado libro de reflexiones sobre literatura y política, Vallejo sostiene:

¿Cuáles son los más saltantes signos de la surgente literatura proletaria? El signo más importante está en que ella devuelve a las palabras su contenido social universal, llenándolas de un substractum colectivo nuevo, más exuberante y más puro y dotándolas de una expresión y de una elocuencia más diáfanas y humanas. El obrero, al revés del patrón, aspira al entendimiento social de todos, a la universal comprensión de seres e intereses. Su literatura habla, por eso, un lenguaje que quiere ser común a todos los hombres.⁴

Obviamente, lo que pretende en *El Tungsteno* es crear un lenguaje “común a todos los hombres”, cuyo mensaje pueda ser asimilado de manera universal. En cuanto al carácter proletario de la novela, Vallejo sigue los dictados de su conocimiento de la

⁴ VALLEJO. *El arte y la revolución*. Op. cit., pp. 97 y 98.

realidad peruana, de una manera creativa. Su incorporación al Partido Comunista es coherente también con su identificación entre literatura proletaria y literatura bolchevique.

Lo singular es la suerte que ha tenido esta novela, caracterizada, no digamos como narrativa proletaria, casi inexistente en nuestro país, sino como perteneciente al realismo social. En la gran mayoría de casos, la crítica la adscribe a la narrativa indigenista.

Es cierto que no basta con las intenciones del autor para caracterizar y clasificar una obra dentro de un corpus literario, que en el caso de Vallejo apuntaba a la escritura de una obra proletaria; pero también es cierto que no pueden ignorarse las intenciones del creador sin un deslinde previo.

¿Era posible escribir una novela proletaria en el Perú al inicio de la década del treinta? Descartando la posibilidad siempre latente de que un creador pueda producir una obra que rompa las circunstancias de su tiempo, como hizo Kafka, por ejemplo, era forzado pensar en la escritura de una novela proletaria. Si nos remitimos a la concepción de una literatura que exprese la visión del mundo de la clase obrera, como aspiraba Vallejo, al hallarse el proletariado en el Perú en estado incipiente, sobre todo fuera de Lima, el resultado no podía ser otro que mostrar un universo narrativo a caballo entre la semifeudalidad y el inicio de la implantación de las relaciones capitalistas.

Vallejo, si bien suscribe los planteamientos del arte revolucionario marxista, por ser esencialmente un creador, asume con lucidez su compromiso con la realidad social y política sin descuidar las demandas del arte. En la nota titulada “Escolllos de la crítica marxista”, sostiene que:

La actividad política es siempre la resultante de una voluntad consciente, liberada y razonada, mientras que la obra de arte escapa, cuanto más auténtica es y más grande, a los resortes conscientes, razonados, preconcebidos de la voluntad.⁵

⁵ Ibídem, p. 35.

Esta necesidad de integrar las experiencias vitales del creador con lo que ofrece el medio social, lo reafirma a lo largo de sus reflexiones en *El arte y la revolución*. Así, en el texto titulado “La obra de arte y el medio social”, del libro mencionado, sostiene:

[...] si se analiza profundamente la obra, se descubrirá necesariamente, en sus entrañas íntimas, conjuntamente con las peripecias personales de la vida del artista y a través de ellas, no sólo las corrientes circulantes de carácter social y económico, sino las mentales y religiosas de su época.⁶

Al proponerse Vallejo la escritura de una novela de “propaganda y agitación”, como lo requería la ortodoxia bolchevique, escoge como tema las relaciones sociales en una zona bajo la influencia de la explotación minera por una empresa norteamericana. En el año 1931 estaba muy fresco el enfrentamiento de los trabajadores mineros contra la empresa Cerro de Pasco Cooper Corporation, en la zona central de la sierra peruana, cuyo movimiento huelguístico terminó en la denominada masacre de Malpaso. En estas acciones, el recién creado Partido Comunista del Perú había tenido una importante participación a través de sus cuadros políticos. Aparte de la producción fabril en Lima, la minería en ese entonces –sobre todo en la región central– era una de las actividades que concentraba la mayor cantidad de obreros, juntamente con la agrícola industrial en la zona norte del país.

El escenario propicio para el desarrollo de una novela de tema proletario minero era la región donde operaba la Cerro de Pasco, por aglomerar la mayor cantidad de obreros y donde estos se hallaban más organizados y eran más combativos. Pero Vallejo sitúa las acciones narrativas en el Cusco, creemos que por razones relacionadas con la fuerza de la imagen que suscitaba. Para el lector español y europeo en general, el primero que recibiría la novela, el Cusco proyectaba una imagen asociada con el Impe-

⁶ Ibídem, p. 49.

rio incaico, cultura que ningún lector culto podía desconocer. De haber situado las acciones en Cerro de Pasco, en La Oroya o en Morococha, la novela hubiera disminuido el impacto provocado por su asociación con los incas. Con mayor razón, la novela no se desenvuelve en el norte del país, no obstante que Vallejo trabajó en su juventud durante algunos meses en las minas de Quiruvilca, situada a pocos kilómetros de su natal Santiago de Chuco.

El conocimiento del medio minero y del mundo andino, de donde era originario, los utiliza Vallejo para caracterizar a los personajes y dramatizar los acontecimientos de la narración. Sus experiencias vitales del mundo andino, provenientes de su infancia y adolescencia, marcarán indeleblemente toda su obra creativa, sobre todo su poesía de los primeros años.

Estructura e historia

La novela de Vallejo es realista en el lenguaje y en el tratamiento de escenas y situaciones, aunque también incursiona en el plano simbólico, como es la opción por el Cusco, ya mencionada. Por otra parte, en el primer capítulo, los “soras”, el primer núcleo social presentado, está compuesto por indígenas que desconocen la propiedad individual, la ambición, el trabajo por dinero, y que viven en perfecta armonía con la naturaleza. Ellos, más que un grupo étnico identificable en el Cusco, o en la región sur andina, parecen una versión andina del “buen salvaje” rousoniano. Debido a ello, los soras se hallan a merced de los intereses económicos de la empresa norteamericana y de los bajos apetitos personales de los personajes que giran en su órbita, constituyéndose por ende en la piedra de toque de los hechos que sucederán más adelante.

Tampoco los soras son objeto de un tratamiento realista, pues no cuentan con rasgos psicológicos diferenciados, lo que sí ocurre con otros personajes de la novela, que son caracterizados de manera individual. Sin embargo, estos últimos personajes representan a su vez a una de las clases sociales, o a un

segmento de estas, respondiendo a las circunstancias históricas del momento (años previos a la Primera Guerra Mundial, y durante esta misma). Así aparecen los representantes del imperialismo, los de la pequeña burguesía, los del campesinado y los del proletariado emergente. En la novela interactúan explotadores y explotados, autoridades y pobladores, poderosos y desvalidos, ricos y pobres, poniendo al desnudo la lucha de clases en un país aún predominantemente campesino y en manos de la oligarquía criolla y el gamonalismo. Desde esta perspectiva, *El Tungsteno* ofrece un corte de la coyuntura histórico-social de un país andino, que puede ser tanto el Perú como otro de la región, sujeto a los intereses imperialistas y a las fuerzas más retrógradas, herederas del régimen colonial.

Pero si bien *El Tungsteno* pretende ser una novela proletaria, no es una novela de tesis producto de una intención a priori, ajena a las vivencias de su autor. Vallejo no cae en la tentación de escribir una obra que refleje al proletariado limeño, el más consolidado y numeroso; no presenta a las fábricas y los conflictos de los obreros contra los patronos, como era común en la literatura bolchevique, sino que se ocupa de los indios en trance de proletarización, proceso complejo y muy singular, principalmente por lo arraigado de la cultura andina, pero cercano a su experiencia personal.

Estructura y orientación

En función a sus aspiraciones de universalidad y a su afán de convertir la novela en un instrumento de la lucha de clases en favor del proletariado, la organización narrativa de *El Tungsteno* es bastante sencilla. La novela está articulada en tres capítulos. En el primero se presenta a los principales personajes en su entorno físico y social, y se avizoran los posibles conflictos. En el segundo, se desarrollan los enfrentamientos de clase y sus consecuencias de despojo, muerte y degradación de las condi-

ciones humanas de los explotados. El tercero, muy breve, ofrece el desenlace de los procesos iniciados en las páginas anteriores y termina con un sugerido mensaje de redención social a través de una metáfora. De alguna manera se siguen los dictados del modelo clásico de presentación, nudo y desenlace.

Teniendo en cuenta las demandas de un enfoque realista y político, como el que pretendía Vallejo, vamos a enfocar la novela desde diversos planos de la realidad social, en los que predominan los procesos de cambio. No pretendemos contrastar la realidad histórica con los sucesos presentados en la novela, por tratarse de una ficción y no de un estudio social. *El Tungsteno* tiene como respaldo básico la libertad del acto creativo y no puede enjuiciarse sino en función del resultado estético final, por lo cual solo nos limitaremos a llamar la atención sobre ciertos aspectos resaltantes.

Perspectiva demográfica

Una primera situación, presentada al inicio de la novela, es el proceso migratorio que lleva al establecimiento de la empresa minera para sus operaciones en la región.

Una avalancha de peones y empleados salió de Colca y de los lugares de tránsito, con rumbo a las minas. A esta avalancha siguió otra y otra, todas contratadas para la colonización y labores de minería. La circunstancia de no encontrar en los alrededores y comarcas vecinas de los yacimientos, ni en quince leguas a la redonda, la mano de obra necesaria, obligaba a la empresa a llevar, desde lejanas aldeas y poblaciones rurales, una vasta indiada, destinada al trabajo de las minas.⁷

⁷ VALLEJO, César. *Novelas y cuentos completos*. Prólogo, edición y notas de Ricardo González Vigil. Lima, Ediciones Copé, 1998, p. 215. En adelante, todas las páginas indicadas corresponden a la edición citada.

A continuación, el narrador expone las formas de reclutamiento de mano de obra o de atracción de la población campesina al núcleo de explotación minera. Así, se habla en primer lugar del despojo de tierras y captación de mano de obra de la población indígena de la zona, representada fundamentalmente por el grupo de los soras, calificados como ingenuos, salvajes, carentes totalmente de conciencia económica (mercantil); ellos no piden nada a cambio de sus bienes o de su trabajo, de lo cual se aprovechan, por supuesto, los altos empleados de la *Mining Society*. Los trabajadores “por su parte, censuraban estos robos a los soras, con lástima y piedad”⁸; aunque también los censuraban por ser tan pasivos e ingenuos.

–Pero si los mismos soras tienen la culpa. Son unos zonzos. Si les dan el precio, bien; si no les dan, también. Si les piden sus chacras, se ríen como una gracia y se las regalan en el acto. Son unos animales. ¡Unos estúpidos! ¡Y más pagados de su suerte!... ¡Que se frieguen! ⁹

A este despojo se agregará su utilización como mano de obra gratuita, pues más adelante se revela que fueron reclutados para trabajar en las minas, donde fueron desapareciendo:

–¡Los soras! –dijo José, burlándose–. Hace tiempo que metimos a los soras a las minas y hace tiempo también que desaparecieron. ¡Indios brutos y salvajes! Todos ellos han muerto en los socavones, por estúpidos, por no saber andar entre las máquinas... ¹⁰

Pero la “avalancha de personas” que se menciona al principio de la novela resulta insuficiente cuando el gerente de la *Mining Society*, debido a las necesidades de aumento de producción de tungsteno para atender las exigencias de la guerra europea, exige

⁸ Ibídem, p. 222.

⁹ Ibídem, p. 222.

¹⁰ Ibídem, pp. 257 y 258.

a José Marino proveerlo de cien peones más para las minas, en el plazo de un mes. Ante semejante pedido, este proveedor de mano de obra de la región se encuentra en aprietos (lo cual constituye una línea argumental de importancia dentro de la novela), que lo obligan a tomar medidas extremas, como obligar a los peones “socorridos” a presentarse en las minas mediante la fuerza policial.

Estos peones “socorridos” son hombres que han recibido un adelanto (real o supuesto) y han firmado un contrato para prestar sus servicios a la mina (sistema de “enganche”) en un determinado plazo:

[...] en el Perú, y particularmente en la sierra, a los obreros les hacen cumplir los patrones sus contratos civiles, valiéndose de la Policía. La deuda del obrero es coercible por la fuerza armada, como si se tratara de un delito. Más todavía. Cuando un obrero se “socorre”, es decir, cuando vende su trabajo, comprometiéndose a darlo en una fecha más o menos fija a las empresas industriales, nacionales o extranjeras, y no llega a darlo en la fecha estipulada, es perseguido por las autoridades como un criminal. Una vez capturado, y sin oír defensa alguna de su parte, se le obliga, por la fuerza, a prestar los servicios prometidos. Es, en pocas palabras, el sistema de los trabajos forzados.¹¹

La participación de la Policía en estos actos revela otras formas de obtención de mano de obra. Una de estas se produce a raíz de la “leva” de dos indígenas y la muerte de uno de ellos, lo cual levanta una protesta generalizada en el pueblo. Ante los reclamos de los vecinos, la Policía reprime y apresaa a una considerable cantidad de ellos; situación que quiere ser aprovechada por el enganchador para utilizar algunos de estos presos como peones de la mina.

El funcionamiento de la mina y sus posibilidades de obtener dinero de ella, atrae no solo a los indios para trabajar como

¹¹ Ibídem, p. 273.

obreros, sino también a otros personajes guiados por diversas motivaciones. Teresa y Albina son “atraídas por el misterio de la vida en las minas, que ejercía sobre los aldeanos, ingenuos y alucinados, una seducción extraña e irresistible”¹². Mas, debido a los hechos que se van produciendo, pronto empieza a germinar la desconfianza, cuando no la hostilidad abierta, aunque impotente, de los lugareños.

Situación económica

La novela muestra una sociedad ubicada en “una despoblada falda de la vertiente oriental de los Andes, que mira a la región de los bosques”, dentro del departamento del Cusco, que recibe el impacto de la modernidad capitalista, la misma que produce diversos cambios al interior del nudo de relaciones sociales y económicas del medio.

Uno de los impactos más evidentes en la tradicional Colca, es el incremento de la economía mercantil urbana, pues la mina se halla unida por muy diversos lazos con la capital de la provincia. En los primeros párrafos, se dice que:

El dinero empezó a correr aceleradamente y en abundancia nunca vista en Colca, [...] Las transacciones comerciales adquirieron proporciones inauditas. Se observaba por todas partes, en las bodegas y mercados, en las calles y plazas, personas ajustando compras y operaciones económicas. Cambiaban de dueños gran número de fincas urbanas y rurales, y bullían constantes ajetreos en las notarías públicas y en los juzgados [...]¹³

Al principio de las acciones, el contraste entre una economía precapitalista y el capitalismo se grafica de manera extrema en lo que sucede con los soras. Estos, al desconocer absolutamente el valor del dinero y su significado, pronto son despo-

¹² Ibídem, p. 240.

¹³ Ibídem, p. 215.

jados de sus bienes. Para los soras, la existencia consistía en “agitarse y obrar y entretenerse, y nada más”¹⁴, desconociendo totalmente el sentido del trabajo como mercadería. Por eso dice el narrador:

[...] Iban, venían, alegres, acezando, tensas las venas y erecto el músculo en la acción, en los pastoreos, en la siembra, en el aporque, en la caza de vicuñas y guanacos salvajes, o trepando las rocas y precipicios, en un trabajo incesante y, diríase, desinteresado. Carecían en absoluto del sentido de la utilidad. Sin cálculo ni preocupación sobre sea cual fuese el resultado económico de sus actos, parecían vivir la vida como un juego expansivo y generoso [...] Desconocían la operación de compra-venta [...]¹⁵

Sin embargo, juegan un papel de primera importancia en la instalación de las minas:

Los soras, en quienes los mineros hallaron todo género de apoyo y una candorosa y alegre mansedumbre, jugaron allí un rol cuya importancia llegó a adquirir tan vastas proporciones, que en más de una ocasión habría fracasado para siempre la empresa, sin su oportuna intervención. Cuando se acababan los víveres y no venían otros de Colca, los soras cedían sus granos, sus ganados, artefactos y servicios personales, sin tasa ni reserva, y, lo que es más, sin remuneración alguna.¹⁶

Una vez establecida la empresa, como sus requerimientos de mano de obra son permanentes, además de un flujo constante de productos agropecuarios, ambas necesidades se canalizan hacia dos hermanos que actúan como proveedores de recursos de la empresa. El drama principal de la obra tiene como eje la exigencia de mano de obra adicional para la mina, debido a la necesidad de incrementar la producción de tungsteno, destinado

¹⁴ Ibídem, p. 219.

¹⁵ Ibídem, p. 219.

¹⁶ Ibídem., p. 217.

a satisfacer las necesidades de insumos para la producción industrial de Norteamérica. A partir de este requerimiento, se van a desencadenar diversas acciones que pondrán en evidencia el comportamiento de los actores sociales de la región, desde las autoridades locales, pasando por los empleados de la empresa y el pueblo, hasta llegar a los indios.

Clases sociales

En este caso, nuevamente es necesario mencionar a los soras, que más parecen un recurso literario que otra cosa. Ellos, un grupo social incontaminado de toda ideología capitalista o feudal, no aparecen ligados a ningún sistema social mayor. Son “salvajes”, libres, dueños de tierras, con escasa relación con la gente de Colca, y acaban siendo utilizados, absorbidos y destruidos por la empresa minera. Con ellos desaparece todo signo de libertad, de independencia, y se abre otro de degradación, de explotación e injusticia.

La irrupción de la *Mining Society* en la zona muestra una estratificación muy definida. Por un lado, el gerente y el subgerente, *misters* Taik y Weiss, ambos norteamericanos, son los representantes del poder imperialista extranjero. Por debajo de ellos, en calidad de ejecutores directos de sus órdenes, se encuentran el ingeniero Baldomero Rubio, el cajero Javier Machuca y el agrimensor Leonidas Benites. A ellos se suman el comerciante José Marino, dueño del bazar que funciona en el centro minero y responsable del aprovisionamiento de peones para la empresa, y el comisario del asiento minero, Baldesari; todos ellos peruanos.

Debajo, en la escala social, se encuentran los peones o trabajadores de la mina, los mismos que inicialmente no son individualizados, presentándose como una masa anónima, un telón de fondo que deja escuchar su voz en forma colectiva, hasta la aparición de Servando Huanca. Este es un herrero oriundo de

“las montañas del norte, a las orillas del Marañón”, con experiencia laboral en la costa (mecánico en el valle de Chicama), que articula discursos coherentes y se constituye en el representante de la clase obrera.

En cuanto al pueblo, a diferencia de lo que ocurre con el “proletariado” de las minas, sí se muestra particularizado, hasta en el caso de personajes que aparecen circunstancialmente, como la mujer de un picapedrero y la mujer que atiende y cura a José Marino. Pero, sobre todo, de allí provienen personajes importantes para la trama de la novela, como la Rosada –querida de José Marino–, a quien acompañan Teresa y Albina, hijas de unos viejos campesinos miserables, quienes se acercaron a Colca atraídas por la posibilidad de ganar algo de dinero proveniente de las minas. Su caso es patético y trágico, pues cuando se afincan en Colca terminan en una ocupación degradada: chicheras y eventuales mujeres “alegres”.

A ellas se suman los tristes casos de dos “enrolados”: Isidoro Yépez y Braulio Conchucos, yanacones de Guacapongo. Detrás de ellos, el pueblo en su conjunto asume un papel protagónico cuando se subleva contra las injusticias de la Junta Conscriptora Militar, ofrendando al final su tributo de muertos y presos, por la defensa de sus propios miembros.

Al entrar en funciones la empresa minera, se desencadenan mecanismos sociales desconocidos hasta entonces, que propician el ascenso de personajes de oscuro origen, pero útiles para la empresa. Este es el caso de José Marino y su hermano Mateo, quienes provienen de la costa (Mollendo), donde trabajaban como cargadores en la estación del ferrocarril. Posteriormente, juntando un pequeño capital se instalan como comerciantes de abarrotes en la sierra, donde empiezan a hacer dinero. Ya en Colca, desempeñándose como proveedores de la empresa minera, gracias a una invitación a cenar en casa del alcalde (en una descripción satírica), se transforman en gente “decente”.

Conciencia social

Tomando como base la lógica del enriquecimiento, condición esencial del capitalismo, puede advertirse en la obra cómo la codicia se va apoderando de más y más gente del lugar. Una de las conclusiones que se desprende de los hechos, es que nada puede estar ajeno al capitalismo, convertida en una fuerza arrolladora, una realidad ineluctable. Los soras, que aparecen al principio de la novela y después desaparecen, representan el espíritu de libertad, de trabajo libre (como actividad enriquecedora y creativa), y, consiguientemente, la bondad natural, por carecer de egoísmo, de codicia, de temor a perder lo material. Pero en el choque con el capitalismo, inevitablemente sucumben, son destruidos y colocados fuera de la historia, porque una vez que desaparecen no tienen ningún significado en el resto de los sucesos. No son, pues, ni un ejemplo positivo ni una alternativa a seguir, lo cual se advierte en la censura de la misma gente del pueblo y hasta de aquellos que de alguna manera los defienden o tratan de justificar:

Los peones veían a los soras como si estuviesen locos o fuera de la realidad. Una vieja, la madre de un carbonero, tomó a uno de los soras por la chaqueta, refunfuñando muy en cólera:

—¡Oye animal! ¿Por qué regalas tus cosas? ¿No te cuesta tu trabajo? ¿Y ya te vas a reír?... ¿No ves? Ya te vas a reír ...¹⁷

En cambio, para los hombres ubicados en el sector intermedio de la sociedad, el dinero y el consecuente afán de poseerlo representan el ingrediente principal de sus vidas, de sus acciones y aspiraciones. De ello se desprende una diversidad de implicancias, que en última instancia son el eje de la novela.

Por el afán de enriquecimiento, José Marino, el más tenaz, inescrupuloso y despiadado, logra ascender socialmente y disfrutar de una posición privilegiada. Para ello ha explotado a los más

¹⁷ *Ibidem*, pp. 222 y 223.

débiles, ha utilizado los recursos de la ley que siempre protegen al poderoso, y ha vendido o alquilado lo más íntimo, sirviendo con dedicación y total entrega a la *Mining Society*. José Marino es un juguete de las fuerzas a las que se ha empeñado en cuerpo y alma, habiendo abandonado su condición originaria, su extracción de clase e incluso su condición humana. Se ha convertido en un engranaje de la gran maquinaria del sistema capitalista.

Para los otros personajes de las capas medias que más o menos comparten este afán de lucro, como en el caso del ingeniero o de los otros técnicos, es algo natural, no desmesurado u obsesivo. Solo uno de ellos, Benites, presenta reparos. Él dice:

–Aquí, por ejemplo, he venido a trabajar, no para dejarme quitar lo que yo gane, sino para reunir dineros que faltan. Por lo demás, yo no quito a nadie nada, ni quiero echar a tierra a ningún hijo de vecino.¹⁸

Para eso cuida con un celo extremo su ganancia, producto de su trabajo, llegando a ser:

[...] la economía personificada y defendía el más pequeño centavo, con un celo edificante [...] había que trabajar y ahorrar, sin otro punto de vista que el porvenir. Benites no ignoraba que en este mundo, el que tiene dinero es el más feliz, y que, en consecuencia, las mejores virtudes son el trabajo y el ahorro, que procuran una existencia tranquila y justa, sin ataques a lo ajeno, sin vituperables manejos de codicia y despecho y otras bajas inclinaciones, que producen la corrupción y la ruina de personas y sociedades [...].¹⁹

Benites integra el valor y el papel del dinero al valor religioso, de allí que le dijera al maestro de la escuela:

¹⁸ Ibídem, p. 226.

¹⁹ Ibídem, pp. 227 y 228.

–Debía usted enseñar a los niños dos únicas cosas: trabajo y ahorro. Debía usted resumir la doctrina cristiana en esos dos apotegmas supremos, que, en mi concepto, sintetizan la moral de todos los tiempos. Sin trabajo y sin ahorro, no es posible tranquilidad de conciencia, caridad, justicia, nada. Esa es la experiencia de la historia. ¡Lo demás son pamplinas!²⁰

La conciencia de Benites oscila entre el apego a las enseñanzas religiosas y su afán de enriquecimiento y ascenso social.

[...] lo que más preocupaba a Benites en el mundo [...] el desempeño de su puesto en las minas, su negocio en sociedad con Marino y Rubio y el deseo de un capital suficiente para ir a Lima a terminar lo más pronto sus estudios de ingeniero y emprender luego un negocio por su cuenta y relacionado con su profesión.²¹

Para Benites, la moral religiosa es lo más importante, la guía de todas las acciones, y él trata de actuar de acuerdo a este imperativo. Sin embargo, su certeza moral es minada en una crisis de enfermedad, y posteriormente es dejada de lado cuando, en contacto con Servando Huanca, debe aceptar que su altruismo y moral religiosa no son sino una cubierta de sus verdaderos intereses, de su propio temor a encarar las situaciones tal cual son en realidad. Al fin, la conciencia vacilante de Benites, que representa la del pequeño burgués intelectual, es arrastrada por la fuerza del proletariado a una acción que de otra manera hubiera sido incapaz de hacer.

En cambio, cuando surgen aspiraciones sociales entre los indios, las consecuencias pueden ser dolorosas. Este es el caso de Laura.

[...] una india rosada y fresca, bajada de la puna a los ocho años y vendida por su padre, un mísero aparcerero, al cura de Colca, fue traspasada, a su vez, por el párroco a una vieja hacendada

²⁰ Ibídem, p. 228.

²¹ Ibídem, p. 234.

de Sonta, y luego seducida y raptada, hacía dos años, por Mateo Marino.²²

Ella desempeña el papel de “cocinera, lavandera, ama de llaves, sirvienta de mano y querida de Mateo y de su hermano José”. La pobre mujer, desarraigada de su lugar natal, se ha adaptado a las nuevas circunstancias y a las normas de la gente de la ciudad, aunque relajando su moralidad:

Laura, por haber vivido, desde su niñez, la vida de provincia, se había afinado un poco, tomando muchos hábitos y preocupaciones de señorita aldeana. Sabía leer y escribir. Con lo poco que le daba Mateo, se compraba secretamente aretes y vinchas, pañuelos blancos y medias de algodón. También se compró un día una sortija de cobre y unos zapatos con taco. Uno que otro domingo iba a misa, bien temprano, antes que se levantase su patrón y amante. Y Laura, sobre todo, se había impregnado de un erotismo vago y soñador [...].²³

Más adelante, el narrador revela el precio que debe pagar por su deseo de integración social:

Laura, la campesina –lo hemos dicho ya–, había adquirido muchos modos de conducta de señorita aldeana, y, entre éstos, el gusto del pecado.²⁹

Su final, en la novela, es la degradación, el envilecimiento.

Explotación y lucha de clases

Desde la perspectiva de los conflictos sociales, en el pueblo de Colca existe también, como es obvio, una estructura social, articulada en dos niveles: uno, de los privilegiados (ligados de una u otra manera a la empresa norteamericana o al Estado) y, otro, de los explotados (el pueblo y el campesinado). En el primer nivel

²² Ibídem, p. 262.

²³ Ibídem, p. 264.

²⁴ Ibídem, p. 268.

se encuentran las autoridades políticas: prefecto y subprefecto; y los miembros de la Junta Conscriptora Militar: el alcalde Parga, el juez de primera instancia, el doctor Ortega, el médico provincial, doctor Riaño, e Iglesias, el más rico propietario de la provincia y el vecino notable más importante de Colca.

De los personajes del pueblo, aquellos que se encuentran en la mayor situación de explotación y sufrimiento son las mujeres y los indios, quienes soportan más hondamente los abusos y la miseria social a la que están sujetos. Sus vicisitudes constituirán los elementos más dramáticos de la novela.

Graciela, o la Rosada, querida de José Marino, es envilecida hasta el extremo de ser “cedida” por Marino al comisario como pago de un favor que solicita (el cual le redundará en un beneficio económico, por supuesto), lo cual termina con su muerte. Graciela es un pobre ser que ha sido arrastrado por su afán de sobrevivencia a una situación dolorosa, y en el único momento en que habla de sí misma, embriagada por Marino, confiesa:

—¡Yo soy una pobre desgraciada! ¡Don José! ¡Venga usted! ¿Quién es usted para mí? ¡Hágame el favor! Yo sólo soy una pobre y nada más...²⁵

Los otros personajes que sufren en carne propia la injusta situación social que describe el narrador son dos campesinos “enrolados” para el ejército. Ambos, aparte de ser extrañados de su lugar de origen, de acuerdo a unas leyes que les son totalmente ajenas y sin ningún significado, sufren castigos físicos, humillaciones y privaciones de tal magnitud, que uno de ellos muere en el trayecto de su lugar de origen a la cárcel.

Con ellos, el orden social basado en la explotación del hombre por el hombre muestra su más duro y descarnado rostro, la violencia y la prepotencia de las autoridades y “personas nota-

²⁵ Ibídem, p. 248.

bles” alcanza su más cruda expresión, sobre todo por tratarse de campesinos, los seres más relegados e inermes de la sociedad peruana.

El autor, en este caso, no penetra en la conciencia de los indios, no muestra qué piensan, cuál es su opinión o qué sienten frente a todo lo que sucede. Ellos evidencian una resignación fatalista, e incluso un sentido de pérdida de apego a la vida:

[...] Braulio Conchucos perdió aquella mañana, de golpe, todo interés y todo sentimiento de la vida. Ver llegar a su choza a los soldados, de noche; ser por ellos golpeado y amarrado y sentirse perdido para siempre, todo no fue sino uno. Le llevarían no se sabe dónde, como a otros yanacunas mozos, y para no soltarlos nunca [...] De modo oscuro se daban cuenta que, cualquiera que fuese su condición de simples instrumentos o ejecutores de una voluntad que ellos desconocían y no alcanzaban a figurarse, algo suyo ponían los gendarmes en su crueldad y alevosía.²⁶

A diferencia del caso de los soras, los testigos de lo que está sucediendo con los “enrolados”, por ser familiares, amigos o simples conocidos, reaccionan –verbal y físicamente– contra los causantes del abuso. Incluso, están a punto de amotinarse contra las autoridades, quienes sin ningún reparo hacen uso de sus armas y, luego, persiguen y encarcelan a los que protestan.

La acción popular ante las autoridades no era fenómeno frecuente en Colca. El subprefecto, el alcalde, el juez, el médico, el cura, los gendarmes, gozaban de una libertad sin límites en el ejercicio de sus funciones. Ni vindicta pública ni control social se practicaba nunca en Colca respecto a esos funcionarios. Más todavía. El más abominable y escandaloso abuso de la autoridad, no despertaba en el pueblo sino un oscuro, vago y difuso malestar sentimental.²⁷

²⁶ Ibídem, pp. 284 y 285.

²⁷ Ibídem, p. 290.

Pero, según se relata en la novela, la protesta contra los causantes del abuso no solo se dio a nivel de la masa, sino a un nivel individual, pues un hombre se había atrevido a levantar la voz exigiendo derechos “y desafiando la ira y la venganza de las autoridades”. Este hombre, que representa una conciencia nueva, es un proletario, o, más precisamente, es un hombre que ha tenido experiencia proletaria. Según informa el narrador:

[...] vivió en el valle azucarero de Chicama, trabajando como mecánico, fue testigo y actor de parecidas jornadas del pueblo contra los crímenes de los mandones. Estos antecedentes y una dura experiencia que, como obrero, había recogido en los diversos centros industriales por los que, para ganarse la vida, hubo pasado, encendieron en él un dolor y una cólera crecientes contra la injusticia de los hombres.²⁸

En la actualidad (de la novela) es un herrero, es decir, un artesano, un hombre con relativa independencia y, por tanto, no un proletario en estricto. De acuerdo a estos antecedentes y otros datos más que ofrece el narrador, el herrero se rebela contra las injusticias más por solidaridad o humanidad que por “causa propia y personal”. También, por haber percibido que otros sentían esta misma solidaridad.

[...] Servando Huanca llegó a unirse algunas veces con sus compañeros de trabajo y de dolor, en pequeñas asociaciones o sindicatos rudimentarios [...].²⁹

De allí su convicción de la necesidad de luchar permanentemente contra toda injusticia, al lado de otros como él. Sin embargo, esto no implica una efectiva y real conciencia de clase, de lo cual no es ajeno el narrador, pues a continuación de esta presentación de la conciencia del herrero, se pregunta:

²⁸ Ibidem, p. 291.

²⁹ Ibidem, p. 291.

¿Poseía ya Servando Huanca una conciencia clasista? ¿Se daba cuenta de ello? Su sola táctica de lucha se reducía [a] dos cosas muy simples: unión de los que sufren las injusticias sociales y acción práctica de masas.³⁰

Servando Huanca asume este papel, y sorprendentemente se le permite asumir la defensa de los “enrolados” ante la Junta Conscriptora Militar. Una defensa inútil, por supuesto, ya que el destino de los “enrolados” está establecido de antemano. Sin embargo, en su defensa se observa su posición firme frente a los indígenas:

Este hombre (se refería a Yépez) es un pobre indígena ignorante. Ustedes están viéndolo. Es un analfabeto. Un inconsciente. Un desgraciado. Ignora cuántos años tiene. Ignora si está o no inscrito en el Registro Militar. Ignora todo, todo. ¿Cómo, pues, se le va a tomar como “enrolado”, cuando nadie le ha dicho nunca que debía inscribirse, ni tiene noticia de nada, ni sabe lo que es registro militar obligatorio, ni patria, ni Estado, ni Gobierno? ...³¹

La novela culmina cuando, luego de una represión sangrienta contra el pueblo que protestaba por la muerte de uno de los “enrolados”, se reúnen Huanca, Benites y el apuntador. Allí se ventilan problemas trascendentes, y es donde el herrero lleva la voz cantante. Él les habla de la revolución que se está llevando a cabo en Rusia, del imperialismo, de la explotación de los indígenas y del pueblo, de la necesidad de rebelarse contra el orden burgués, y sobre todo del papel del campesinado, de los sectores medios y de los intelectuales en la revolución.

Benites defiende el rol protagónico de los intelectuales, una vez descartada la participación del campesinado:

Los indios y los peones no pueden ser Gobierno. No saben ni leer. Son aún ignorantes.³²

³⁰ Ibidem, p. 291.

³¹ Ibidem, p. 295.

³² Ibidem, p. 315.

Para él, los obreros no representan una opción real de gobierno, pues ellos dependen de los intelectuales:

[...] los obreros sin los intelectuales –abogados, médicos, ingenieros, sacerdotes, profesores– no pueden hacer nada, y no podrán, no podrán ¡y no podrán nunca!³³

En torno a este planteamiento, se suscita una discusión de la cual sale mal parado Benites, quien termina aceptando que los únicos capaces de llevar adelante una revolución son los obreros.

Benites representa al pequeño burgués intelectual que se “adhiera” a la ideología proletaria, haciéndolo no sin grandes dudas y angustias.

No podía el agrimensor concebir a un herrero de ministro y a un obispo, un catedrático o un sabio, pidiendo audiencia a aquel y guardándole antesala. ¡Ah, no! Eso pasaba todo límite y toda seriedad (...), para Benites, la idea y los hombres de ideas constituyen la base y el punto de partida del progreso, ¿qué podrán hacer los pobres campesinos y jornaleros el día en que se pusieran a la cabeza del Gobierno? ¡Sin ideas, sin noción de nada, sin conciencia de nada! ¡Reventarían!³⁴

Sin embargo, y pese a sus reservas, los planteamientos del herrero poco a poco van convenciéndolo.

Aunque rechazaba la mayor parte de las ideas de Huanca, una misteriosa e irrefrenable simpatía sentía crecer en su espíritu, por la causa en globo de los pobres jornaleros de las minas.³⁵

Lo cual es remachado en su conciencia cuando comienza a recordar los casos de injusticias de los que ha sido testigo. Por su parte, Huanca termina su argumentación de manera tajante:

³³ Ibídem, p. 315.

³⁴ Ibídem, p. 318.

³⁵ Ibídem, p. 319.

Lo único que pueden hacer ustedes por nosotros es hacer lo que nosotros les digamos y oírnos y ponerse a nuestras órdenes y al servicio de nuestros intereses. Nada más. Hoy por hoy, ésta es la única manera cómo podremos entendernos.³⁶

Posteriormente, Benites termina aceptando su papel, y se presta a servir de instrumento contra la empresa *Mining Society*, pues por su trabajo él dispone de medios para atacar a la empresa.

El libro finaliza con la perspectiva de una organización política proletaria que ya se insinúa una organización que podríamos denominar celular. La última línea remarca el mensaje de perspectiva optimista.

El viento soplaba afuera, anunciando tempestad.³⁷

Proyección de El Tungsteno

Vallejo, en su narrativa, es el primero en abrir sendas que otros escritores comprometidos con la realidad social recorrerán con diversa suerte. Así, *Escalas melografiadas* (1923) es el primer libro que contiene relatos sobre la cárcel debido a causas político-sociales. En adelante, el tema tendrá una larga lista de obras y seguidores, entre ellos: *Vagancia*, de Miguel de la Mata; *Hombres y rejas*, de Juan Seoane; *El dilema de Krause*, de Ciro Alegría; *El Sexto*, de José María Arguedas; *La isla y los trabajos*, de Julián Petrovick; *Prisiones junto al mar*, de Armando Bazán; *La trampa*, de Magda Portal; *La prisión*, de Gustavo Valcárcel, entre otros. Por supuesto que él no “inventó” el tema, pero sí sentó las bases para un tratamiento literario de una circunstancia que será referente común sobre todo en la década del treinta, y que constituirá uno de los principales rasgos de la literatura del realismo social de esa década y la siguiente.

³⁶ Ibídem, pp. 320 y 321.

³⁷ Ibídem, p. 324.

En cuanto a *El Tungsteno*, es la primera de una serie de cuentos y novelas sobre el mundo minero, como *En la noche infinita*, de Miguel de la Mata; *Gualda y Rosicler y Lampadas de minero*, de Augusto Mateu Cueva; *El retoño*, de Julián Huanay; *Sangre y metal*, de Pedro Muñiz, además de la publicación de muchos cuentos de tema minero de los escritores de la zona central del país.

También es necesario resaltar que personajes tan memorables como Benito Castro y Rendón Huilca, de *El mundo es ancho y ajeno* y *Todas las sangres*, respectivamente, tienen un antecedente en Servando Huanca de *El Tungsteno*. Estos personajes representan, cada uno a su modo en las circunstancias de las novelas, la modernización del mundo andino, encarnada en un indio que ha asimilado algunos valores de la cultura occidental, como la educación, la experiencia urbana, la conciencia de clase, para regresar a su lugar de origen y usar esas mismas cualidades como armas en la lucha por la liberación de sus pares indígenas.

José María Arguedas es quien más claramente ha expuesto la importancia de la obra de Vallejo en su obra creativa. En “La novela y el problema de la expresión literaria del Perú”, reconoce que al escribir sus primeros relatos, y encontrarse con muchas dudas y autocuestionamientos, recibió una ayuda importante en la lectura de la novela de Vallejo. Dice:

Fue en aquellos días que leí *Tungsteno* de Vallejo y *Don Segundo Sombra* de Güiraldes. Ambos libros me alumbraron.³⁸

A ochenta años de la primera edición de *El Tungsteno*, la concepción que sustentó su escritura ha sufrido los embates de

³⁸ VARGAS LLOSA, Mario: *La novela*; ARGUEDAS, José María: *La novela y el problema de la expresión literaria en el Perú*. Buenos Aires, América Nueva, 1974, p. 61.

los cambios históricos e ideológicos de las últimas décadas, pero la fuerza de las pasiones narradas en la novela, la hondura de la trama, el dramatismo de los hechos y las situaciones expuestas, todavía no desterrados de nuestra realidad, contienen un mensaje que aún puede llegar a los corazones de los lectores para provocar admiración y respeto.

Roberto Reyes Tarazona

Lima, marzo de 2011.

EL
TUNGSTENO

I

Dueña, por fin, la empresa norteamericana “Mining Society”, de las minas de tungsteno de Quivilca, en el departamento del Cuzco, la gerencia de Nueva York dispuso dar comienzo inmediatamente a la extracción del mineral.

Una avalancha de peones y empleados salió de Colca y de los lugares del tránsito, con rumbo a las minas. A esta avalancha siguió otra y otra, todas contratadas para la colonización y labores de minería. La circunstancia de no encontrar en los alrededores y comarcas vecinas de los yacimientos, ni en quince leguas a la redonda, la mano de obra necesaria, obligaba a la empresa a llevar, desde lejanas aldeas y poblaciones rurales, una vasta indiada, destinada al trabajo de las minas.

El dinero empezó a correr aceleradamente y en abundancia nunca vista en Colca, capital de la provincia en que se hallaban situadas las minas. Las transacciones comerciales adquirieron proporciones inauditas. Se observaba por todas partes, en las bodegas y mercados, en las calles y plazas, personas ajustando compras y operaciones económicas. Cambiaban de dueños gran número de fincas urbanas y rurales, y bullían constantes ajetreos

en las notarías públicas y en los juzgados. Los dólares de la “Mining Society” habían comunicado a la vida provinciana, antes tan apacible, un movimiento inusitado.

Todos mostraban aire de viaje. Hasta el modo de andar, antes lento y dejativo, se hizo rápido e impaciente. Transitaban los hombres, vestidos de caqui, polainas y pantalón de montar, hablando con voz que también había cambiado de timbre, sobre dólares, documentos, cheques, sellos fiscales, minutas, cancelaciones, toneladas, herramientas. Las mozas de los arrabales salían a verlos pasar, y una dulce zozobra las estremecía, pensando en los lejanos minerales, cuyo exótico encanto las atraía de modo irresistible. Sonreían y se ponían coloradas, preguntando:

–¿Se va usted a Quivilca?

–Sí. Mañana muy temprano.

–¡Quién como los que se van! ¡A hacerse ricos en las minas!

Así venían los idilios y los amores, que habrían de ir luego a anidar en las bóvedas sombrías de las vetas fabulosas.

En la primera avanzada de peones y mineros marcharon a Quivilca los gerentes, directores y altos empleados de la empresa. Iban allí, en primer lugar, místers Taik y Weiss, gerente y subgerente de la “Mining Society”; el cajero de la empresa, Javier Machuca; el ingeniero peruano Baldomero Rubio; el comerciante José Marino, que había tomado la exclusiva del bazar y de la contrata de peones para la “Mining Society”; el comisario del asiento minero, Baldazari, y el agrimensor Leónidas Benites, ayudante de Rubio. Este traía a su mujer y dos hijos pequeños.

Marino no llevaba más parientes que un sobrino de unos diez años, a quien le pegaba a menudo. Los demás iban sin familia.

El paraje donde se establecieron era una despoblada falda de la vertiente oriental de los Andes, que mira a la región de los bosques. Allí encontraron, por todo signo de vida humana, una pequeña cabaña de indígenas, los soras. Esta circunstancia, que les permitiría servirse de los indios como guías en la región solitaria y desconocida, unida a la de ser ése el punto que, según la topografía del lugar, debía servir de centro de acción de la empresa, hizo que las bases de la población minera fuesen echadas en torno a la cabaña de los soras.

Azarosos y grandes esfuerzos hubo de desplegarse para poder establecer definitiva y normalmente la vida en aquellas punas y el trabajo en las minas. La ausencia de vías de comunicación con los pueblos civilizados, a los que aquel paraje se hallaba apenas unido por una abrupta ruta para llamas, constituyó, en los comienzos, una dificultad casi invencible. Varias veces se suspendió el trabajo por falta de herramientas y no pocas por hambre e intemperie de la gente, sometida bruscamente a la acción de un clima glacial e implacable.

Los soras, en quienes los mineros hallaron todo género de apoyo y una candorosa y alegre mansedumbre, jugaron allí un rol cuya importancia llegó a adquirir tan vastas proporciones, que en más de una ocasión habría fracasado para siempre la empresa, sin su oportuna intervención. Cuando se acababan los víveres y no venían otros de Colca, los soras cedían sus granos, sus ganados, artefactos y servicios personales, sin tasa ni reserva y, lo

que es más, sin remuneración alguna. Se contentaban con vivir en armoniosa y desinteresada amistad con los mineros, a los que los soras miraban con cierta curiosidad infantil, agitarse día y noche, en un forcejeo sistemático de aparatos fantásticos y misteriosos. Por su parte, la “Mining Society” no necesitó, al comienzo, de la mano de obra que podían prestarle los soras en los trabajos de las minas, en razón de haber traído de Colca y de los lugares del tránsito una peonada numerosa y suficiente. La “Mining Society” dejó, a este respecto, tranquilos a los soras, hasta el día en que las minas reclamasen más fuerzas y más hombres. ¿Llegaría ese día? Por el instante, los soras seguían viviendo fuera de las labores de las minas.

–¿Por qué haces siempre así? –le preguntó un sora a un obrero que tenía el oficio de aceitar grúas.

–Es para levantar la cangalla.

–¿Y para qué levantas la cangalla?

–Para limpiar la veta y dejar libre el metal.

–¿Y qué vas a hacer con el metal?

–¿A tí no te gusta tener dinero? ¡Qué indio tan bruto!

El sora vio sonreír al obrero y él también sonrió maquinalmente, sin motivo. Le siguió observando todo el día y durante muchos días más, tentado de ver en qué paraba esa maniobra de aceitar grúas. Y otro día, el sora volvió a preguntar al obrero, por cuyas sienas corría el sudor:

–¿Ya tienes dinero? ¿Qué es dinero?

El obrero respondió paternalmente, haciendo sonar los bolsillos de su blusa:

–Esto es dinero. Fíjate. Esto es dinero. ¿Lo oyes?...

Dijo el obrero esto y sacó a enseñarle varias monedas de níquel. El sora las vio, como una criatura que no acaba de entender una cosa:

–¿Y qué haces con dinero?

–Se compra lo que se quiere. ¡Qué bruto eres, muchacho!

Volvió el obrero a reírse. El sora se alejó saltando y silbando.

En otra ocasión, otro de los soras, que contemplaba absortamente y como hechizado a un obrero que martillaba en el yunque de la forja, se puso a reír con alegría clara y retozona. El herrero le dijo:

–¿De qué te ríes, cholito? ¿Quieres trabajar conmigo?

–Sí. Yo quiero hacer así.

–No. Tú no sabes, hombre. Esto es muy difícil.

Pero el sora se empeñó en trabajar en la forja. Al fin, le consintieron y trabajó allí cuatro días seguidos, llegando a prestar efectiva ayuda a los mecánicos. Al quinto, al mediodía, el sora puso repentinamente a un lado los lingotes y se fue.

–Oye –le observaron–, ¿por qué te vas? Sigue trabajando.

–No –dijo el sora–. Ya no me gusta.

–Te van a pagar. Te van a pagar por tu trabajo. Sigue no más trabajando.

–No. Ya no quiero.

A los pocos días, vieron al mismo sora echando agua con un mate a una batea, donde lavaba trigo una muchacha. Después se ofreció a llevar la punta de un cordel en los socavones. Más tarde, cuando se empezó a cargar el mineral de la bocamina a la oficina de ensayos, el mismo sora estuvo llevando las parihuelas. El comerciante Marino, contratista de peones, le dijo un día:

–Ya veo que tú también estás trabajando. Muy bien, cholito. ¿Quieres que te “socorra”? ¿Cuánto quieres?

El sora no entendía este lenguaje de “socorro” ni de “cuánto quieres”. Solo quería agitarse y obrar y entretenerse, y nada más. Porque no podían los soras estarse quietos. Iban, venían, alegres, acezando, tensas las venas y erecto el músculo en la acción, en los pastoreos, en la siembra, en el aporque, en la caza de vicuñas y guanacos salvajes, o trepando las rocas y precipicios, en un trabajo incesante y, diríase, desinteresado. Carecían en absoluto del sentido de la utilidad. Sin cálculo ni preocupación sobre sea cual fuese el resultado económico de sus actos, parecían vivir la vida como un juego expansivo y generoso. Demostraban tal confianza en los otros, que en ocasiones inspiraban lástima. Desconocían la operación de compraventa. De aquí que se veían escenas divertidas al respecto.

–Véndeme una llama para charqui...

Entregado era el animal, sin que se diese y ni siquiera fuese reclamado su valor. Algunas veces se les daba por la llama una o dos monedas, que ellos recibían para volverlas a entregar al primer venido y a la menor solicitud.

* * *

Apenas instalada en la comarca la población minera, empleados y peones fueron prestando atención a la necesidad de rodearse de los elementos de vida que, aparte

de los que venían de fuera, podía ofrecerles el lugar, tales como animales de trabajo, llamas para carne, granos alimenticios y otros. Sólo que había que llevar a cabo un paciente trabajo de exploración y desmonte en las tierras incultas, para convertirlas en predios labrantíos y fecundos.

El primero en operar sobre las tierras, con miras no solo de obtener productos para su propia subsistencia, sino de enriquecerse a base de la cría y del cultivo, fue el dueño del bazar y contratista exclusivo de peones de Quivilca, José Marino. Al efecto, formó una sociedad secreta con el ingeniero Rubio y el agrimensor Benites. Marino tomó a su cargo la gerencia de esta sociedad, dado que él, desde el bazar, podía manejar el negocio con facilidades y ventajas especiales. Además, Marino poseía un sentido económico extraordinario. Gordo y pequeño, de carácter socarrón y muy avaro, el comerciante sabía envolver en sus negocios a las gentes, como el zorro a las gallinas. En cambio, Baldomero Rubio era un manso, pese a su talla alto y un poco encorvado los hombros, que le daba un asombroso parecido de cóndor en acecho de un cordero. En cuanto a Leónidas Benites, no pasaba de un asustadizo estudiante de la Escuela de Ingenieros de Lima, débil y mojigato, cualidades completamente nulas y hasta contraproducentes en materia comercial.

José Marino puso el ojo, desde el primer momento, en los terrenos, ya sembrados, de los soras, y resolvió hacerse de ellos. Aunque tuvo que vérselas en apretada competencia con Machuca, Baldazari y otros, que también empezaron a despojar de sus bienes a los soras, el comerciante Marino salió ganando en esta justa. Dos armas le sirvieron para el caso: el bazar y su cinismo excepcional.

Los soras andaban seducidos por las cosas, raras para sus mentes burdas y salvajes, que veían en el bazar: franelas en colores, botellas pintorescas, paquetes polícromos, fósforos, caramelos, baldes brillantes, transparentes vasos, etc. Los soras se sentían atraídos al bazar, como ciertos insectos a la luz. José Marino hizo el resto con su malicia de usurero.

–Véndeme tu chacra del lado de tu choza –les dijo un día en el bazar, aprovechando de la fascinación en que estaban sumidos los soras ante las cosas del bazar.

–¿Qué dices, taita?

–Que me des tu chacra de ocas y yo te doy lo que quieras de mi tienda.

–Bueno, taita.

La venta, o mejor dicho, el cambio, quedó hecho. En pago del valor del terreno de ocas, José Marino le dio el sora una pequeña garrafa azul, con flores rojas.

–¡Cuidado que la quiebres! –le dijo paternalmente Marino.

Después le enseñó cómo debía llevar la garrafa el sora, con mucho tiento, para no quebrarla. El indio, rodeado de otros dos soras, llevó la vasija lentamente a su choza, paso a paso, como una custodia sagrada. Recorrieron la distancia –que era de un kilómetro– en dos horas y media. La gente salía a verlos y se morían de risa.

El sora no se había dado cuenta de si esa operación de cambiar su terreno de ocas con una garrafa, era justa o injusta. Sabía en sustancia que Marino quería su terreno y se lo cedió. La otra parte de la operación –el recibo de la garrafa– la imaginaba el sora como separada e indepen-

diente de la primera. Al sora le había gustado ese objeto y creía que Marino se lo había cedido, únicamente porque la garrafa le gustó a él, al sora.

Y en esta misma forma siguió el comerciante apropiándose de los sembríos de los soras, que ellos seguían, a su vez, cediendo a cambio de pequeños objetos pintorescos del bazar y con la mayor inocencia imaginable, como niños que ignoran lo que hacen.

Los soras, mientras por una parte se deshacían de sus posesiones y ganados en favor de Marino, Machuca, Baldazari y otros altos empleados de la “Mining Society”, no cesaban, por otro lado, de bregar con la vasta y virgen naturaleza, asaltando en las punas y en los bajíos, en la espesura y en los acantilados, nuevos oasis que surcar y nuevos animales para amansar y criar. El despojo de sus intereses no parecía infligirles el más remoto perjuicio. Antes bien, les ofrecía ocasión para ser más expansivos y dinámicos, ya que su ingénita movilidad hallaba así más jubiloso y efectivo empleo. La conciencia económica de los soras era muy simple: mientras pudiesen trabajar y tuviesen cómo y dónde trabajar, para obtener lo justo y necesario para vivir, el resto no les importaba. Solamente el día en que les faltase dónde y cómo trabajar para subsistir, sólo entonces abrirían acaso más los ojos y opondrían a sus explotadores una resistencia seguramente encarnizada. Su lucha con los mineros, sería entonces a vida o muerte. ¿Llegaría ese día? Por el momento, los soras vivían en una especie de permanente retirada, ante la invasión, astuta e irresistible, de Marino y compañía.

Los peones, por su parte, censuraban estos robos a los soras, con lástima y piedad.

–¡Qué temeridad! –exclamaban los peones, echándose cruces–. ¡Quitarles sus sembríos y hasta su barraca! ¡Y botarlos de lo que les pertenece! ¡Qué pillería!

Alguno de los obreros observaba:

–Pero si los mismos soras tienen la culpa. Son unos zonzos. Si les dan el precio, bien; si no les dan, también. Si les piden sus chacras, se ríen como una gracia y se la regalan en el acto. Son unos animales. ¡Unos estúpidos! ¡Y más pagados de su suerte!... ¡Que se frieguen!

Los peones veían a los soras como si estuviesen locos o fuera de la realidad. Una vieja, la madre de un carbonero, tomó a uno de los soras por la chaqueta, refunfuñando muy en cólera:

–¡Oye, animal! ¿Por qué regalas tus cosas? ¿No te cuesta tu trabajo? ¿Y ya te vas a reír?... ¿No ves? Ya te vas a reír...

La señora se puso colorada de ira, y por poco no le da un tirón de orejas. El sora, por toda respuesta, fue a traerle un montón de ollucos, que la vieja rechazó, diciendo:

–Pero si yo no te digo para que me des nada. Llévate tus ollucos.

Luego la asaltó un repentino remordimiento, poniéndose en el caso de que fuesen aceptados por ella los ollucos, y puso en el sora una mirada llena de ternura y de piedad.

En otra ocasión, la mujer de un picapedrero derramó lágrimas, de verles tan desprendidos y desarmados de cálculo y malicia.

Les había comprado una cosecha de zapallos ya recolectados, por lo que, en vez de darles el valor prometido, les había dicho a última hora, poniendo en la mano del sora unas monedas:

–Toma cuatro reales. No tengo más. ¿Quieres?

–Bueno, mama –dijo el sora.

Pero como la mujer necesitase dinero para remedios de su marido, cuya mano fue volada con un dinamitazo en las vetas, y viese que todavía podía apartar de los cuatro reales algo más para sí, le volvió a decir, suplicante:

–Toma mejor tres reales solamente. El otro lo necesito.

–Bueno, mama.

La pobre mujer cayó aún en la cuenta de que podía apartar un real más. Le abrió la mano al sora y le sacó otra moneda, diciéndole, vacilante y temerosa:

–Toma mejor dos reales. Lo demás te lo daré otro día.

–Bueno, mama –volvió a contestar, impasible, el sora.

Fue entonces que aquella mujer bajó los ojos, enterrecida por el gesto de bondad inocente del sora. Apretó en la mano los dos reales que habrían de servir para el remedio del marido y la estremeció una desconocida y entrañable emoción, que la hizo llorar toda la tarde.

* * *

En el bazar de José Marino solían reunirse, después de las horas de trabajo, a charlar y a beber coñac –todos trajeados y forrados de gruesas telas y cueros contra el frío–, místers Taik y Weiss, el ingeniero Rubio, el cajero

Machuca, el comisario Baldazari y el preceptor Zavala, que acababa de llegar a hacerse cargo de la escuela. A veces, acudía también Leónidas Benites, pero no bebía casi y solía irse muy temprano. Allí se jugaba también a los dados, y, si era domingo, había borrachera, disparos de revólver y una crápula bestial.

Al principio de la tertulia, se hablaba de cosas de Colca y de Lima. Después, sobre la guerra europea. Luego se pasaba a tópicos relativos a la empresa y a la exportación de tungsteno, cuyas cotizaciones aumentaban diariamente. Por fin se departía sobre los chismes de las minas, las domésticas murmuraciones vinculadas a la vida privada. Al llegar al caso de los soras, Leónidas Benites decía, con aire de filósofo y en tono redentor y dolorido:

—¡Pobres soras! Son unos cobardes y unos estúpidos. Todo lo hacen porque no tienen coraje para defender sus intereses. Son incapaces de decir no. Raza endeble, servil, humilde hasta lo increíble. ¡Me dan pena y me dan rabia!

Marino, que ya estaba en sus copas, le salía al encuentro:

—Pero no crea usted. No crea usted. Los indios saben muy bien lo que hacen. Además, esa es la vida: una disputa y un continuo combate entre los hombres. La ley de la selección. Uno sale perdiendo, para que otro salga ganando. Mi amigo: usted, menos que nadie...

Estas últimas palabras eran dichas con marcado retintín. Y todo, por la manía de socarronear y acallar a los demás, que era rasgo dominante en el carácter de Marino. Benites comprendía la alusión y se turbaba visiblemente, sin poder replicar a un hombre fanfarrón, y que, además,

estaba borracho. Pero los contertulios sorprendían el detalle, gritando a una voz y con burla:

–¡Ah! ¡Claro! ¡Natural, natural!

El ingeniero Rubio, rayando con la uña, según su costumbre, el zinc del mostrador, argumentaba con su voz tartamuda y lejana:

–No, señor. A mí me parece que a estos indios les gusta la vida activa, el trabajo, abrir brechas en las tierras vírgenes, ir tras de los animales salvajes. Esa es su costumbre y su manera de ser. Se deshacen de sus cosas, sólo por lanzarse de nuevo en busca de otros ganados y otras chozas. Y así viven contentos y felices. Ignoran lo que es el derecho de propiedad y creen que todos pueden agarrar indistintamente las cosas. ¿Recuerdan ustedes lo de la puerta?...

–¿Lo de la puerta de la oficina? –interrogó el cajero, tosiendo.

–Exactamente. El sora, de buenas a primeras, echó la puerta al hombro y se la llevó a colocar en su corral, con el mismo desenfado y seguridad del que toma una cosa que es suya.

Una carcajada resonó en el bazar.

–¿Y qué hicieron con él? Es divertido.

–Cuando le preguntaron adónde llevaba la puerta, “a mi cabaña”, contestó sonriendo con un candor cómico e infantil. Naturalmente, se la quitaron. Creía que cualquiera podía apropiarse de la puerta, si necesitaba de ella. Son divertidos.

Marino dijo, guiñando el ojo y echando toda la barriga:

–Se hacen los tontos. ¡Son unas balas!

A cuyo concepto se opuso Benites, poniendo una cara de asco y piedad:

–¡Nada, señor! Son unos débiles. Se dejan despojar de lo que les pertenece, por pura debilidad.

Rubio se exasperó:

–¿Llama usted débiles a quienes se enfrentan a los bosques y jalcas, entre animales feroces y toda clase de peligros, a buscarse la vida? ¿A qué no lo hace usted, ni ninguno de los que estamos aquí?

–Eso no es valor, amigo mío. Valor es luchar de hombre a hombre; el que echa abajo al otro, ése es el valiente. Lo demás es cosa muy distinta.

–¿Así es que usted cree que la fuerza de un hombre, su valor, ha sido creada para invertirla en echar abajo a otro hombre?... ¡Magnífico! A mí me parecía que el valor de un individuo debe servirle para trabajar y hacer la riqueza colectiva, y no para usarlo como arma ofensiva contra los demás. ¡Su teoría es maravillosa!...

–Ni más ni menos. Yo soy una persona incapaz de hacer daño a nadie. Todos me conocen. Pero yo me creo obligado a defender mi vida e intereses, si se me ataca y me despojan de ellos.

Marino terció:

–Yo no digo nada. En boca cerrada no entran moscas... ¿Qué se bebe? ¿Quién manda? ¡Vamos! ¡Déjense de zonceras!

El agrimensur no le hizo caso:

–Aquí, por ejemplo, he venido a trabajar, no para dejarme quitar lo que yo gane, sino para reunir dineros que me faltan. Por lo demás, yo no quito a nadie nada, ni quiero echar a tierra a ningún hijo de vecino.

Marino se cansaba de preguntar quién pedía las copas, y como Benites, su socio en lo de la cría y los cultivos, no le hiciese caso, embebecido como estaba en la discusión, el comerciante dijo, con una risa de cortante ironía, para hacerle callar:

–Yo no digo nada. ¡Benites! ¡Benites! ¡Benites!... Acuérdense de que en boca cerrada no entran moscas...

El cajero Machuca tuvo un acceso de tos, pasado el cual dijo, congestionadas por el esfuerzo las mantecas de su cuello:

–Yo sé decir...

Le volvió la tos.

–Yo sé decir que...

No podía continuar. Tosió durante algún tiempo, y, al fin, pudo desahogarse:

–Los soras son unos indios duros, insensibles al dolor ajeno y que no se dan cuenta de nada. He visto el otro día a uno de ellos suspenderse a una cuerda, que sujetaba por el otro extremo un muchacho, arrollada a la cintura. El sora, con el peso de su cuerpo, templó la soga y la ajustó de tal manera, que iba a cortarle la cintura al otro, que no tenía cómo deshacerse y pataleaba de dolor, poniendo morada la cara y echando la lengua. El sora le veía, y, sin embargo, seguía en su maroma riéndose como un idiota. Son unos crueles y despiadados. Unos fríos de corazón. Les falta ser cristianos y practicar las virtudes de la Iglesia.

–¡Bravo! ¡Bien dicho! ¿Pide usted las copas? –dijo Marino.

–Déjeme, que estoy hablando...

–Pero pide usted...

–¡Maldito sea! Sirva usted nomás...

Leónidas Benites no hacía más que expresar por medio de palabras lo que practicaba en la realidad de su conducta cotidiana. Benites era la economía personificada y defendía el más pequeño centavo, con un celo edificante. Vendrían días mejores, cuando se haya hecho un capitalito y se pueda salir de Quivilca, para emprender un negocio independiente en otra parte. Por ahora, había que trabajar y ahorrar, sin otro punto de vista que el porvenir. Benites no ignoraba que en este mundo, el que tiene dinero es el más feliz, y que, en consecuencia, las mejores virtudes son el trabajo y el ahorro, que procuran una existencia tranquila y justa, sin ataques a lo ajeno, sin vituperables manejos de codicia y despecho y otras bajas inclinaciones, que producen la corrupción y la ruina de personas y sociedades. Leónidas Benites solía decir a Julio Zavala, maestro de la escuela:

–Debía usted enseñar a los niños dos únicas cosas: trabajo y ahorro. Debía usted resumir la doctrina cristiana en esos dos apotegmas supremos, que, en mi concepto, sintetizan la moral de todos los tiempos. Sin trabajo y sin ahorro, no es posible tranquilidad de conciencia, caridad, justicia, nada. Esa es la experiencia de la historia. ¡Lo demás son pamplinas!

Después, emocionándose y dando una inflexión de sinceridad a sus palabras, añadía:

–A mí me crió una mujer y vivo agradecido a ella, por haberme dado la educación que tengo. Por eso puedo manejarme de la manera que todos conocen: trabajando día y noche y esforzándome en hacerme una posición económica, bien humilde por cierto, pero libre y honrada.

Y su crónica mueca de angustia se desembarazaba. Le brillaban los ojos. Como si se acordase de algo, explicaba a Julio Zavala:

–Y no crea usted... Una cosa es el ahorro y otra cosa es la avaricia. De Marino a mí, por ejemplo, hay esa distancia: de la avaricia al ahorro. Usted ya me comprende, mi querido amigo...

El preceptor daba señal de que le comprendía, y luego parecía reflexionar hondamente en las ideas de Benites.

El agrimensor tenía, en general, íntima y sólida convicción de que era un joven de bien, laborioso, ordenado, honorable y de gran porvenir. Siempre estaba aludiendo a su persona, señalándose como un paradigma de vida que todos debían imitar. Esto último no lo expresaba claramente, pero fluía de sus propias palabras, pronunciadas con dignidad apostólica y ejemplar, en ocasiones en que se perfilaban problemas de moral y de destino entre sus amistades. Peroraba entonces extensamente sobre el bien y el mal, la verdad y la mentira, la sinceridad y el tartufismo y otros temas importantes.

* * *

Debido a la vida ordenada que llevaba Leónidas Benites, jamás sufrió quebranto alguno de su salud.

–¡Pero el día en que se enferme usted... –vociferaba José Marino, que en Quivilca se las echaba de médico empírico– ya no levanta nunca!

Leónidas Benites, ante estas palabras sombrías, cuidaba aun más de su conservación. La higiene de su cuarto y de su persona era de una pulcritud esmerada, no dejando nada que tachársela. Andaba siempre buscando el bienestar físico, valiéndose de una serie de actos que nadie sino él, con su paciente meticulosidad de anciano desconfiado, podía realizar. Por la mañana, ensayaba, antes de salir a su trabajo, distintas ropas interiores, para ver cuál se conformaba mejor al tiempo reinante y al estado de su salud, no escaseando ocasiones en que volvía de mitad del camino a ponerse otra camiseta o calzoncillo, porque había mucho frío o porque los que llevó le daban un abrigo excesivo. Lo mismo ocurría con el uso de las medias, calzado, sombrero, chompa y aun con los guantes y su cartera de trabajo. Si caía nieve, no sólo cargaba con el mayor número de papeles, reglas y cuerdas, sino que, para ejercitarse más, sacaba sus niveles, trípodes y teodolitos, aunque no tuviese nada que hacer con ellos. Se le veía otras veces agitarse y saltar y correr como un loco, hasta ya no poder. Otras veces, no salía de su cuarto por nada, y si alguien venía, abría con sigilo y lentamente la puerta, a fin de que no entrase de golpe el ventisquero. Pero si había sol, abría todas las puertas y ventanas de par en par y no quería cerrarlas. Así es como un día, estando Benites en la oficina del cajero, el muchacho a quien dejó cuidando la puerta abierta de su cuarto, se distrajo y entraron a robarle el anafe y el azúcar.

Mas no era esto todo. Tratándose de medidas previsoras contra el contagio de los males, su pulcritud era

mayor. De nadie recibía así no más un bocado o bebida, sino exorcisándola previamente y echando sobre las cosas cinco cruces, ni una más ni una menos. El cajero vino a verle un domingo en la mañana, en que la cocinera le acababa de traer de regalo un plato de humitas calientes. Entró el cajero en el preciso momento en que Leónidas Benites echaba la tercera cruz sobre las humitas. Olvidó la cuenta de las cruces y este fue el motivo por el cual ya no se atrevió a probar el regalo y se lo dió al perro. Poco afecto a tender la mano era. Cuando se veía obligado a hacerlo, tocaba apenas con la punta de los dedos la mano del otro, y luego permanecía preocupado, con una mueca de asco, hasta que podía ir a lavarse con dos clases de jabón desinfectante, que nunca le faltaba. Todo en su habitación estaba siempre en su lugar, y él mismo, estaba siempre en su lugar, trabajando, meditando, durmiendo, comiendo o leyendo *Ayúdate*, de Smiles, que consideraba la mejor obra moderna. En los días feriados de la Iglesia, hojeaba el Evangelio según San Mateo, librito fileteado de oro, que su madre le enseñó a amar y a comprender en todo lo que él vale para los verdaderos cristianos.

Con el correr del tiempo, su voz se había apagado mucho, a consecuencia de las nieves de la cordillera. Esta circunstancia aparecía como un defecto de los peores a los ojos de José Marino, su socio, con quien frecuentemente disputaba por esta causa.

–¡No se haga usted! ¡No se haga usted! –le decía Marino, en tono socarrón y en presencia de los parroquianos del bazar–. ¡Hable usted fuerte, como hombre! ¡Déjese de humildades y santurronerías! Ya está usted viejo, para hacerse el tonto. Beba bien, coma bien, enamore y ya verá usted cómo se le aclara la voz...

Algo respondía Leónidas Benites, que en medio de las risas provocadas por las frases picantes de Marino, no se podía oír. Su socio, entonces, le gritaba con mofa:

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Qué cosa? ¡Pero si no se le oye nada!...

Las risas redoblaban. Leónidas Benites, herido en lo profundo por la burla y el escarnio de los otros, se ponía más colorado y acababa por irse.

En general, Leónidas Benites no era muy querido en Quivilca. ¿Por qué? ¿Por su género de vida? ¿Por su manía moralista? ¿Por su debilidad física? ¿Por su retraimiento y desconfianza de los otros? La única persona que seguía de cerca y con afecto la vida del agrimensor era una señora, madre de un tornero, medio sorda y ya entrada en años, que tenía fama de beata y, por ende, de amiga de las buenas costumbres y de la vida austera y ejemplar. En ninguna parte se complacía de estar Leónidas Benites, descontado el rancho de la beata, con quien sostenía extensas tertulias, jugando a las cartas, comentando la vida de Quivilca y, muy a menudo, echando alguna plática sobre graves asuntos de moral.

Una tarde vinieron a decirle a la señora que Benites estaba enfermo, en cama. La señora fue al punto a verle, hallándole, en efecto, atacado de una fiebre elevada, que le hacía delirar y debatirse de angustia en el lecho. Le preparó una infusión de eucalipto, bien cargada, con dos copas de alcohol y dispuso lo conveniente para darle un baño de mostaza. Se produciría así una copiosa transpiración, signo seguro de haber cedido el mal, que no parecía consistir sino en un fuerte resfrío. Pero, efectuados los

dos remedios, y aun cuando el enfermo empezó a sudar, la fiebre persistía y hasta crecía por momentos.

La noche había llegado y empezó a nevar. La habitación de Benites tenía la puerta de entrada y la ventanilla herméticamente cerradas. La señora tapó las rendijas con trapos, para evitar las rachas de aire. Una vela de esperma ardía y ponía toques tristes y amarillos en los ángulos de los objetos y en la cama del paciente. Según este se moviese o cambiase de postura, movido por la fiebre, las sombras palpitaban ya breves, largas, truncas o encontradas, en los planos de su rostro cejijunto y entre las almohadas y las sábanas.

Acezaba Benites y daba voces confusas de pesadilla. La señora, abatida por la gravedad creciente del enfermo, se puso a rezar, arrodillada ante un cuadro del Corazón de Jesús, que había a la cabecera de la cama. Dobló la cabeza pálida e inexpresiva, como la mascarilla de yeso de un cadáver, y se puso a orar y gemir. Después se levantó reanimada. Dijo, junto al lecho:

-¿Benites?

Se oía ahora más baja y pausada su respiración. La señora se acercó de puntillas, inclinóse sobre la cama y observó largo rato. Habiendo meditado un momento, volvió a llamar, aparentando tranquilidad:

-¿Benites?

El enfermo lanzó un quejido oscuro y cargado de orfandad, que vino a darle en todas sus entrañas de mujer.

-¿Benites? ¿Cómo se siente usted? ¿Le haré otro remedio?

Benites hizo un movimiento brusco y pesado, agitó ambas manos en el aire, como si apartase invisibles insectos, y abrió los ojos que estaban enrojecidos y parecían inundados de sangre. Su mirada era vaga y, sin embargo, amenazadora. Hizo chasquear los labios amoratados y secos, murmurando sin sentido:

—¡Nada! ¡Aquella curva es más grande! ¡Déjeme! ¡Yo sé lo que hago! ¡Déjeme!...

Y se volvió de un tirón hacia la pared, doblando las rodillas y metiendo los brazos en el lecho.

En Quivilca no había médico. Lo habían reclamado a la empresa, sin resultado. Se combatía las enfermedades cada uno según su entendimiento, salvo en el caso de neumonía, en cuyo tratamiento se había especializado José Marino, el empírico del bazar. La señora que asistía a Benites no sabía si acudir al comerciante, por si fuese neumonía, o procurarse otra receta por cuenta propia, sin pérdida de tiempo. Daba mil vueltas por el cuarto, desesperada. De cuando en cuando, observaba al paciente o ponía oído a la puerta, atenta a la caída de la nieve. Podría ser que su hijo acertase a acudir en su busca o que cualquier otro pasase, para pedirle consejo o ayuda.

A veces, el enfermo se sumía en un silencio absoluto, del que la señora no se apercibía por su sordera, pero, en general, la noche avanzaba poblándose de los gritos dolorosos y las palabras del delirio. Contiguo había, por toda vecindad, un extenso depósito de mineral. El resto de los ranchos quedaba lejos, en plena falda del cerro, y había que llamar a gritos para hacerse escuchar.

La señora decidió hacerle otro remedio. Entre las cosas útiles que por precaución guardaba Benites en su

mesita, encontró un poco de glicerina, sustancia que le sugirió de golpe la nueva receta. Encendió otra vez el anafe. Habiéndose luego acercado de puntillas a la cama, examinó al paciente, que hacía rato permanecía en calma, y se percató de que dormía. Decidió entonces dejarle reposar, postergando el remedio para más tarde y para el caso de que la fiebre continuase. Fue a arrodillarse ante el lienzo sagrado y masculló, con vehemencia dolorosa y durante mucho tiempo, largas oraciones mezcladas de suspiros y sollozos. Después se levantó y llegose de nuevo a la cama del enfermo, enjugándose las lágrimas con un canto de su blusa de percal. Benites continuaba tranquilo.

–¡Dios es muy grande! –exclamó la señora, enternecida y con voz apenas perceptible–. ¡Ay, divino Corazón de Jesús! –añadió, levantando los ojos a la efigie y juntando las manos, henchida de inefable frenesí–. ¡Tú lo puedes todo! ¡Vela por tu criatura! ¡Ampárale y no le abandones! ¡Por tu santísima llaga! ¡Padre mío, protégenos en este valle de lágrimas!...

No pudo contener su emoción y se puso a llorar. Dio algunos pasos y se sentó en un banco. Allí se quedó adormecida.

Despertó de súbito. La vela estaba para acabarse y se había chorreado de una manera extraña, practicando un portillo hondo y ancho, por el que corría la esperma derretida, yendo a amontonarse y enfriarse en un solo punto de la palmatoria, en forma de un puño cerrado, con el índice alzado hacia la llama. Acomodó la vela, y como notase que Benites no había cambiado de postura y que seguía durmiendo, se inclinó a verle el rostro. “Duerme”, se dijo, y resolvió no despertarle.

Leónidas Benites, en medio de las visiones de la fiebre, había mirado a menudo el cuadro del Corazón de Jesús, que pendía en su cabecera. La divina imagen se mezclaba a las imágenes del delirio, envuelta en el blanco arbol de la caliche del muro. Las alucinaciones se relacionaban con lo que más preocupaba a Benites en el mundo tangible, tales como el desempeño de su puesto en las minas, su negocio en sociedad con Marino y Rubio y el deseo de un capital suficiente para ir a Lima a terminar lo más pronto sus estudios de ingeniero y emprender luego un negocio por su cuenta y relacionado con su profesión. En el delirio vio que el comerciante Marino se quedaba con su dinero y le amenazaba pegarle, ayudado por todos los pobladores de Quivilca. Benites protestaba enérgicamente, pero tenía que batirse en retirada, en razón del inmenso número de sus atacantes. Caía en la fuga por escarpadas rocas y, al doblar de golpe un recodo del terreno fragoso, se daba con otra parte de sus enemigos. El susto le hacía entonces dar un salto. El Corazón de Jesús entraba inmediatamente en el conflicto y espantaba con su sola presencia a los agresores y ladrones, para luego desaparecer súbitamente, dejándole desamparado, en el preciso momento en que míster Taik, muy enojado, le decía a Benites:

—¡Fuera de aquí! ¡La “Mining Society” le cancela el nombramiento, en razón de su pésima conducta! ¡Fuera de aquí, zamarro!

Benites le rogaba, cruzando las manos lastimeramente. Míster Taik ordenó a dos criados que le sacasen de la oficina. Venían dos soras sonriendo, como si escarneciesen su desgracia. Le cogían por los brazos, arrastrándole, y le propinaban un empellón brutal. Entonces, el Cora-

zón de Jesús acudía con tal oportunidad, que todo volvía a quedar arreglado. El Señor se esfumaba después en un relámpago.

Benites, poco después, sorprendía a un sora robándole un fajo de billetes de su caja. Se lanzaba sobre el bribón, persiguiéndole, impulsado no tanto por la suma que le llevaba, cuanto por la cínica risa con que el indio se burlaba de Benites, montado sobre el lomo de un caimán, en medio de un gran río. Benites llegó a la misma orilla del río, y ya iba a penetrar en la corriente, cuando se sintió de pronto entorpecido y privado de todo movimiento voluntario. Jesús, aureolado esta vez de un halo fulgurante, apareció ante Benites. El río se dilató de golpe, abrazando todo el espacio visible, hasta los más remotos confines. Una inmensa multitud rodeaba al Señor, atenta a sus designios, y un aire de tremenda encrucijada llenó el horizonte. A Benites le poseyó un pavor repentino, dándose cuenta, de modo oscuro, pero cierto, de que asistía a la hora del juicio final.

Benites intentó entonces hacer un examen de conciencia, que le permitiera entrever cuál sería el lugar de su eterno destino. Trató de recordar sus buenas y malas acciones de la tierra. Recordó, en primer lugar, sus buenos actos. Los recogió ávidamente y los colocó en sitio preferente y visible de su pensamiento, por riguroso orden de importancia: abajo, los relativos a proceder de bondad más o menos discutible o insignificante, y arriba, a la mano, sobre todos, los relativos a grandes rasgos de virtud, cuyo mérito se denunciaba a la distancia, sin dejar duda de su autenticidad y trascendencia. Luego pidió a su memoria los recuerdos amargos, y su memoria no le dio ninguno. Ni un solo recuerdo roedor. A veces, se insinuaba alguno, tímido y borroso, que bien examinado, a la luz

de la razón, acababa por desvanecerse en las neutras comisuras de la clasificación de valores, o, mejor sopesado aún, llegaba a despojarse del todo de su tinte culpable, reemplazando éste, no ya sólo por otro indefinible, sino por el tinte contrario: tal recuerdo resultaba ser, en el fondo, el de una acción meritoria, que Benites reconocía entonces con verdadera fruición paternal. Felizmente, Benites era inteligente y había cultivado con esmero su facultad discursiva y crítica, con la cual podía ahora profundizar las cosas y darles su sentido verdadero y exacto.

Muy poco le faltaba a Benites, según lo intuía, para presentarse ante el Salvador. Al razonarlo, un gran miedo le hizo arrebuajarse en su propio pensamiento. De allí vino a sacarle un alfalfero de Accoya, al que no veía muchos años, y a quien la madre del agrimensor solía comprarle hierba para sus cuyes, echándole maldiciones por su codicia y avaricia. Por rápida asociación de ideas, recordó que él mismo, Benites, amó también, a veces, el dinero, y quizás con exceso. Recordó que en Colca, una noche, había oído en una vasta estancia desolada, donde dormía a solas, ruido de almas en pena. Empezaron en la oscuridad a empujar la puerta, Benites tuvo miedo y guardó silencio. Rememoraba que al otro día, refirió a los vecinos lo acontecido, no faltando quien le asegurase que en aquella casa penaban las almas a menudo, a causa de un entierro de oro que dejó allí un español, encomendero de la Colonia. Como se repitiesen después los ruidos nocturnos, el ansia de oro tentó, al fin, a Benites. Y una medianoche, cuando fueron a empujar la puerta sumida en tinieblas, el agrimensor invocó a las penas.

—¿Quién es? —interrogó, incorporándose en la cama, y dándose diente con diente de miedo.

No contestaron. Siguieron empujando. Benites volvió a preguntar, anheloso y sudando frío:

–¿Quién es? Si es un alma en pena, que diga lo que desea.

Una voz gangosa, que parecía venir de otro mundo, respondió con lastimero acento:

–Soy un alma en pena.

Benites sabía que era malo correr de las penas y argumentó al punto:

–¿Qué le pasa? ¿Por qué pena?

A lo que le replicaron casi llorando:

–En el rincón de la cocina dejé enterrados cinco centavos. No me puedo salvar a causa de ellos. Agrega noventa y cinco centavos más de tu parte y paga con eso una misa al cura, para mi salvación...

Indignado Benites por el sesgo inesperado y oneroso que tomaba la aventura, gruñó, agarrando un palo contra el alma en pena:

–He visto muertos sinvergüenzas, pero como este, nunca!...

Al siguiente día, Benites abandonó la posada.

Recordando ahora todo esto, ya lejos de la vida terrenal, juzgó pecaminosa su conducta y digna de castigo. Sin embargo, estimó, tras de largas reflexiones, que sus palabras injuriosas para el alma en pena fueron dictadas por un estado anormal de espíritu y sin intención malévola. No olvidaba que, en materia de moral, las acciones tienen la fisonomía que les da la intención y sólo la intención.

Respecto a que no pagase la misa solicitada por el alma en pena, cuya no había sido la culpa, sino más bien del párroco, a quien una fuerte dispepsia impedía por aquellos días ir al templo. A Benites no se le ocultaba, dicho sea de paso, que dicha enfermedad del sacerdote no era mayor que alcanzase a sustraerle del todo del cumplimiento de sus sagrados deberes. Por último, en un análisis más juicioso y serio, quizás no fue, en realidad, un alma en pena, sino una broma pesada de alguno de sus amigos, sabedores de sus cuitas en pos del supuesto tesoro. Puesto en este caso, y de haberse oficiado la misa, la broma habría tenido una repercusión de burla y de impiedad, con Benites de por medio, como uno de sus promotores. Indudablemente, había, pues, hecho bien en proceder como procedió, defendiendo subconscientemente los fueros de seriedad de la Iglesia, y su conducta podía, en consecuencia, aparejar mérito suficiente para un premio del Señor. Benites puso este recuerdo en medio, exactamente en medio, de todos sus recuerdos, movido de una dialéctica singular e inextricable.

Un sentimiento de algo jamás registrado en su sensibilidad, y que le nacía del fondo mismo de su ser, le anunció de pronto que se hallaba en presencia de Jesús. Tuvo entonces tal cantidad de luz en su pensamiento, que le poseyó la visión entera de cuanto fue, es y será, la conciencia integral del tiempo y del espacio, la imagen plena y una de las cosas, el sentido eterno y esencial de las lindes. Un chispazo de sabiduría le envolvió, dándole servida en una sola plana, la noción sentimental y sensitiva, abstracta y material, nocturna y solar, par e impar, fraccionaria y sintética, de su rol permanente en los destinos de Dios. Y fue entonces que nada pudo hacer, pensar, querer ni

sentir por sí mismo ni en sí mismo exclusivamente. Su personalidad, como yo de egoísmo, no pudo sustraerse al corte cordial y solidario de sus flancos. En su ser se había posado una nota orquestal del infinito, a causa del paso de Jesús y su divina oriflama por la antena mayor de su corazón. Después, volvió en sí, y, al sentirse apartado del Señor y condenado a errar al acaso, como número disperso, zafado de la armonía universal, por una gris e incierta inmensidad, sin alba ni ocaso, un dolor indescriptible y jamás experimentado, le llenó el alma hasta la boca, ahogándole, como si mascase amargos vellones de tinieblas, sin poderlas siquiera ni pasar. Su tormento interior, la funesta desventura de su espíritu, no era a causa del perdido paraíso, sino a causa de la expresión de tristeza infinita que vio o sintió dibujarse en la divina faz del Nazareno, al llegar ante sus pies. ¡Oh, qué mortal tristeza la suya, y cómo no la pudo contener ni el vaso de dos bocas del Enigma! Por aquella gran tristeza, Benites sufría un dolor incurable y sin orillas.

–¡Señor! –murmuró Benites suplicante–. ¡Al menos, que no sea tanta tu tristeza! ¡Al menos, que un poco de ella pase a mi corazón! ¡Al menos, que las piedrecillas vengan a ayudarme a reflejar tu gran tristeza!

El silencio imperó en la extensión trascendental.

–¡Señor! ¡Apaga la lámpara de tu tristeza, que me falta corazón para reflejarla! ¿Qué he hecho de mi sangre? ¿Dónde está mi sangre? ¡Ay, Señor! ¡Tú me la diste y he aquí que yo, sin saber cómo, la dejé coagulada en los abismos de la vida, avaro de ella y pobre de ella!

Benites lloró hasta la muerte.

–¡Señor! ¡Yo fui el pecador y tu pobre oveja descarriada! ¡Cuando estuvo en mis manos ser el Adán sin

tiempo, sin mediodía, sin tarde, sin noche y sin segundo día! ¡Cuando estuvo en mis manos embridar y sujetar los rumores edénicos para toda eternidad y salvar lo Absoluto en lo Cambiante! ¡Cuando estuvo en mis manos realizar mis fronteras homogéneamente, como en los cuerpos simples, garra a garra, pico a pico, guija a guija, manzana a manzana! ¡Cuando estuvo en mis manos desgajar los senderos a lo largo y al través, por diámetros y alturas, a ver si así salía yo al encuentro de la Verdad!...

Empezó a callar el silencio por el lado de la nada.

–¡Señor! ¡Yo fui el delincuente y tu ingrato gusano sin perdón! ¡Cuando hasta pude no haber nacido! ¡Cuando pude, al menos, eternizarme en los capullos y en las vísperas! ¡Felices los capullos, porque ellos son las joyas natas de los paraísos, aunque duerman en sus selladas entrañas, estambres escabrosos! ¡Felices las vísperas, porque ellas no han llegado y no han de llegar jamás a la hora de los días definibles! ¡Yo pude ser solamente el óvulo, la nebulosa, el ritmo latente e inmanente: Dios!...

Estalló Benites en un grito de desolación infinita, que luego de apagado, dejó al silencio mudo para siempre.

* * *

Benites despertó bruscamente. La luz de la mañana inundaba la habitación. Junto a la cama de Benites, estaba José Marino.

–¡Qué buena vida, socio! –exclamaba Marino, cruzándose los brazos–. ¡Las once del día y todavía en cama! ¡Vamos, vamos! ¡Levántese! Me voy esta tarde a Colca.

Benites dio un salto:

–¿Usted a Colca? ¿Hoy se va usted a Colca?

Marino se paseaba a lo largo de la pieza, apurado.

–¡Sí, hombre! ¡Levántese! ¡Vamos a arreglarnos de cuentas! Ya Rubio nos espera en el bazar..

Benites, sentado en su cama, tuvo un calofrío:

–Bueno. Me levanto en seguida. Tengo todavía un poco de fiebre, pero no importa.

–¿Fiebre, usted? ¡No friegue, hombre! ¡Levántese! ¡Levántese! Lo espero en el bazar.

Marino salió y Benites empezó a vestirse, tomando sus precauciones de costumbre: medias, calzoncillo, camiseta, camisa, todo debía adaptarse y servir al momento particular por el que atravesaba su salud. Ni mucho abrigo ni poca ropa.

A la una de la tarde, el caballo en que debía montar José Marino esperaba ensillado a la puerta del bazar. Lo sujetaba por una soga el sobrino del comerciante. Dentro del bazar se discutía a grandes voces y entre carcajadas. Arregladas las cuentas entre Marino, Rubio y Benites, daban la despedida al comerciante, sus dos socios, el cajero Machuca, el profesor Zavala, el comisario Baldazari y místers Taik y Weiss. Las copas menudeaban. Machuca, ya un tanto bebido, preguntaba zumbonamente a Marino:

–¿Y con quién deja usted a la Rosada?

La Rosada era una de las queridas de Marino. Muchacha de dieciocho años, hermoso tipo de mujer serrana, ojos grandes y negros y empurpuradas mejillas candelinas, la trajo de Colca como querida un apuntador de

las minas. Sus hermanas, Teresa y Albina, la siguieron, atraídas por el misterio de la vida en las minas, que ejercía sobre los aldeanos, ingenuos y alucinados, una seducción extraña e irresistible. Las tres vinieron a Quivilca, huidas de su casa. Sus padres –unos viejos campesinos miserables– las lloraron mucho tiempo. En Quivilca, las muchachas se pusieron a trabajar, haciendo y vendiendo chicha, obligándolas este oficio a beber y embriagarse frecuentemente con los consumidores. El apuntador se disgustó pronto de este género de trabajo de la Graciela y la dejó. A las pocas semanas, José Marino la hizo suya. En cuanto a Albina y a Teresa, corrían en Quivilca muchos rumores.

Marino, a las preguntas repetidas de Machuca, respondió con desparpajo:

–Juguémosla al cachito, si usted quiere.

–¡Eso es! ¡Al cacho! ¡Al cacho! ¡Pero juguémosla entre todos! –argumentó Baldazari.

En torno al mostrador se formó un círculo. Todos, y hasta el mismo Benites, estaban borrachos. Marino agitaba el cacho ruidosamente, gritando:

–¿Quién manda?

Tiró los dados y contó, señalando con el dedo y sucesivamente a todos los contertulios:

–¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Usted manda!

Fue Leónidas Benites a quien tocó jugar el primero.

–¿Pero qué jugamos? –preguntaba Benites, cacho en mano.

–¡Tire no más! –decía Baldazari–. ¿No está usted oyendo que vamos a jugar a la Rosada?

Benites respondió turbado, a pesar de su borrachera:

–¡No, hombre! ¡Jugar al cacho a una mujer! ¡Eso no se hace! ¡Juguemos una copa!

Unánimes reproches, injurias y zumbas ahogaron los tímidos escrúpulos de Leónidas Benites, y se jugó la partida.

–¡Bravo! ¡Que pague una copa! ¡El remojo de la sucesión!

El comisario Baldazari se ganó al cacho a la Rosada y mandó servir champaña. Machuca se le acercó, diciéndole:

–¡Qué buena chola se va usted a comer, comisario! ¡Tiene unas ancas así!...

El cajero, diciendo esto, abrió en círculo los brazos e hizo una mueca golosa y repugnante. Los ojos del comisario también chispearon, recordando a la Rosada, y preguntó a Machuca:

–¿Pero dónde vive ahora? Hace tiempo que no la veo.

–Por la Poza. ¡Mándela traer ahora mismo!

–¡No, hombre! Ahora no. Es de día. La gente puede vernos.

–¡Qué gente ni gente! ¡Todos los indios están trabajando! ¡Mándela traer! ¡Ande!

–Además, no. Ha sido una broma. ¿Usted cree que Marino va a soltar a la chola? Si se fuera para no volver, sí. Pero solo se va a Colca por unos días...

–¿Y eso qué importa? Lo ganado es ganado. ¡Hágase usted el cojudo! ¡Es una hembra que da el opio! ¡A mí me gusta que es una barbaridad! ¡Mándela traer! ¡Además,

usted es el comisario y usted manda! ¡Qué vainas! ¡Lo demás son cojudeces! ¡Ande, comisario!

-¿Y cree usted que va a venir?

-¡Pero es claro!

-¿Con quién vive?

-Sola, con sus hermanas, que son también estupendas.

Baldazari se quedó pensando y moviendo su foete.

Unos minutos más tarde, José Marino y el comisario Baldazari salieron a la puerta.

-Anda, Cucho -dijo Marino a su sobrino-, anda a la casa de las Rosadas y dile a la Graciela que venga aquí, al bazar, que la estoy esperando, porque ya me voy. Si te pregunta con quién estoy, no le digas quiénes están aquí. Dile que estoy solo, completamente solo. ¿Me has oído?

-Sí, tío.

-¡Cuidado con que te olvides! Dile que estoy solo, que no hay nadie más en el bazar. Deja el caballo. Amárralo a la pata del mostrador. ¡Anda! ¡Pero volando! ¡Ya estás de vuelta!...

Cucho amarró la punta de la soga del caballo a una pata del mostrador y partió a hacer el mandado.

-¡Volando, volando! -le decían Marino y Baldazari.

José Marino adulaba a todo el que, de una u otra manera, podía serle útil. Su servilismo al comisario no tenía límites. Marino le servía hasta en sus aventuras amorosas. Salían de noche a recorrer los campamentos obreros y los trabajos en las minas, acompañados de un

gendarme. A veces, Baldazari se quedaba a dormir, de madrugada, en alguna choza o vivienda de peones, con la mujer, la hermana o la madre de un jornalero. El gendarme volvía entonces solo a la Comisaría, y Marino, igualmente solo, a su bazar. ¿Por qué las adulaciones del comerciante al comisario? Las causas eran múltiples. Por el momento, el comerciante iba a ausentarse y le había pedido al comisario el favor de supervigilar la marcha del bazar, que quedaba a cargo del profesor Zavala, que estaba de vacaciones. De otro lado, el comisario le estaba consumiendo ahora en gran escala en el bazar, al propio tiempo que entrenaba a los otros a hacer lo mismo. Las tres de la tarde y ya José Marino había vendido muchas botellas de champaña, de cinzano, de coñac y de whisky... Pero todas estas no eran sino razones del momento y muy nimias. Otras eran las de siempre y las más serias. El comisario Baldazari era el brazo derecho del contratista José Marino, en punto a la peonada y en cuanto a los gerentes de la "Mining Society". Cuando Marino no podía con un peón, que se negaba a reconocerle una cuenta, a aceptar un salario muy bajo o a trabajar a ciertas horas de la noche o de un día feriado, Marino acudía al comisario, y este hacía ceder al peón con un carcelazo, con la "barra" (suplicio original de las cárceles peruanas) o a foetazos. Asimismo, cuando Marino no podía obtener directamente de místers Taik y Weiss tales o cuales ventajas, facilidades o, en general, cualquier favor o granjería, Marino acudía a Baldazari y este intervenía, con la influencia y ascendiente de su autoridad, obteniendo de los patrones todo cuanto quería José Marino. Nada, pues, de extraño que el comerciante estuviese ahora dispuesto a entregar a su querida al comisario, ipso facto y en público.

Al poco rato, la Graciela aparecía en la esquina, acompañada de Cucho. Los del bazar se escondieron. Solamente José Marino apareció a la puerta, tratando de disimular su embriaguez.

–Pasa –dijo afectuosamente Marino a la Graciela–. Ya me voy. Pasa. Te he hecho llamar porque ya me voy.

La Graciela decía tímidamente:

–Yo creía que se iba usted a ir así nomás, sin decirme ni siquiera hasta luego.

Una repentina carcajada estalló en el bazar y todos los contertulios aparecieron de golpe ante Graciela. Colorada, estupefacta, dio un traspié, contra el muro. La rodearon, unos estrechándole la mano, otros abrazándola y otros acariciándola por el mentón. Marino le decía, desternillándose de risa:

–Siéntate. Siéntate. Es la despedida. ¡Qué quieres! ¡Los amigos! ¡Nuestros patrones! ¡Nuestro grande y querido comisario! ¡Siéntate! ¡Siéntate! ¿Y qué tomas?...

Cerraron a medias la puerta y Cucho jaló de afuera la soga del caballo, sentándose en el quicio a esperar.

Cayó nieve. Varias veces vino gente a hacer compras en el bazar y se iban sin atreverse a entrar. Una india de aire doloroso y apurada, llegó corriendo.

–¿Ahí está tu tío? –le preguntó jadeante a Cucho.

–Sí, ahí está. ¿Para qué?

–Para que me venda láudano. Estoy muy apurada, porque ya se muere mi mama.

–Pase usted, si quiere.

–¿Pero quién sabe está con gente?

–Está con muchos señores. Pero entre usted, si quiere...

La mujer vaciló y se quedó a la puerta, esperando. Una angustia creciente se pintaba en su cara. Cucho, sin soltar la soga del caballo, se entretenía en dibujar con el cabo de un lápiz rojo, y en un pedazo de su cuaderno de la escuela, las armas de la patria. La mujer iba y venía, desesperada y sin atreverse a entrar al bazar. Aguaitaba lo que adentro sucedía, se ponía a escuchar y volvía a pasearse. Le preguntaba a Cucho.

–¿Quién está ahí?

–El comisario.

–¿Quién más?

–El cajero, el ingeniero, el profesor, los gringos... Están bien borrachos. Están tomando champaña.

–¡Pero oigo una mujer!...

–La Graciela.

–¿La Rosada?

–Sí. Mi tío la ha mandado llamar, porque ya se va.

–¡Ay, Dios mío! ¿A qué hora se irán? ¿A qué hora se irán?...

La mujer empezó a gemir.

–¿Por qué llora usted? –le preguntó Cucho.

–Ya se muere mi mama y don José está con gente...

–Si quiere usted, lo llamaré a mi tío, para que le venda...

–Quién sabe se va a enojar...

Cucho aguaitó hacia adentro y llamó tímidamente:

–¡Tío Pepe!...

La orgía estaba en su colmo. De la tienda salía un vocerío confuso, mezclado de risas y gritos y un tufo nauseante. Cucho llamó varias veces. Al fin, salió José Marino.

–¿Qué quieres, carajo? –le dijo, irritado, a su sobrino.

Cucho, al verle borracho y colérico, dió un salto atrás, amedrentado. La mujer se hizo también a un lado.

–Para que venda usted láudano –murmuró Cucho, de lejos.

–¡Qué láudano ni la puta que te parió! –rugió José Marino, lanzándose furibundo sobre su sobrino. Le dio un bofetón brutal en la cabeza y le derribó.

–¡Carajo! –vociferaba el comerciante, dándole de puntapiés–. ¡Cojudo! ¡Me estás jodiendo siempre!

Algunos transeúntes se acercaron a defender a Cucho. La mujer del láudano le rogaba a Marino, arrodillada:

–¡No le pegue usted, taita! Si lo ha hecho por mí. Porque yo le dije. ¡Pégume a mí, si quiere! ¡Pégume a mí, si quiere!...

Algunas patadas cayeron sobre la mujer. José Marino, ciego de ira y de alcohol, siguió golpeando al azar, durante unos segundos, hasta que salió el comisario y lo contuvo.

–¿Qué es esto, mi querido Marino? –le dijo, sujetándole por las solapas.

–¡Perdone, comisario! –respondía Marino, humildemente–. ¡Le pido mil perdones!

Ambos penetraron al bazar. Cucho yacía sobre la nieve, llorando y ensangrentado. La india, de pie, junto a Cucho, sollozaba dolorosamente:

–Sólo porque lo llama, le pega. ¡Sólo por eso! ¡Y a mí también, sólo porque vengo por un remedio!...

Apareció un indio mocetón llorando y a la carrera:

–¡Chana! ¡Chana! ¡Ya murió mama! ¡Ven! ¡Ven! ¡Ya murió!...

Y Chana, la india del láudano, se echó a correr, seguida del indio y llorando.

El caballo de José Marino, espantado, había huido. Cucho, secándose las lágrimas y la sangre, lo fue a buscar. Sabía muy bien que, de irse el caballo, “las nalgas ya no serían tuyas”, como solía decir su tío cuando le amenazaba azotarle. Volvió, felizmente, con el animal, y se sentó de nuevo a la puerta del bazar, que continuaba entreabierta. Se agachó y aguaitó a hurtadillas. ¿Qué sucedía ahora en el bazar?

José Marino conversaba tras de la puerta, en secreto y copa en mano, con míster Taik, el gerente de la “Mining Society”. Le decía en tono insinuante y adulator:

–Pero, míster Taik: yo mismo, con mis propios ojos, lo he visto...

–Usted es muy amable, pero eso es peligroso –replacaba muy colorado y sonriendo el gerente.

–Sí, sí, sí. Míster Taik, decídase nomás. Yo sé por qué le digo. Rubio es un enfermo. Ella (hablaban de la mujer de Rubio) no lo quiere. Además, se muere por usted. Yo la he visto.

El gerente sonreía siempre:

–Pero, señor Marino, puede saberlo Rubio...

–Yo le aseguro que no lo sabrá, míster Taik. Yo se lo aseguro con mi cuello.

Marino bebió su copa y añadió, decidido:

–¿Quiere usted que yo me lleve a Rubio un día fuera de Quivilca, para que usted aproveche?

–Bueno, ya veremos. Ya veremos. Muchas gracias. Usted es muy amable...

–Tratándose de usted, míster Taik, ya sabe que yo no reparo en nada. Soy su amigo, muy modesto, sin duda, muy humilde y muy pobre, el último, quién sabe, pero amigo de veras y dispuesto a servirle hasta con mi vida. Su pobre servidor, míster Taik. ¡Su pobre amigo!

Marino se inclinó largamente.

En ese momento, míster Weiss, del otro extremo del bazar, llamaba al comerciante:

–¡Señor Marino! ¡Otra tanda de champaña!...

José Marino voló a servir las copas.

Entretanto, la Graciela estaba ya borracha. José Marino, su amante, la había dado a beber un licor extraño y misterioso, preparado por él en secreto. Una sola copa de este licor la había embriagado. El comisario le decía en voz baja y aparte a Marino:

–¡Formidable! ¡Formidable! Es usted un portento. Ya está más para la otra que para ésta...

–Y eso –respondía Marino, jactancioso– y eso que no le he puesto mucho de lo verde. De otro modo, ya habría doblado el pico hace rato...

Abrazaba a Baldazari, añadiendo:

–Usted se lo merece todo, comisario. Por usted todo. ¡No digo un “tabacazo”! ¡No digo una mujer! ¡Por usted, mi vida! Créalo.

La Graciela, en los espasmos producidos por el “tabacazo”, cantaba y lloraba sin causa. Se paraba de pronto y bailaba sola. Todos hacían palmas, entre risas y requiebros. La Graciela, con una copa en la mano, decía, bamboleándose y sin pañolón:

–¡Yo soy una pobre desgraciada! ¡Don José! ¡Venga usted! ¡Quién es usted para mí? ¡Hágame el favor! Yo solo soy una pobre y nada más...

Las risas y los gritos aumentaban. José Marino, del brazo del comisario, le dijo entonces a la Graciela, como a una ciega, y ante todos los contertulios:

–¿Ves? Aquí está el señor comisario, la autoridad, el más grande personaje de Quivilca, después de nuestros patrones, místers Taik y Weiss. ¿Lo ves aquí, con nosotros?

La Graciela, los ojos velados por la embriaguez, trataba de ver al comisario.

–Sí. Lo veo. Sí. El señor comisario. Sí...

–Bueno. Pues el señor comisario va a encargarse de ti mientras mi ausencia. ¿Me entiendes? Él verá por ti. Él hará mis veces en todo y para todo...

Marino, diciendo esto, hacía muecas de burla y añadía:

–Obedécele como a mí mismo. ¿Me oyes? ¿Me oyes, Graciela?... La Graciela respondía, la voz arrastrada y casi cerrando los ojos:

–Sí... Muy bien... Muy bien...

Después vaciló su cuerpo y estuvo a punto de caer. El cajero Machuca soltó una risotada. José Marino le hizo señas de callarse y guiñó el ojo a Baldazari, significándole que la melaza estaba en punto. Los demás, en coro, le decían a media voz a Baldazari:

–¡Ya comisario! ¡Entre nomás! ¡Entrele!...

El comisario se limitaba a reír y a beber.

Graciela, agarrándose del mostrador para no caer, fue a sentarse, llamando a grandes voces:

–¡Don José! ¡Venga usted a mi lado! ¡Venga usted!...

José Marino insinuó de nuevo a Baldazari que se acercase a la Rosada. Baldazari volvió, por toda respuesta, a beber otra copa. A los pocos instantes, Baldazari se encontraba completamente borracho. Hizo servir varias veces champaña. Los demás estaban, asimismo, ebrios y en una inconsciencia absoluta. Rubio hablaba de política internacional a gritos con míster Taik, y, de otro lado, el profesor Zavala, Leónidas Benites y míster Weiss, se abrazaban en grupo. José Marino y el comisario Baldazari rodeaban siempre a la Graciela. Un momento, la Rosada abrazó a Marino, pero este se escabulló suavemente, poniendo en su lugar a Baldazari en los brazos de Graciela. La muchacha se dio cuenta y apartó bruscamente al comisario:

–¡Besa al señor comisario! –le ordenó entonces Marino, irritado.

–¡No! –respondió Graciela enérgicamente y como despertando.

–¡Déjela! –dijo Baldazari a Marino.

Pero el contratista de peones estaba ya colérico e insistió:

–¡Besa al señor comisario te he dicho, Graciela!

–¡No! ¡Eso, nunca! ¡Nunca, don José!

–¿No le besas? ¿No cumples lo que yo te ordeno? ¡Es-pérate! –gruñó el comerciante, y se fue a preparar otro “tabacazo”.

Al venir la noche, cerraron herméticamente la puerta y el bazar quedó sumido en las tinieblas. Todos los contertulios –menos Benites, que se había quedado dormido– conocieron entonces, uno por uno, el cuerpo de Graciela. José Marino primero, y Baldazari después, habían brindado a la muchacha a sus amigos, generosamente. Los primeros en gustar de la presa fueron, naturalmente, los patrones místers Taik y Weiss. Los otros personajes entraron luego a escena, por orden de jerarquía social y económica: el comisario Baldazari, el cajero Machuca, el ingeniero Rubio y el profesor Zavala. José Marino, por modestia, galantería o refinamiento, fue el último. Lo hizo en medio de una batahola demoníaca. Marino pronunciaba en la oscuridad palabras, interjecciones y gritos de una abyección y un vicio espeluznantes. Un diálogo espantoso sostuvo, durante su acto horripilante, con sus cómplices. Un ronquido, sordo y ahogado, era la única señal de vida de Graciela. José Marino lanzó, al fin, una carcajada viscosa y macabra...

Y, cuando encendieron luz en el bazar, viose botellas y vasos rotos sobre el mostrador, champaña derramado por el suelo, piezas de tejidos deshechas al azar, y

las caras, macilentas y sudorosas. Una que otra mancha de sangre negreaba en los puños y cuellos de las camisas. Marino trajo agua en un lavador, para lavarse las manos. Mientras se estaban lavando, todos en círculo, sonó un tiro de revólver, volando el lavador por el techo. Una carcajada partió de la boca del comisario, que era quien había tirado.

–¡Para probar mis hombres! –dijo Baldazari, guardando su revólver–. Pero veo que todos han temblado.

Leónidas Benites despertó.

–¿Y la Graciela? –interrogó, restregándose los ojos–. ¿Ya se fue?...

Míster Taik, limpiando sus lentes, dijo:

–Señor Baldazari: hay que despertarla. Me parece que debe irse ya a su rancho. Ya es de noche.

–Sí, sí, sí –dijo el comisario, poniéndose serio–. ¡Hay que despertarla; usted, Marino, que es siempre el hombre!

–¡Ah! –exclamó el comerciante–. Eso va a ser difícil. Contra el “tabacazo” no hay otro remedio sino el sueño.

–Pero, de todos modos –argumentó Rubio–, no es posible dejarla botada así, en el suelo... ¿No le parece, míster Taik?

–¡Oh, sí, sí! –decía el gerente, fumando su pipa.

Leónidas Benites se acercó a Graciela, seguido de los demás. La Rosada yacía en el suelo, inmóvil, desgredada, con las polleras en desorden y aún medio remangadas. La llamaron, agitándola fuertemente y no dio señales de

despertar. Trajeron una vela. Volvieron a llamarla y a moverla. Nada. Seguía siempre inmóvil. José Marino puso la oreja sobre el pecho de la moza y los otros esperaron en silencio.

–¡Carajo! –exclamó el comerciante, levantándose–. ¡Está muerta!...

–¿Muerta? –preguntaron todos, estupefactos–. ¡No diga usted disparates! ¡Imposible!

–Sí –repuso en tono despreocupado el amante de Graciela–. Está muerta. Nos hemos divertido.

Míster Taik dijo entonces en voz baja y severa:

–Bueno. Que nadie diga esta boca es mía. ¿Me han oído? ¡Ni una palabra! Ahora hay que llevarla a su casa. Hay que decir a sus hermanas que le ha dado un ataque y que la dejen reposar y dormir. Y mañana, cuando la hallen muerta, todo estará arreglado...

Los demás asintieron, y así se hizo.

A las diez de la noche, José Marino montó a caballo y partió a Colca. Y, al día siguiente, se enterró a Graciela. En primera fila del cortejo fúnebre iba el comisario de Quivilca, acompañado de Zavala, de Rubio, de Machuca y de Benites. De lejos, seguía el cortejo Cucho, el sobrino del amante de la muerta.

Todos los del bazar volvieron del cementerio tranquilos y conversando indiferentemente. Solo Leónidas Benites estaba muy pensativo. El agrimensor era el único de los del bazar, en quien la muerte de Graciela dejó cierto pesar y hasta cierto remordimiento. En conciencia, sabía Benites que la Rosada no había fallecido de muerte natural. Verdad es que él no vio nada de lo que ocurrió con

Graciela en la oscuridad, por haberse quedado profundamente dormido; pero lo sospechaba todo, aunque sólo fuese de modo oscuro y dudoso. Benites, de regreso del entierro, se encerró en su cuarto, arrepentido de la escena del bazar, cosa a la que no estaba acostumbrado y que, en principio, le repugnaba, y se tendió en su cama a meditar. Después se quedó dormido.

Por la tarde de ese mismo día, se presentaron de pronto en el escritorio del gerente de la “Mining Society”, míster Taik, las dos hermanas de la muerta, Teresa y Albina. Venían llorando. Otras dos indias, chicheras también, como las Rosadas, las acompañaban. Albina y Teresa pidieron audiencia al patrón y, tras de una breve espera, fueron introducidas ante el yanqui, a quien acompañaba a la sazón su compatriota, el subgerente, míster Weiss. Ambos chupaban sus pipas.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó secamente míster Taik.

—Aquí, patrón —dijo Teresa, llorando—, venimos porque todos dicen en Quivilca que a la Graciela la han matado y que no se ha muerto ella. Nos dicen que es porque la emborracharon en el bazar. Por eso. Y que usted, patroncito, debe hacernos justicia. Cómo ha de ser, pues, que maten así a una pobre mujer y que todo se quede así nomás...

El llanto no la dejó continuar.

Míster Taik se apresuró a contestar, enojado:

—¿Pero quién dice eso?

—Todos, señor, todos...

—¿Han ido ustedes a quejarse al comisario?

–Sí, patrón. Pero él nos dice que son habladurías y nada más, y que no es cierto.

–¿Entonces? Si así les ha contestado el señor comisario, ¿a qué vienen ustedes aquí y por qué siguen creyendo tonterías y chismes imbéciles? Déjense de zonceras y váyanse a su casa tranquilas. La muerte es la muerte y el resto son necedades y lloriqueos inútiles... ¡Váyanse! ¡Váyanse! –añadió paternalmente míster Taik, disponiéndose él también a salir.

–¡Váyanse! –repitió, también en tono protector, míster Weiss, chupando su pipa y paseándose—. No hagan caso de tonterías. Váyanse. No estamos para cantaletas y majaderías. Hagan el favor...

Los dos patrones, llenos de dignidad y despotismo, indicaron la puerta a las Rosadas, pero Teresa y Albina, cesando de llorar, exclamaron, a la vez, airadas:

–¡Sólo porque son patrones! ¡Por eso hacen lo que quieren y nos botan así, sólo porque vinimos a quejarnos! ¡Han matado a mi Graciela! ¡La han matado! ¡La han matado!...

Vino un sirviente y las hizo salir de un empellón. Las dos muchachas se alejaron protestando y llorando, seguidas de las otras chicheras, que también protestaban y lloraban.

II

José Marino fue a Colca por urgentes negocios. En Colca tenía otro bazar, que corría de ordinario a cargo de su hermano menor, Mateo. Los hermanos Marino tenían, además, en Colca, la agencia de enganche de peones para los trabajos de las minas de Quivilca. En suma, la firma “Marino Hermanos” consistía, de una parte, en los bazares de Colca y de Quivilca, y, de otra, en el enganche de peones para la “Mining Society”.

La “Mining Society” celebró un contrato con “Marino Hermanos”, cuyas estipulaciones principales eran las siguientes: “Marino Hermanos” tomaban la exclusiva de proporcionar a la empresa yanqui toda la mano de obra necesaria para la explotación minera de Quivilca, y, en segundo lugar, tomaban, asimismo, la exclusiva de abastecimiento y venta de víveres y mercaderías a la población minera de Quivilca, como medio de facilitar el enganche y reenganche de la peonada. “Marino Hermanos”, de este modo, se constituían en intermediarios, de un lado, como verdaderos patronos de los obreros, y, del otro lado, como agentes o instrumentos al servicio de la empresa norteamericana.

Este contrato con la “Mining Society” estaba enriqueciendo a los hermanos Marino con una rapidez pasmosa.

De simples comerciantes en pequeño, que eran en Colca, antes de descubrirse las minas de Quivilca, se habían convertido en grandes hombres de finanza, cuyo nombre empezaba a ser conocido en todo el centro del Perú. El solo movimiento de mercaderías de sus bazares de Colca y Quivilca, representaba respetables capitales. En el momento en que José Marino venía a Colca, después de la jarana y la muerte de Graciela, en el bazar de Quivilca, “Marino Hermanos” iban a decidir de la compra de unos yacimientos auríferos en una hoya del Huataca. Tal era el principal motivo del viaje de José Marino a Colca.

Pero, el mismo día de su llegada, por la noche, después de comer, la atención de los hermanos Marino, en el curso de una larga conferencia, fue de pronto y preferentemente atraída hacia diversas cuestiones relativas al enganche de peones para Quivilca. Antes de su partida de Quivilca, José Marino había tenido acerca de este asunto una extensa conversación con míster Taik. La oficina de la “Mining Society” en Nueva York exigía un aumento en la extracción de tungsteno de todas sus explotaciones del Perú y Bolivia. El sindicato minero hacía notar la inminencia en que se encontraban los Estados Unidos, de entrar en la guerra europea y la necesidad consiguiente para la empresa de acumular en el día un fuerte stock de metal, listo para ser transportado, a una orden telegráfica de Nueva York, a los astilleros y fábricas de armas de los Estados Unidos. Míster Taik le había dicho secamente a José Marino:

–Usted me pone, antes de un mes, cien peones más en las minas...

–Haré, míster Taik, lo que yo pueda –respondió Marino.

–¡Ah, no! No me diga usted eso. Usted tiene que hacerlo. Para los hombres de negocios, no hay nada imposible...

–Pero, míster Taik, fíjese que ahora es muy difícil traer peones desde Colca. Los indios ya no quieren venir. Dicen que es muy lejos. Quieren mejores salarios. Quieren venirse con sus familias. El entusiasmo de los primeros tiempos ha pasado...

Míster Taik, sentado rígidamente ante su escritorio, y después de chupar su pipa, puso fin a los alegatos de José Marino diciendo con implacable decisión:

–Bueno. Bueno. Cien peones más dentro de un mes. Sin falta.

Y míster Taik salió solemnemente de su oficina. José Marino, caviloso y vencido, lo siguió a pocos pasos. Pero un diálogo tal –dicho sea de paso–, lejos de enfriar la amistad –si amistad era eso– entre ambos hombres, la afianzó más. José Marino volvió al bazar, y en lo primero que pensó fue en hacer venir por medio de un amigo, el cajero Machuca, a míster Taik, a la reunión de despedida al comerciante.

–Tráigame a míster Taik y a míster Weiss.

–Va a ser difícil.

–No, hombre. Vaya usted a traerlos. Hágalo como cosa suya, y que no se den cuenta que yo se lo he dicho. Dígales que solo van a estar unos minutos.

–Va a ser imposible. Están los gringos trabajando. Usted sabe que solo vienen al bazar en la tarde.

–No, hombre. Vaya usted nomás. Ande, querido cajero. Además, ya va a ser hora de almuerzo...

Machuca fue y logró hacer venir a los dos yanquis. Entonces José Marino se deshizo en reverencias y atenciones para míster Taik, lo que, naturalmente, no modificó en nada las exigencias de la “Mining Society”, en orden al tungsteno destinado a los Estados Unidos y a la guerra mundial.

–Una vez en el bazar –refería José Marino a su hermano en Colca–, volví a hablarle al gringo sobre el asunto y volvió a decirme que no eran cosas suyas, y que él tenía que cumplir las órdenes del sindicato, muy a su pesar.

–Pero, entonces –argumentaba Mateo–, ¿qué vamos a hacer ahora? En Quivilca mismo, o en los alrededores, no será posible encontrar indios salvajes. ¿Y los soras?

–¡Los soras! –dijo José, burlándose–. Hace tiempo que metimos a los soras a las minas y hace tiempo también que desaparecieron. ¡Indios brutos y salvajes! Todos ellos han muerto en los socavones, por estúpidos, por no saber andar entre las máquinas...

–¿Entonces? –volvió a preguntarse con angustia Mateo–. ¿Qué se puede hacer? ¿Qué podemos hacer?

–¿Cuántos peones hay socorridos? –preguntó, a su vez, José.

Mateo, hojeando los libros y los talonarios de los contratos, decía:

–Hay 23, que debían haber partido a Quivilca este mes, antes del 20.

–¿Los has hecho llamar? ¿Qué dicen?

–He visto a algunos, a nueve de ellos, hace quince días, más o menos, y me prometieron salir para Quivilca

a fines de la semana pasada. Si no lo han hecho, habría que ir a verlos de nuevo y obligarlos a salir.

–¿Está aquí el subprefecto?

–Sí, aquí está, precisamente.

–Bueno. Entonces, no hay más que pedirle dos soldados mañana mismo, para ir por los cholos inmediatamente. ¿Dónde viven? Mira en el talonario...

Mateo hojeó de nuevo el talonario de los contratos, recitando, uno por uno, los nombres de los peones contratados y sus domicilios. Luego dijo:

–Al Cruz, al Pío, al viejo Grados y al cholo Laurencio, se les puede ir a ver mañana juntos. De Chocoda se puede pasar a Conra y después a Cunguy, de un solo tiro...

José replicó de prisa:

–No, no, no. Hay que verlos a todos mañana mismo, a los nueve que tú dices, aunque sea de noche o a la madrugada...

–Bueno. Sí. Naturalmente. Claro que se les puede ver. A los gendarmes les damos su sol a cada uno, su buen cañazo, su coca y sus cigarros y ya está...

–¡Claro! ¡Claro! –exclamaba José, en tono decidido.

Ambos se paseaban en el cuarto, calzados de botas amarillas, un enorme pañuelo de seda al cuello y vestidos de “diablo-fuerte”. Los hermanos Marino eran originarios de Mollendo. Hacía unos doce años que fueron a establecerse a la sierra, empezando a trabajar en Colca, en una tienducha, situada en la calle del Comercio, donde ambos vivían y vendían unos cuantos artículos de primera necesidad: azúcar, jabón, fósforos, kerosene, sal, ají,

chancaca, arroz, velas, fideos, té, chocolate y ron. ¿Con qué dinero empezaron a trabajar? Nadie en verdad, lo sabía a ciencia cierta. Se decía solamente que en Mollendo trabajaron como cargadores en la estación del ferrocarril y que allí reunieron cuatrocientos soles, que fue todo el capital que llevaron a la sierra. ¿Cómo y cuándo pasaron de la conducta o contextura moral de proletarios, a la de comerciantes o burgueses? ¿Siguieron, acaso –una vez de propietarios de la tienda de Colca–, siendo en los basamentos sociales de su espíritu, los antiguos obreros de Mollendo? Los hermanos Marino saltaron de clase social una noche de junio de 1909. La metamorfosis fue patética. El brinco de la historia fue cruento, coloreado y casi geométrico, a semejanza de ciertos números de fondo de los circos.

Era el santo del alcalde de Colca y los Marino fueron invitados, entre otros personajes, a comer con el alcalde. Era la primera vez que se veían solicitados para alternar con la buena sociedad de Colca. La invitación les cayó tan de lo alto y en forma tan inesperada, que los Marino, en el primer momento, reían en un éxtasis medio animal y dramático, a la vez. Porque era el caso que ni uno ni otro tenía el valor de hacer frente a tamaña empresa. Ni José ni Mateo querían ir al banquete, de vergüenza de sentirse en medio de aristócratas. Sus pulmones proletarios no soportarían un aire semejante. Y tuvieron, a causa de esto, una disputa. José le decía a Mateo que fuese él a la fiesta, y viceversa. Lo decidieron por medio de la suerte en un centavo: cruz o cara. Mateo fue a la comida del alcalde. Se puso su vestido de casimir, su sombrero de paño, camisa con cuello y puños de celuloide, corbata y zapatos nuevos de charol. Mateo se sintió elegante y aún estuvo a

punto de sentirse ya burgués, de no empezar a ajustarle y dolerle mucho los zapatos. Primera vez que se los ponía y no tenía otro par digno, de aquella noche. Mateo dijo entonces, sentándose y con una terrible mueca de dolor:

–Yo no voy. Me duelen mucho. No puedo casi dar paso...

José le rogó:

–¡Pero fíjate que es el alcalde! ¡Fíjate el honor que vas a tener de comer con su familia y el subprefecto, los doctores y lo mejor de Colca! ¡Anda! ¡No seas zonzo! Ya verás que si vas al banquete, nos van a invitar siempre, a todas partes, el juez, el médico y hasta el diputado, cuando venga. Y seremos nosotros también considerados después como personas decentes de Colca. De esta noche depende todo. Y vas a ver. Todo está en entrar en la sociedad, y el resto ya vendrá: la fortuna, los honores. Con buenas relaciones, conseguiremos todo. ¿Hasta cuándo vamos a ser obreros y mal considerados?...

Ya se hacía tarde y se acercaba la hora del banquete. Tras de muchos ruegos de José, Mateo, sobreponiéndose al dolor de sus zapatos, afrontó el heroísmo de ir a la fiesta. Mateo sufría lo indecible. Iba cojeando, sin poderlo evitar. Al entrar a los salones del alcalde, entre la multitud de curiosos del pueblo, con algo tropezó el pie que más le apretaba y le dolía. Casi da un salto de dolor, en el preciso instante en que la mujer del alcalde aparecía a recibirle a la puerta. Mateo Marino transformó entonces y sin darse cuenta cómo, su salto de dolor, en una genuflexión mundana, improvisada e irreprochable. Mateo Marino saludó con perfecta corrección:

–¡Señora, tanto honor!...

Estrechó la mano de la alcaldesa y fue a tomar asiento, con paso firme, desenvuelto y casi flexible. El puente de la historia, el arco entre clase y clase, había sido salvado. La mujer del alcalde le decía, días después a su marido:

–¡Pero resulta que Marino es un encanto! Hay que invitarle siempre.

En Colca no tenían los Marino más familia que Cucho, hijo de Mateo y de una chichera que huyó a la costa con otro amante.

Mateo vivía ahora en una gran casa, que comunicaba con el bazar, ambos –casa y establecimiento– de propiedad de la firma “Marino Hermanos”. Allí, en una de las habitaciones de esa casa, estaban ahora conferenciando acerca de sus negocios y proyectos.

–¿Y cómo dejas los asuntos en Quivilca? –preguntó más tarde Mateo a su hermano.

–Así, así... los gringos son terribles. Míster Taik, sobre todo, no se casa ni con su abuela. ¡Qué hombre! Me tiene hasta las orejas.

–Pero, hermano, hay que saber agarrarlo...

–¡Agarrarlo! ¡Agarrarlo! –repitió José con sorna y escepticismo–. ¿Tú piensas que yo no he ensayado ya mil formas de agarrarlo?... Los dos gringos son unos pendejos. Casi todos los días los hago venir a los dos al bazar, valiéndome de Machuca, de Rubio, de Baldazari. Vienen. Se bebe. Yo les invito casi siempre. Con frecuencia, los meto con mujeres. Nos vamos de juerga al campamento de peones. Muchas veces, los invito a comer. En fin... Hasta de alcahuete les sirvo...

–¡Eso es! ¡Así hay que hacerlo!

–¿Sabes la que le he metido en la cabeza a míster Taik? –le dijo José riendo–. Como yo sé que es un mujero endemoniado, le he dicho que la mujer de Rubio se muere por él. Se lo he dicho el día de mi viaje, porque como acababa de joderme con la cuestión de los peones, yo quise engatusármelo así, para que se ablandara y retirase su exigencia de los cien peones para este mes...

–¿Y qué resultó?

–Nada. El gringo sólo se reía como un idiota. Más a más, casi me oye y se da cuenta Rubio. Después, quise emborracharlo y tampoco se ablandó. Por último, llamé a Baldazari y le dije que viese la manera de tocarle el punto a lo disimulado. Pero tampoco hubo manera de agarrarlo. Con Baldazari se hacía el cojudo. ¡Total, nada!

–¿Pero, en verdad, está la mujer de Rubio enamorada de él, o tú le sacaste esa?

–¡Qué va a estar enamorada, hombre! Yo le saqué esa solo por halagarlo y por ver qué resultaba. Si el gringo se hubiera entusiasmado, la mujer de Rubio y Rubio mismo se habrían hecho de la vista gorda. Tú conoces ya lo que es Rubio: con tal de sacar algo, vende hasta a su mujer...

–Bueno –dijo Mateo–. Hay que dormir ya. Tú estás rendido y mañana tenemos mucho que hacer... ¡Laura!
–gritó, parándose en la puerta del cuarto.

–¡Ahí voy, señor! –respondió Laura desde la cocina.

Laura, una india rosada y fresca, bajada de la puna a los ocho años y vendida por su padre, un mísero alparcero, al cura de Colca, fue traspasada, a su vez, por el párroco a

una vieja hacendada de Sonta, y luego, seducida y raptada, hacía dos años, por Mateo Marino. Laura desempeñaba en casa de “Marino Hermanos” el múltiple rol de cocinera, lavandera, ama de llaves, sirvienta de mano y querida de Mateo. Cuando José venía de Quivilca, por pocos días, a Colca, Laura solía acostarse también con él, a escondidas de Mateo. Este, sin embargo, lo había sospechado y, más aún, últimamente, de la sospecha, pasó a la certidumbre. Pero el juego de Laura no parecía incomodar a “Marino Hermanos”. Al contrario, los brazos de la criada parecían unirlos y estrecharlos más hondamente. Lo que en otros habría encendido celos, en “Marino Hermanos” avivó la fraternidad.

Cuando Laura entró al cuarto donde estaban los Marino, éstos la observaron de reojo y largamente: José, con apetito, y Mateo, un tanto receloso. Mientras Laura sirvió la comida, los dos hermanos no la habían hecho caso, absorbidos como estaban por los negocios. Pero ahora, que venía el sueño, y se acercaba el instante de la cama, Laura despertó de pronto una viva atención en “Marino Hermanos”.

–¿Ya está lista la cama de José? –le preguntó Mateo.

–Ya, señor –respondió Laura.

–Bueno. ¿Has dado de comer al caballo?

–Sí, señor. Le he echado un tercio de alfalfa.

–Bueno. Ahora, más tarde, cuando se enfríe más, le quitas la montura y le echas otro tercio.

–Muy bien, señor.

–Y bien de mañana, anda donde el tuerto Lucas y dile que vaya a traerme la mula negra. Dile que esté aquí, a lo

más, a las nueve de la mañana. Sin falta. Porque tengo que ir a la chacra...

–Muy bien, señor. ¿No necesitan otra cosa?

–No. Puedes ir a acostarte.

Laura hizo un gesto de sumisión.

–Buenas noches, señores –dijo, y salió inclinada.

–Buenas noches.

Los hermanos Marino miraron largamente el esbelto y robusto cuerpo de Laura, que se alejaba a paso tímido, las polleras granates cubriéndole hasta los tobillos, la cintura cadenciosa y ceñida, los hombros altos, el pelo negro y en trenzas lacias, el porte seductor.

Las camas de José y de Mateo estaban en un mismo cuarto. Una vez los dos acostados y apagada la vela, reinó en toda la casa un silencio completo. Ni uno ni otro tenían sueño, pero los dos fingieron quedar dormidos. ¿Cavilaban en los negocios? No. Cavilaban en Laura, que estaba ahora haciendo su cama en la cocina. Se oyó de pronto unos pasos de la muchacha. Después, un leve ruido del colchón de paja, al ser desdoblado. Luego, Laura, poniéndose a remendar un zapato, se compuso el pecho. ¿En qué pensaba, por su parte, Laura? ¿En ir a desensillar el caballo y echarle el otro tercio? No. Laura pensaba en “Marino Hermanos”.

Laura, por haber vivido, desde su niñez, la vida de provincia, se había afinado un poco, tomando muchos hábitos y preocupaciones de señorita aldeana. Sabía leer y escribir. Con lo poco que le daba Mateo, se compraba secretamente aretes y vinchas, pañuelos blancos y medias de algodón. También se compró un día una sortija de

cobre y unos zapatos con taco. Uno que otro domingo iba a misa, bien temprano, antes que se levantase su patrón y amante. Y Laura, sobre todo, se había impregnado de un erotismo vago y soñador. Tenía veinte años. ¿Quiso alguna vez a un hombre? Nunca. Pero habría querido querer. Por su patrón sentía más bien odio, aunque este odio anduviese disfrazado, dorado o amordazado por un sentimiento de vanidad de aparecer como la querida del señor Mateo Marino, uno de los más altos personajes de Colca. Pero, el odio existía. Íntimamente, Laura experimentaba repugnancia por su patrón, cuarentón colorado, medio legañoso, rojo, grosero, sucio, tan avaro como su hermano y que, por su parte, tampoco sentía el menor afecto por su cocinera. Cuando había gente en casa de “Marino Hermanos”, Mateo ostentaba un desprecio encarnizado e insultante por Laura, a fin de que nadie creyese lo que todo el mundo creía: que era su querida. Y esto le dolía profundamente a Laura.

Con José, otras eran sus relaciones. Como José no podía poseerla por la fuerza y a la descubierta, puesto que su hermano estaba con ella, la venció y retenía con la astucia y el engaño. José la hizo entender que Mateo era un tonto, que no la quería y que haría con ella, a la larga, lo que hizo con la madre de Cucho: someterla a la miseria, obligándola a escaparse con el primer venido. Le dijo, de otro lado, que él, José, en cambio, la amaba mucho y la haría su “querida de asiento” el día en que Mateo la abandonase. Además, José contrariamente a lo que hacía Mateo –que nunca prometió a Laura nada–, le prometía siempre darle dinero, aunque nunca, en realidad, le dio nada. En resumen, José sabía engañarla, halagándola y mostrándose apasionado, cosa ésta que Laura no advirtió

nunca en Mateo. El propio género de relaciones culpables que los unía, azuzaba, de una parte, a José, a no ser seco y brutal como su hermano, y de otra parte, a Laura –mujer, al fin– a sostener y prolongar indefinidamente este juego con “Marino Hermanos”. En ello había también en Laura mucho de venganza a los desprecios de Mateo. Con todo, y examinando las cosas en conjunto, tampoco amaba Laura a José Marino, ni mucho menos. Ella no sabía, de otro lado, si, en el fondo, le detestaba tanto como a su hermano. Pero, en todo caso, sentía que lo que había entre ella y José era algo muy inconsistente, difuso, frágil, insípido. Muchas veces, pensándolo, Laura se daba cuenta de que no sentía nada por este hombre. Y, si más lo pensaba, llegaba a apercibirse, en fin, de que le odiaba...

En esto meditaba Laura, remendando su zapato.

Los hermanos Marino, en sus camas, meditaban, el uno, José, ansiosamente, en Laura, y el otro, Mateo, con cierto malestar, en Laura y en José. Este quería ir a la cocina. Mateo no quería que José pudiera ir a la cocina. José esperaba que Mateo se quedase dormido. Aun cuando estaba convencido de que Mateo lo sabía todo, estaba también ahora convencido de que Mateo se haría el desentendido y de que tendría que quedarse, tarde o temprano, dormido. Sin embargo, las suposiciones de José no correspondían del todo a la realidad del pensamiento y la voluntad de Mateo. Por primera vez, esta noche, Mateo sentía una especie de celos vagos e imprecisos. A Mateo, en verdad, le dolía que José fuese a la cocina. ¿Por qué? ¿Por qué esta noche tales reparos y no las otras veces?...

Pasó largo rato, las cosas así en la cabeza de Laura y en la doble cabeza de “Marino Hermanos”. Estos oyeron

luego que Laura salía a desensillar el caballo y a echarle el otro tercio de alfalfa. El ruido de sus pasos era blando, casi aterciopelado y voluptuoso, pues Laura llevaba zapatos llanos. Oyéndola, el deseo se avivó en José. Le vino entonces ganas de tragar saliva y no lo pudo evitar. Mateo, oyendo la deglución salival de su hermano, se aseguró entonces de que éste desvelaba y sus resquemores se avivaron.

Laura volvió a la cocina y cerró de golpe la puerta. Los hermanos Marino se estremecieron. ¿Qué quería decir esa manera brusca de cerrar la puerta? José se dijo que se trataba de un signo tácito, con el cual Laura quería indicarle que pensaba en él y que la noche era propicia a los idilios. Mateo dudaba entre esto que se decía José y la idea de que, con aquel portazo, Laura trataba, por el contrario, de significarle a él, Mateo, su decisión resuelta e inalterable de guardarle fidelidad. Pero José ya no podía contener sus instintos. Se dio una vuelta violenta en la cama. Después se oyó el ruido del colchón de paja, cuando el joven cuerpo de la cocinera cayó y se alargó sobre él. El deseo poseyó entonces por igual a ambos hombres. Los lechos se hacían llamas. Las sábanas se atravesaban caprichosamente. La atmósfera del cuarto se llenó de imágenes... José y Mateo Marino se hallaron, un instante, de espaldas uno al otro, sin saberlo...

Mateo saltó de repente de su cama, y José, al oírle, sintió que le subía la sangre de golpe a la cabeza. ¿Dónde iba Mateo? Un celo violento de animal poseyó a José. Mateo tiró suavemente la puerta y salió descalzo al corredor. Mateo sabía que su hermano lo estaba oyendo todo, pero él era, al fin y al cabo, el dueño oficial de esa mujer y el deseo le tenía trastornado. José oyó luego que Ma-

teo rasguñaba la puerta de la cocina, rasguño en el que Laura reconoció a su amante de todos los días. La rabia le hacía a José castañetear los dientes, de pie y pegada la oreja a la puerta del dormitorio fraternal. ¿Abriría Laura? Esta misma vaciló un instante en abrir. Hasta el propio Mateo dudó de si Laura le recibiría. Mas, al fin, habló y triunfó en la cocinera el sentimiento de esclavitud al patrón “de asiento”. Cuando ya Laura empezó a deslizarse lentamente del colchón de paja, de puntillas y en la oscuridad, Mateo, a quien la demora de Laura enardecía hasta hacerle perder la conciencia, volvió a rasguñar la puerta, esta vez ruidosamente. Laura tropezó, por la prisa, en el batán de la cocina, y se oyó un porrazo en el suelo. Después se abrió la puerta y Mateo, temblando de ansiedad, entró. José se había apercibido de toda esta escena en sus menores detalles y tornó a su cama. El dolor de su carne sedienta y la idea que se hacía de lo que pasaba en esos momentos entre Laura y su hermano, le hacían retorcerse angustiosamente entre las sábanas y le arrancaban ahogados rugidos de bestia envenenada.

Lo que sucedió en la cocina fue en el suelo. Laura acababa de caer junto al batán y se luxó la muñeca de una mano, un hombro y una cadera. Gemía en silencio y la muñeca le sangraba. Pero nada pudo embridar los instintos de Mateo. Al comienzo, la tomó la mano, acariciándola y lamiendo la sangre. Un momento después, apartó brutalmente la muñeca herida de Laura, y, según su costumbre, lanzó unos bufidos de animal ahito. Ni Laura ni Mateo habían pronunciado palabra en esta escena. Mateo se puso de pie, y, con sumo tiento, ganó la puerta, salió y volvió a cerrarla despacio. Se paró al borde del corredor y orinó largo rato. José sintió que una ola de bochorno

recorría sus miembros, jaló las frazadas y se tapó hasta la cabeza. Al entrar Mateo al cuarto, por las amplias espaldas de José descendió un sudor caliente y casi cáustico.

Laura quedó tendida en el suelo, llorando. Probó de levantarse y no pudo. La cadera le dolía como quebrada.

Una vez en su cama, Mateo sintió frío. Según sus cálculos, y aunque José daba señas de dormir, estaba Mateo cierto de que no dormía. ¿Insistiría José en ir a la cocina? Era muy probable. Sí. José quería siempre ir a la cocina. Pero Mateo ya no sentía ahora celos de su hermano. Imaginando a José en brazos de Laura, ya no se incomodaba. Un sopor espeso e irresistible empezó a invadirle y, cuando, unos minutos después, José abrió a su turno y de golpe la puerta y salía, Mateo no lo oyó, pues roncaba profundamente.

José empujó violentamente la puerta de la cocina y entró. Laura se incorporó vivamente, a pesar de sus dolores. Al tanteo, la buscó José en la oscuridad. La tocó al fin. Su mano, ávida y sudorosa, cayendo como una araña gorda en los senos medio desnudos de la cocinera, la quitó el aliento. Un beso apretado y largo unió los labios humedecidos aún de lágrimas de Laura, a la callosa boca encrespada de José. Laura cesó de llorar y su cuerpo cimbróse, templándose. Laura deseaba, pues, a José, ¿y precisamente a José? No. Cualquiera otro hombre, que no fuese Mateo, habría provocado en ella idéntica reacción. Lo que bastaba a Laura para reaccionar así era un otro contacto que no fuese el conocido y estúpido del patrón cotidiano. Y si este nuevo contacto venía, además, apasionado, mimoso y lo que es más importante, envuelto en las sombras de lo prohibido, se explica aún mejor por qué

Laura acogía a José Marino de una manera distinta que a Mateo Marino. Laura, la campesina –lo hemos dicho ya–, había adquirido muchos modos de conducta de señorita aldeana, y, entre éstos, el gusto del pecado.

Al entrar José en los brazos de la cocinera, del cuerpo de ésta salió una brusca y turbadora emanación. José sintió una extraña impresión y permaneció inmóvil un momento. ¿Qué olor era ese –mitad de mujer y otra mitad desconocida–, que le daba así en el olfato, desconcertándole? ¿De dónde salía? ¿Era el olor de Laura? ¿Y solamente de Laura? José pensó instantáneamente en su hermano. Un calofrío de pudor –de un pudor profundamente humano y tormentoso– le sobrecogió. Sí. Mateo acababa de pasar por allí. Sus instintos viriles retrocedieron, como retrocede o resbala un potro desbocado, al borde de un precipicio. Mas eso duró un segundo. El animal caído volvió a pararse y, desatentado y ciego, siguió su camino.

Si no olvidamos que José no hacía más que engañar a Laura y que la caricia y la promesa terminaban una vez saciados sus instintos, se comprenderá fácilmente por qué José se alejase, unos minutos más tarde, de Laura, diciéndole desdeñosamente y en voz baja:

–Y para esto he esperado horas enteras...

–¡Pero, oiga usted, don José! –le decía Laura, suplicante–. No se aleje usted, que voy a decirle una cosa...

José, incomodándose y sin acercarse a la cocinera, respondió:

–¿Qué cosa?

–Yo creo que estoy preñada...

–¿Preñada? ¡No friegues, hombre! –dijo José con una risa de burla.

–Sí, don José, sí. Yo sé que estoy preñada.

–¿Y cómo lo sabes?

–Porque tengo vómitos todas las mañanas...

–¿Y desde cuándo crees que estás preñada?

–Yo no sé. Pero estoy casi segura.

–¡Ah! –gruñó José Marino, malhumorado–. ¡Eso es una vaina!

–¿Y qué dice Mateo?

–Yo no le he dicho nada.

–¿No le has dicho nada? ¿Y por qué no le has dicho?

Laura guardó silencio. José volvió a decirle:

–Responde. ¿Por qué no se lo has dicho a él?

Este él sonó y se irguió entre José y Laura como una pared divisoria entre dos lechos. Laura y José conocían muy bien el contenido de esa palabra. Este él era el padre presunto, y José decía él por Mateo, mientras que Laura pensaba que él no era precisamente Mateo, sino José. Y la cocinera volvió, por eso, a guardar silencio.

–¡Eso va a ser una vaina! –repitió José, disponiéndose a partir.

Laura trató de retenerlo con un gemido:

–¡Sí, sí! Porque yo no estoy preñada de su hermano, sino de usted...

José rio en la oscuridad, mofándose:

–¿De mí? ¿Preñada de mí? ¿Quieres echarme a mí la pelota de mi hermano?...

–¡Sí! ¡Sí, don José! ¡Yo estoy preñada de usted! ¡Yo lo sé! ¡Yo lo sé! ¡Yo lo sé!...

Un sollozo la ahogó. José argumentaba:

–Pero si yo no he estado contigo hace ya más de un mes...

–¡Sí, sí, sí, sí!... Fue la última vez. La última vez...

–¡Pero tú no puedes saber nada!... ¿Cómo vas a saberlo, cuando, muchas veces, en una misma noche, has dormido conmigo y con Mateo?...

Laura, en ese momento, sintió algo que la incomodaba. ¿Era el sudor? ¿Era la posición en que estaba su cuerpo? ¿Eran sus luxaciones? Cambió de posición y algo resbaló por el surco más profundo de su carne... Instantáneamente, cruzó por el corazón de Laura una duda compacta, tenebrosa, inmensa. En efecto. ¿Cómo iba a saber cuál de los dos Marino era el padre de su hijo? Ahora mismo, en ese momento, ella sentía oscuramente gravitar y agitarse en sus entrañas de mujer las dos sangres de esos hombres, confundidas e indistintas. ¿Cómo diferenciarlas?

–¿Pero cómo vas a saberlo? –repetía José imperiosamente.

Laura iba a responder un disparate, pero se contuvo. No. El hijo no podía ser de los dos hermanos Marino. Un hijo tiene siempre un solo padre. La cocinera, sintiéndose en el colmo de su terrible incertidumbre, lanzó un sollozo entrañable y desgarrador. José salió y cerró la puerta silenciosamente.

* * *

Al otro día, a las diez de la mañana, los hermanos Marino fueron a ver al subprefecto Luna, por el asunto de los peones. Cuando llegaron a la subprefectura, Luna acababa de afeitarse.

–Antes que nada –dijo el viejo subprefecto, en tono campechano- van a probar ustedes lo que es rico...

Sacó de la otra pieza una botella y unas copas, añadiendo alborozado:

–Adivinen ustedes de dónde viene...

–¿Del chino Chank?

–No, señor –exclamaba Luna, sirviendo él mismo el pisco.

–¿De la vieja Mónica?

–Tampoco.

–¿De casa del juez?

–Menos.

José tomó la primera copa y dijo, saboreándose:

–¿Del cura Velarde?

–¡Eso es!

–¡Pero es estupendo!

–¡Formidable!

–¡Cojonudo!

A la tercera copa, Mateo le dijo al subprefecto:

–Necesitamos, querido subprefecto, dos gendarmes.

–¿Para qué, hombre?... –respondió en broma y ya algo chispo, el viejo Luna-. ¿A quién van a echar bala?...

José alegó:

–Es para ir a ver a unos peones prófugos. ¡Qué quiere usted! La “Mining Society” nos obliga a poner en las minas cien peones de aquí a un mes. La oficina de Nueva York exige más tungsteno. Y los cholos que tenemos “so-corridos” se resisten a cumplir sus contratos y a salir para Quivilca...

El subprefecto se puso serio, argumentando:

–Pero es el caso que yo no dispongo ahora de gendarmes. Los pocos que tengo, faltan para tomar a mis conscriptos. Yo también, como ustedes saben, estoy en apuros. El prefecto me obliga a enviarle para el primero del mes próximo, lo menos cinco conscriptos. ¡Y los cholos se han vuelto humo!... No tengo sino dos en la cárcel. Precisamente... –dijo, volviéndose a la puerta de su despacho, que daba sobre la plaza, y llamando en voz alta: –¡Anticonal!...

–¡Su señoría! –respondió un gendarme, apareciendo al instante, cuadrándose y saludando militarmente desde la puerta.

–¿Salieron los gendarmes por los conscriptos?

–Sí, su señoría.

–¿A qué hora?

–A la una de la mañana, su señoría.

–¿Cuántos han salido?

–El sargento y tres soldados, su señoría.

–¿Y cuántos gendarmes hay en el cuartel?

–Dos, su señoría.

–¡Ya ven ustedes! –dijo el subprefecto, volviéndose a “Marino Hermanos”–. Tengo los justos para el servicio. Nada más que los justos. ¡Esto es una broma! Porque los mismos gendarmes se hacen los rengos. No quieren secundarme. Son unos borrachos. Unos haraganes. Con tal de que me traigan los conscriptos, les he prometido ascenderlos y premiarlos, y les he dado su pisco, su coca, sus cigarros y, en fin, les he autorizado a que hagan lo que quieran con los indios. ¡Látigo o sable, no me importa! A mí lo que me importa es que me traigan gente, sin pararse en mientes ni en contemplaciones...

Luna tomó una expresión de crueldad calofriante. El ordenanza Anticona volvió a saludar y se retiró con la vena del subprefecto. Este se paseaba, pensativo y ceñudo, y “Marino Hermanos” estaban de pie, muy preocupados.

–¿A qué hora volverán los gendarmes con los conscriptos? –preguntó José a la autoridad.

–Supongo que en la tarde, a eso de las cuatro o cinco.

–Bueno. Entonces los gendarmes pueden ir con nosotros por los peones, en la noche, entre ocho y nueve, por ejemplo.

–Allí veremos. Porque como se han levantado tan temprano, los gendarmes van a querer descansar esta noche.

–¿Entonces? –dijo José contrariado–. Porque la “Mining Society” nos exige...

–De otra manera –agregó Mateo–, si no se nos proporciona los gendarmes que necesitamos, nos será completamente imposible cumplir con la empresa.

Porque en el Perú, y particularmente en la sierra, a los obreros les hacen cumplir los patrones sus contratos civiles, valiéndose de la Policía. La deuda del obrero es coercible por la fuerza armada, como si se tratara de un delito. Más todavía. Cuando un obrero se “socorre”, es decir, cuando vende su trabajo, comprometiéndose a darlo en una fecha más o menos fija a las empresas industriales, nacionales o extranjeras, y no llega a darlo en la fecha estipulada, es perseguido por las autoridades como un criminal. Una vez capturado, y sin oír defensa alguna de su parte, se le obliga, por la fuerza, a prestar los servicios prometidos. Es, en pocas palabras, el sistema de los trabajos forzados.

–En fin –repuso el subprefecto, en tono conciliador–. Ya veremos el modo de arreglarnos y conciliar intereses. Ya veremos. Tenemos tiempo...

Los hermanos Marino, despechados, refunfuñaron a una voz:

–Muy bien. Perfectamente...

El subprefecto sacó su reloj:

–¡Las once menos cuarto! –exclamó–. A las once tenemos sesión de la Junta Conscriptora Militar...

Y, precisamente, al instante, empezaron a llegar al despacho subprefectural los miembros de la Junta. El primero en llegar fue el alcalde Parga, un antiguo montonero de Cáceres, muy viejo y encorvado, astuto y ladrón empedernido. Después llegaron juntos el juez de primera instancia, doctor Ortega, el médico provincial, doctor Riaño, y el vecino notable de Colca, Iglesias, el más rico propietario de la provincia. El doctor Ortega sufría

de una forunculosis permanente y, originario de Lima, llevaba ya en Colca unos diez años de juez. Una historia macabra se contaba de él. Había tenido una querida, Domitila, a quien parece llegó a querer con frenesí. Pero Domitila murió hacía un año. La gente refería que el doctor Ortega no podía olvidar a Domitila y que una noche, pocas semanas después del entierro, fue el juez en secreto, y disfrazado, al cementerio y exhumó el cadáver. Al doctor Ortega le acompañaron en este acto dos hombres de toda su confianza. Eran estos dos litigantes de un grave proceso criminal, a favor de los cuales falló después el juez, en pago a sus servicios de esa noche. Mas, ¿para qué hizo el doctor Ortega semejante exhumación? Se refería que, una vez sacado el cadáver, el juez ordenó a los dos hombres que se alejasen, y se quedó a solas con Domitila. Se refería también que el acto solitario –que nadie vio, pero del que todos hablaban–, que el doctor Ortega practicara con el cuerpo de la muerta, era una cosa horrible, espantosa... ¿Era esto cierto? ¿Era, al menos, presumible? El juez, a partir de la muerte de Domitila, tomó un aire taciturno, misterioso y, más aún, extraño e inquietante. Salía poco a la calle. Se decía, asimismo, que vivía ahora con Genoveva, una hermana menor de Domitila. ¿Qué complejo freudiano y qué morbosa realidad se ocultaban en la vida de este hombre? Barbudo, medio cojo, con un algodón o venda siempre en el cuello, emponchado y recogido, cuando pasaba por la calle o asistía a un acto oficial, miraba vagamente a través de sus anteojos. La gente experimentaba, al verle, un malestar sutil e insoportable. Algunos se tapaban las narices.

El médico Riaño era nuevo en Colca. Joven de unos treinta años y, según se decía, de familia decente de Ica,

vestía con elegancia y tenía una palabra fácil y florida. Se declaraba con frecuencia un idealista, un patriota ardiente, aunque, en el fondo, no podía esconder un arribismo exacerbado. Soltero y bailarín, tenía locas por él a las muchachas del lugar.

En cuanto al viejo Iglesias, su biografía era muy simple: las cuatro quintas partes de las fincas urbanas de Colca, eran de su exclusiva pertenencia. Tenía, además, una rica hacienda de cereales y cría, “Tobal”, cuya extensión era tan grande, su población de siervos tan numerosa y sus ganados tan inmensos, que él mismo ignoraba lo que, a ciencia cierta, poseía. ¿Cómo adquirió Iglesias tamaña fortuna? Con la usura y a expensas de los pobres. Sus robos fueron tan ignominiosos, que llegaron a ser temas de yaravies, marineras y danzas populares. Una de éstas rezaba así:

Ahora sí que te conozco
que eres dueño de Tobal,
con el sudor de los pobres
que les quitaste su pan...
con el sudor de los pobres
que les quitaste su pan...

Una numerosa familia rodeaba al gamonal. Uno de sus hijos, el mayor, estaba terminando sus estudios para médico en Lima, y ya se anunciaba su candidatura a la diputación de la provincia.

El subprefecto Luna poseía una ejecutoria administrativa larga y borrascosa. Capitán de gendarmes retirado, seductor y jugador, disponía de un ingenio para la intriga extraordinario. Nunca, desde hacía diez años, le faltó puesto público. Con todos los diputados, ministros,

prefectos y senadores, estuvo siempre bien. Sin embargo, a causa de su crueldad y falta de tino, no duraba en los puestos. Es así como había recorrido casi toda la república, de subprefecto, comisario, mayor de guardias, jefe militar, etc., etc. Una sola cosa daba unidad a su vida administrativa: los disturbios, motines y sucesos sangrientos que en todas partes provocaba, en razón de sus intrigas, intemperancias y vicios.

Una vez que los hermanos Marino salieron de la subprefectura, la sesión de la Junta Conscriptora Militar quedó abierta. Leyó el acta anterior el secretario del subprefecto, Boado, un joven lleno de barros en la cara, ronco, de buena letra y muy enamorado. Nadie formuló observación alguna al acta. Luna dijo luego a su secretario:

–Dé usted lectura al despacho.

Boado abrió varios pliegos y empezó a leer en voz alta:

–Un telegrama del señor prefecto del Departamento, que dice así: “Subprefecto, Colca. Requíerole contingente sangre fin mes indefectiblemente. (Firmado). Prefecto Ledesma”.

En ese momento llenó la plaza un ruido de caballería, acompañado de un murmullo de muchedumbre. El subprefecto interrumpió a su secretario vivamente:

–¡Espérese! Allí vienen los conscriptos...

El secretario se asomó a la puerta.

–Sí. Son los conscriptos –dijo–. Pero viene con ellos mucha gente...

La Junta Conscriptora suspendió la sesión y todos sus miembros se asomaron a la puerta. Una gran muchedum-

bre venía con los gendarmes y los conscriptos. Eran, en su mayoría, curiosos, hombres, mujeres y niños. Observaban a cierta distancia y con ojos absortos, a dos indios jóvenes –los conscriptos– que avanzaban a pie, amarrados por la cintura al pescuezo de las cabalgaduras de los gendarmes montados. Tras de cada conscripto, venía su familia llorando. El sargento se detuvo ante la puerta de la subprefectura, bajó de su caballo, se cuadró ante la Junta Conscriptora y saludó militarmente:

–¡Traemos dos, su señoría! –dijo en voz alta y dirigiéndose al subprefecto.

–¿Son conscriptos? –preguntó Luna, muy severo.

–No, su señoría. Los dos son “enrolados”.

Algo volvió a preguntar el subprefecto, que nadie oyó a causa del vocerío de la multitud. El subprefecto levantó más la voz, golpeándola imperiosamente:

–¿Quiénes son? ¿Cómo se llaman?

–Isidoro Yépez y Braulio Conchucos, su señoría.

Un viejo muy flaco, cubierto hasta las orejas con un enorme sombrero de junco, doblado el poncho al hombro, la chaqueta y el pantalón en harapos, uno de los llanques en la mano, se abrió camino entre la multitud y llegó hasta el subprefecto.

–¡Patroncito! ¡Taita! –dijo juntando las manos lastimosamente–. ¡Suéltalo a mi Braulio! ¡Suéltalo! ¡Yo te lo pido, taita!

Otros dos indios cincuentones, emponchados y llorosos, y tres mujeres descalzas, la lliclla prendida al pecho con una espina de penca, vinieron a arrodillarse bruscamente ante los miembros de la Junta Conscriptora:

–¡Por qué, pues, taitas! ¡Por qué, pues, al Isidoro! ¡Patroncitos! ¡Suéltalo! ¡Suéltalo! ¡Suéltalo!

Las tres indias –abuela, madre y hermana de Isidoro Yépez– gemían y suplicaban arrodilladas. El padre de Braulio Conchucos se acercó y besó la mano al subprefecto. Los otros dos indios –padre y tío de Isidoro Yépez– volvieron hacia éste y le pusieron su sombrero.

A los pocos instantes había ante la Subprefectura numeroso pueblo. Bajó de su cabalgadura uno de los gendarmes. Los otros dos seguían montados, y junto a ellos estaban de pie los dos “enrolados”, cada uno atado a la mula de cada soldado. Braulio Conchucos tendría unos veintitrés años; Isidoro Yépez, unos dieciocho. Ambos eran yanaconas de Guacapongo. Ahora era la primera vez que venían a Colca. Analfabetos y desconectados totalmente del fenómeno civil, económico y político de Colca, vivían, por así decirlo, fuera del Estado peruano y fuera de la vida nacional. Su sola relación con ésta y con aquél se reducía a unos cuantos servicios o trabajos forzados que los yanaconas prestaban de ordinario a entidades o personas invisibles para ellos: abrir acequias de regadío, desmontar terrenos salvajes, cargar a las espaldas sacos de granos, piedras o árboles con destino ignorado, arrear recuas de burros o de mulas con fardos y cajones de contenido misterioso, conducir las yuntas en los barbechos y las cuadrigas de las trillas en parvas piramidales y abundantes, cuidar noches enteras una toma de agua, ensillar y desensillar bestias, segar alfalfa y alcacel, pastear enormes porcadas, caballadas o boyadas, llevar al hombro literas de personajes extraños, muy ricos y muy crueles; descender a las minas, recibir trompadas en las narices y patadas en los riñones, entrar a la cárcel, trenzar sogas o pelar mon-

tones de papas, amarrados a un brazadero, tener siempre hambre y sed, andar casi desnudos, ser arrebatados de sus mujeres para el placer y la cama de los mandones, y mascar una bola de coca, humedecida de un poco de cañazo o de chicha... Y, luego, ser conscripto o “enrolado”, es decir, ser traídos a la fuerza a Colca, para prestar su servicio militar obligatorio. ¿Qué sabían estos dos yanacunas de servicio militar obligatorio? ¿Qué sabían de patria, de gobierno, de orden público ni de seguridad y garantías nacionales? ¡Garantías nacionales! ¿Qué era eso? ¿Quiénes debían prestarlas y quiénes podían disfrutarlas? Lo único que sabían los indígenas era que eran desgraciados. Y en cuanto a ser conscripto o “enrolado”, no sabían sino que, de cuando en cuando solían pasar por las jalcas y las chozas los gendarmes, muy enojados, amarraban a los indios más jóvenes a la baticola de sus mulas y se los llevaban, pegándoles y arrastrándoles al trote. ¿Adónde se los llevaban así? Nadie lo sabía tampoco. ¿Y hasta cuándo se los llevaban? Ningún indio conscripto o “enrolado” volvió ya nunca a su tierra. ¿Morían en países lejanos de males desconocidos? ¿Los mataban, quién sabe, otros gendarmes o sargentos misteriosos? ¿Se perdían tal vez por el mundo, abandonados en unos caminos solitarios? ¿Eran, quién sabe, felices? No. Era muy difícil ser felices. Los yanacunas no podían nunca ser felices. Los jóvenes conscriptos o “enrolados”, que se iban para no volver, eran seguramente desgraciados.

Braulio Conchucos, por toda familia, tenía su padre viejo y dos hermanos pequeños, una mujercita de diez y un varón de ocho. Su madre murió de tifoidea. Dos hermanos mayores también murieron de tifoidea, epidemia que arrasó mucha gente hacía cuatro o cinco años

en Cannas y sus alrededores. Pero el Braulio quería a la Bárbara, hija de unos vecinos vaqueros de Guacapango, y a quien pensaba hacerla su mujer. Cuando cayeron los soldados en la choza de Braulio, a las cinco de la mañana, y todavía oscuro, los chicos se asustaron y se echaron a llorar. El padre, al partir, siguiendo al “enrolado”, les decía:

–¡Váyanse onde la Bárbara! ¡Váyanse onde la Bárbara!
¡Que les den de almorzar ahí! ¡Váyanse! ¡No se queden
aquí! ¡Váyanse! ¡Yo vuelvo pronto! ¡Vuelvo con el Braulio!
¡Vuelvo! ¡Vuelvo!

Los chicos se agarraron fuertemente a las piernas de Braulio y del viejo, llorando:

–¡No, no, taita! ¡No te vayas! ¡No nos dejes! ¡No te
vayas!...

Uno de los gendarmes los tomó por los brazos y los apartó de un tirón. Pero, al soltarlos para ir a montar, los chicos se precipitaron de nuevo hacia el viejo y hacia Braulio, llorando desesperadamente e impidiéndolos moverse. El padre los apartaba, consolándolos:

–¡Bueno! ¡Bueno! ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Cállense! ¡Váyanse!
¡Váyanse onde la Bárbara!

Braulio habría querido abrazarlos, pero le habían amarrado los brazos a la espalda.

El sargento, ya a caballo, vociferó con cólera:

– ¡Arza, carajo, viejo cojudo! ¡Camina y no nos jodas
más!...

La comitiva arrancó. Tomó la delantera el sargento al trote. Luego, un gendarme, con el otro conscripto, Isidoro

Yépez, a pie y atado a su mula. Y luego, otro gendarme, y junto a él, Braulio Conchucos, también a pie y atado a su cabalgadura. Un jalón repentino y brutal tiró de la cintura a Braulio, que habría caído al suelo de no ir amarrado estrechamente al pescuezo de la bestia, y Braulio empezó a correr al paso acelerado de las mulas. Cerraba la comitiva, a retaguardia, un tercer gendarme, fumando su cigarro. Detrás, seguían las familias de los “enrolados”.

En el momento de ponerse en camino la mula del gendarme que llevaba a Braulio, éste, tirado por sus amarras, dio el primer paso atropellando a sus hermanos, que cayeron al suelo. Braulio pisó sobre el vientre de la mujercita. Esta permaneció sin resuello unos segundos, tendida. El chico volvió a levantarse, medio ciego y tonteado, y siguió un trecho a Braulio y a su padre. Tropezó varias veces, a causa de la oscuridad, en las piedras del angosto camino, hincándose en las pencas y en las zarzamoras. El tumulto se alejó rápidamente. El chico se detuvo y cesó de llorar, para oír. Un silencio absoluto imperó en torno de la choza. Luego sopló el viento unos segundos en los guirnales plantados junto al pozo. La chica, al volver en sí, empezó a llorar, llamando a gritos:

–¡Taita! ¡Taita! ¡Taita! ¡Taita! ¡Braulio! ¡Juan!

Entonces Juan, el chico, volvió corriendo a la choza. Los dos subieron a la barbacoa, se taparon con unas jergas y se pusieron a llorar. Las siluetas de los gendarmes, pegándole al viejo y al Braulio y amarrándolo a éste, entre gritos y vociferaciones, estaban fijas en la retina de Juan y de su hermana. ¿Quiénes eran esos monstruos vestidos con tantos botones brillantes y que llevaban escopetas? ¿De dónde vinieron? ¿A qué hora cayeron en la

choza? ¿Y por qué venían por el Braulio y por el taita? ¡Y les habían pegado! ¡Les habían dado muchos golpes y patadas! ¿Por qué? ¿Serían hombres también como los demás? Juan lo dudaba, pero su hermana, tragando sus lágrimas, le decía:

–Sí. Son como todos. Como taita y como el Braulio. Yo les vi sus caras. Sus brazos también, y también sus manos. Uno me tiró las orejas, sin que yo le haga nada...

La chica volvió a gemir, y Juan, un poco sofocado y nervioso, le dijo:

–¡Cállate! ¡Ya no llores, porque van a volver otra vez a llevarnos!... ¡Cállate! ¡Son los diablos! Tienen en la cintura unas monturas. Tienen cabezas redondas y picudas. ¡Vas a ver, que van a volver!

–Hablan como todos. Dijeron: “¡Carajo! ¡No te escaparás!”, “¡Viejo e mierda!”, “¡Camina!” “¡Jijoputa!”... Están vestidos como el burro mojino. Andan muy fuerte. ¿Has visto por onde se fueron?

–Se fueron por la cueva, a la carrera. ¡Van a volver! ¡Vas a ver! ¡Han salido de la cueva! ¡Así decía mamá! ¡Que salen de la cueva con espuelas y con látigos y en mulas relinchando y con patas con candelas!

–¡Mientes! Mama no decía así. ¡Estos son cristianos, como nosotros! ¡Vas a ver que mañana volverán otra vez y los verás que son cristianos! ¡Ahí verás! ¡Ahí verás!

Juan y su hermana guardaron silencio. Seguían preguntándose a sí mismos por qué se llevaban al Braulio y al taita. ¿Adónde se los llevaban? ¿Los volverían a soltar? ¿Cuándo los soltarán? ¿Qué los harán?... Y la mujercita dijo, tranquilizándose:

–¿Y los otros? ¿Y los hombres y las mujeres que iban con ellos? ¿No ves? ¡Son cristianos! ¡Son cristianos! ¡Yo sé lo que te digo!

–Los otros –argumentaba en tono siempre febril y temeroso Juan–, los otros sí son cristianos. Pero no son sus compañeros. Los habrán sacado de sus chozas como a taita y al Braulio. Vas a ver que a todos los van a meter en la cueva. ¡Vas a ver! ¡Antes que amanezca! Ahí adentro tienen su palacio con unos diablos de reyes. Y hacen sus fiestas. Mandan por gente para que sirvan a los reyes y vivan allí siempre. Unos se escapan, pero casi todos mueren adentro. Cuando están ya viejos, los echan a las candelas para achicharrarlos vivos. Uno salió una vez y contó a su familia todo...

La hermana de Juan se había quedado dormida. Juan siguió pensando mucho rato en los gendarmes, y, cuando asomaba el día, empezó a tener frío y se durmió.

Guacapongo estaba lejos de Colca. Los gendarmes, para poder llegar a Colca a las once del día, tuvieron que andar rápido y, con frecuencia, al trote. Las familias de los “enrolados” se quedaban a menudo rezagadas. Pero los dos “enrolados”, quieran o no quieran, iban al paso de las bestias. Al principio caminaron con cierta facilidad. Luego, a los pocos kilómetros recorridos, empezaron a flaquear. Les faltaban fuerzas para avanzar parejo con las bestias. Eran diestros y resistentes para correr los yanacanas, mas esta vez la prueba fue excesiva.

El camino, desde Guacapongo hasta Colca, cambiaba a menudo de terreno, de anchura y de curso; pero, en general, era angosto, pedregoso, cercado de pencas y de rocas, y, en su mayor parte, en zigzags, en agudos meandros,

cerradas curvas, cuestras a pico y barrancos imprevistos. Dos ríos, el Patarati y el Huayal, atravesaron sin puente. La primavera venía parca en aguas, pero las del Huayal arrastraban todo el año, en esa parte, un volumen encajonado y siempre difícil y arriesgado de pasar.

Un metido de velocidad tremendo tuvo lugar entre las bestias y los “enrolados”. Los gendarmes picaban sus espuelas sin cesar y azotaban a contrapunto sus mulas. El galope fue continuo, pese a la tortuosidad y abruptos accidentes de la ruta. Las bestias, mientras fue de noche, se encabitaron muchas veces, resistiéndose a salvar un precipicio, un lodazal, un riachuelo o una valla. El sargento, furibundo, enterraba entonces sus espuelas hasta los talones en los ijares de su caballo y lo cruzaba de riendazos por las orejas y en las ancas, destapándose en ajos y cebollas. Se desmontaba. Sacaba de su alforja de cuero una botella de pisco, bebía un gran trago y ordenaba a los otros gendarmes que hicieran lo propio. Luego llamaba a los deudos de los “enrolados” y les obligaban a empujar al animal. Al fin, las bestias eran empujadas. Tras de un pataleo angustioso en el lodazal, hundidos hasta el pecho, volvían a salir al otro lado del camino. ¿Y los “enrolados”? ¿Cómo salvaban éstos los malos pasos? Como las bestias. Sólo que, a diferencia de ellas, los “enrolados” no ofrecían la menor resistencia. La primera vez que estuvieron ante las gradas de un acantilado a pico y en el que no había la menor traza de camino, Isidoro Yépez osó decir al gendarme que le llevaba:

–¡Cuidado, taita! ¡Nos vamos a rodar!

–¡Calla, animal! –le contestó el gendarme, dándole un bofetón en las narices.

Un poco de sangre le salió a Isidoro Yépez. A partir de ese momento, los dos “enrolados” se sumieron en un silencio completo. Los gendarmes pronto se emborracharon. El sargento quería llegar a Colca cuanto antes, porque a las once tenía una partida de dados en el cuartel con unos amigos. Las indias y los indios que seguían a Yépez y a Conchucos, desaparecían por momentos de la comitiva, porque conocedores del terreno, y como iban a pie, abandonaban el camino real para salir más pronto por otro lado, cortando la vía o a campo traviesa. Lo hacían arañando los peñascos, rodando las lajas, bordeando como cabras las cejas de las hondonadas o atravesando un río a saltos de pedrón en pedrón o a prueba de equilibrio sobre un árbol caído.

Al cruzar el Huayal, ya de día, Braulio Conchucos estuvo a punto de encontrar la muerte. Pasó, tras una tenaz resistencia de su caballo, el sargento. Pasó después el gendarme que conducía a Isidoro Yépez, y, cuando la mula del segundo gendarme se vio en medio de la corriente, sus miembros vacilaron y fue arrastrada un trecho por las aguas. Estaba hundida hasta la mitad de la barriga. Las piernas del gendarme no se veían. La angustia de éste fue inmensa. Azuzaba al animal, gritándole y azotándole. El “enrolado”, sumergido hasta medio pecho en el río, se mostró, por su parte, impassible y tranquilo ante el peligro.

–¡Sal, carajo! –le decía, poseído de horror, el gendarme–. ¡Párate bien! ¡Avanza! ¡Sal del agua! ¡Tira a la mula! ¡Tira! ¡Avanza! ¡Avanza! ¡No te dejes arrastrar!...

A una y otra orilla, los otros gendarmes lanzaban gritos de espanto y corrían enloquecidos, viendo cómo

la corriente empezaba a derribar a la mula y a llevarse-la río abajo, con el gendarme y con el “enrolado”. Sólo éste, en medio del peligro, e Isidoro Yépez, al otro lado del Huayal, permanecían mudos, serenos, inalterables. El guardia de Conchucos, en el colmo de su terror y fuera de sí, solo atinó a abofetear a Braulio ferozmente. Conchucos, amarrado, empezó a sangrar, pero no hizo nada por salir del peligro ni pronunció palabra alguna de protesta. A Isidoro Yépez le habían dado de trompadas sólo por haberlos advertido contra un riesgo en la ruta. ¿Para qué entonces hablar ni hacer nada? Los yanaconas comprendían muy bien su situación y su destino. Ellos no podían nada ni eran nada por sí mismos. Los gendarmes, en cambio, eran todo y lo podían todo. Por lo demás, Braulio Conchucos perdió aquella mañana, de golpe, todo interés y todo sentimiento de la vida. Ver llegar a su choza a los soldados, de noche; ser por ellos golpeado y amarrado y sentirse perdido para siempre, todo no fue sino uno. Le llevarían no se sabe dónde, como a otros yanaconas mozos, y para no soltarlos nunca. ¿Qué más daba entonces perecer ahogado o de cualesquiera otra suerte? Además, Braulio Conchucos e Isidoro Yépez concibieron bruscamente por los gendarmes un rencor sordo y tempestuoso. De modo oscuro se daban cuenta que, cualquiera que fuese su condición de simples instrumentos o ejecutores de una voluntad que ellos desconocían y no alcanzaban a figurarse, algo suyo ponían los gendarmes en su crueldad y alevosía. Braulio Conchucos experimentaba ante el miedo del gendarme, una satisfacción recóndita. ¡Y si el agua se los habría llevado, en buena hora! ¿No estaba ya viendo Braulio que la sangre que corría de su boca, se la llevaba el agua? Sintió luego

un chicotazo que le cruzó varias veces la cara y ya no vio más. Un ojo se le tapó. Entonces vaciló todo su cuerpo. Durante un instante, la mula y el “enrolado” temblaron como arrancados tallos, a merced de la corriente. Pero el gendarme, loco de espanto y por todo esfuerzo, para escapar de la muerte, siguió azotando con todas sus fuerzas al animal y al yanacona. Los chicotazos llovieron sobre las cabezas de Braulio y de la mula.

–¡Carajo! –vociferaba aterrado el gendarme–. ¡Mula! ¡Mula! ¡Anda, indio e mierda! ¡Anda! ¡Anda!...

Un postrero esfuerzo de la bestia y ésta alcanzó a ganar el otro borde del Huayal, con su doble carga del gendarme y de Conchucos. Reanudose la marcha. El sol empezó a quemar. Pasado el Huayal, el camino se paró en una cuesta larga, interminable. Pero el sargento picó más espuelas y blandió más su látigo. Paso a paso subían, aunque sin detenerse, los animales, y junto a ellos, los dos “enrolados”. Una que otra vez solamente se paró la comitiva. ¿Por qué? ¿Eran las mulas que ya no podían? ¿Eran los yanaconas, que ya no podían? ¿Eran mulas y “enrolados” que ya no podían?

–¡Te haces el cojudo por no caminar! –decían los gendarmes a los yanaconas–. ¡Anda, carajo! ¡Anda nomás! ¡Avanza y no te cuelgues de la mula! ¡Anda o te muelo a riendazos!...

Los “enrolados” y las bestias sudaban y jadeaban. El pelambre de las mulas se encrespó, arremolinándose en mil rizos y flechas. Por el pecho y por los ijares corría el sudor y goteaba. Mascaban el freno las bestias, arrojando abundante espuma. Los cascos delanteros resbalaban en las lajas o, inmovilizados un instante, se cimbraban

arqueándose y doblándose. La cabeza del animal se alargaba entonces, echando las orejas atrás, hasta rozar los belfos el suelo. Las narices se abrían desmesuradas, rojas, reseca. Pero el cansancio era mayor en Yépez y en Conchucos. Lampiños ambos, la camisa de algodón negra de mugre, sin sombrero bajo el sol abrasador, los encallecidos pies en el suelo, los brazos atados hacia atrás, amarrados por la cintura con un lazo de cuero al pescuezo de las mulas, ensangrentados –Conchucos, con un ojo hinchado y varias ronchas en la cara–, los “enrolados” subían la cuesta cayendo y levantando. ¿Cayendo y levantando? ¡No podían ni siquiera caer! Al final de la cuesta, sus cuerpos, exánimes, agotados, perdieron todas las fuerzas y se dejaban arrastrar inertes, como palos o piedras, por las mulas. La voluntad vencida por la inmensa fatiga, los nervios sin motor, los músculos laxos, demolidas las articulaciones y el corazón amodorrado por el calor y el esfuerzo de cuatro horas seguidas de carrera. Braulio Conchucos e Isidoro Yépez no eran más que dos retazos de carne humana, más muertos que vivos, colgados y arrastrados casi en peso y al azar. Un sudor frío los bañaba. De sus bocas abiertas salían espu-marajos y sangre mezclados. Yépez empezó a despedir un olor nauseabundo y pestilente. Por sus tobillos descendía una sustancia líquida y amarilla. Relajadas por la mortal fatiga y en desgobierno todas sus funciones, estaba defecando y orinándose el conscripto.

–¡Se está cagando este carajo! –vociferó el gendarme que le llevaba, y se tapó las narices.

Los gendarmes se echaron a reír y picaron más espuelas.

Cuando los curiosos se acercaron a Isidoro Yépez, ante la Subprefectura de Colca, también se reían y se alejaban al punto, sacando sus pañuelos. Pero cuando se acercaron a Braulio Conchucos, se quedaron viendo largamente su rostro doloroso y desfigurado. Algunas mujeres del pueblo se indignaron y murmuraban palabras de protesta. Un revuelo tempestuoso se produjo inmediatamente entre la multitud. Los gendarmes le habían lavado la cara a Conchucos en una acequia, antes de entrar a Colca, pero las contusiones y la hinchazón del ojo resaltaron más. También los soldados reanimaron a los “enrollados”, metiéndoles la cabeza largo tiempo en el agua fría. Así pudieron Yépez y Conchucos despertar de su coma y penetrar al pueblo andando.

–¡Les han pegado los gendarmes! –gritaba la muchedumbre–. ¡Véanlos cómo tienen las caras! ¡Están ensangrentados! ¡Están ensangrentados! ¡Qué lisura! ¡Bandidos! ¡Criminales! ¡Asesinos!...

Muchos vecinos de Colca se mostraban quemados de cólera. Una piedad unánime cundió en el pueblo. La ola de indignación colectiva llegó hasta los pies de la Junta Conscriptora Militar. El subprefecto Luna, dando un paso hacia la vereda, lanzó un grito colérico sobre la multitud:

–¡Silencio! ¿Qué quieren? ¿Qué dicen? ¿Por qué alejan?...

Se le acercó el alcalde Parga.

–¡No haga usted caso, señor subprefecto! –le dijo, tomándolo del brazo–. ¡Venga usted! ¡Venga usted con nosotros!...

–¡No, no! –gruñó violentamente el subprefecto, en quien las copas de pisco apuradas con “Marino Hermanos” habían producido una embriaguez furiosa.

Luna se irguió todo lo que pudo al borde de la acera y dijo al sargento, que estaba frente a él, esperando sus órdenes:

–¡Tráigame a los “enrolados”! ¡Hágalos entrar!

–¡Muy bien, su señoría! –respondió el sargento, y transmitió la orden a los gendarmes.

Los “enrolados” fueron desatados de los pescuezos de las mulas e introducidos al despacho de la Junta Conscriptora Militar. Siempre amarrados los brazos atrás y sujetos por la cintura con el lazo de cuero, Yépez y Conchucos avanzaron penosamente, empujados y sacudidos por sus guardias. La muchedumbre, al verlos cárdenos, silenciosos, las cabezas caídas, los cuerpos desfallecientes, casi agónicos, se agitó en un solo movimiento de protesta.

–¡Asesinos! –gruñían hombres y mujeres–. ¡Ahí van casi muertos! ¡Casi muertos! ¡Bandidos! ¡Asesinos!...

Las familias de los yanaconas quisieron entrar al despacho del subprefecto, tras de los “enrolados”, pero los gendarmes se lo impidieron.

–¡Atrás! –gritó con sorda ira el sargento, desenvainando amenazadoramente su espada.

Una vez que Yépez y Conchucos penetraron, un cordón de gendarmes, rifle en mano, cerraron la entrada a todo el mundo. Algunas amenazas, improperios e insultos dirigieron los gendarmes al pueblo.

–¡Animales! ¡Bestias! ¡No saben ustedes lo que dicen! ¡Ni lo que hacen! ¡Imbéciles! ¡Todos ustedes no son sino

unas mulas!... ¡Qué saben nada de nada! ¡Serranos sucios!
¡Ignorantes!...

La mayoría de los gendarmes eran costeños. De aquí que se expresasen así de los serranos. Los de la costa del Perú sienten un desprecio tremendo e insultante por los de la sierra y la montaña, y estos devuelven el desprecio con un odio subterráneo, exacerbado.

Agolpada a la puerta de la Subprefectura, y detenida por los rifles de los gendarmes, bullía en creciente indignación la multitud. Un diálogo huracanado se produjo entre la fuerza armada y el pueblo.

–¿Por qué les pegan así? ¿Por qué?

–Porque quisieron escaparse. Porque nos atacaron a piedras de sus chozas... ¡Indios salvajes! ¡Criminales!

–¡No, no! ¡Mienten!

–¡Pues, entonces, porque se me da la gana!...

–¡Asesinos! ¿Por qué los traen presos?

–¡Porque se me da la gana!

–¡Qué concriptos ni concriptos! ¡Cuando después se los llevan a trabajar a las haciendas y a las minas y les sacan su platita y les quitan sus terrenitos y sus animalitos!... ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ladrones!...

Un gendarme lanzó un grito furibundo:

–¡Bueno, carajo! ¡Silencio! ¡O les meto bala!...

Levantó su rifle e hizo ademán de apuntar al azar sobre la muchedumbre, la cual respondió a la amenaza con un clamor inmenso. Apareció a la puerta del despacho subprefectural, el alcalde Parga.

–¡Señores! –dijo con un respeto protocolar, que escondía sus temores–. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? ¡Calma! ¡Calma! ¡Serenidad, señores!...

Un hombre del pueblo emergió entonces de entre la muchedumbre y, avalanzándose sobre el alcalde Parga, le dijo muy emocionado, pero con energía:

–¡Señor alcalde! ¡Señor alcalde! El pueblo quiere ver en qué queda todo esto, y pide...

Los gendarmes lo agarraron por los brazos y le taparon la boca para impedirle que continuase hablando. Pero el viejo y astuto alcalde de Colca ordenó que le dejaran hablar.

–¡El pueblo, señor, pide que se haga justicia!

–¡Sí!... ¡Sí!... ¡Sí!... –coreó la multitud–. ¡Justicia! ¡Justicia contra los que les han pegado! ¡Justicia contra los asesinos!

El alcalde palideció.

–¿Quién es usted? –se agachó a preguntar al audaz que así le habló–. ¡Pase usted! ¡Pase usted al despacho! Entre usted y ya hablaremos.

El hombre del pueblo penetró al despacho subprefectural. Pero para hacer valer los derechos ciudadanos, ¿quién era este hombre de audacia extraordinaria? La acción popular ante las autoridades no era fenómeno frecuente en Colca. El subprefecto, el alcalde, el juez, el médico, el cura, los gendarmes, gozaban de una libertad sin límites en el ejercicio de sus funciones. Ni vindicta pública ni control social se practicaba nunca en Colca respecto de esos funcionarios. Más todavía. El más abo-

minable y escandaloso abuso de la autoridad, no despertaba en el pueblo sino un oscuro, vago y difuso malestar sentimental. La impunidad era en la historia de los delitos administrativos y comunales cosa tradicional y corriente en la provincia. Pero he aquí que ahora ocurría algo nuevo y jamás visto. El caso de Yépez y Conchucos sacudió violentamente a la masa popular, y un hombre salido de ésta se atrevía a levantar la voz, pidiendo justicia y desafiando la ira y la venganza de las autoridades. ¿Quién era, pues, ese hombre?

Era Servando Huanca, el herrero. Nacido en las montañas del Norte, a las orillas del Marañón, vivía en Colca desde hacía unos dos años solamente. Una singular existencia llevaba. Ni mujer ni parientes. Ni diversiones ni muchos amigos. Solitario más bien, se encerraba todo el tiempo en torno a su forja, cocinándose él mismo. Era un tipo de indio puro: salientes pómulos, cobrizo, ojos pequeños, hundidos y brillantes, pelo lacio y negro, talla mediana y una expresión recogida y casi taciturna. Tenía unos treinta años. Fue uno de los primeros entre los curiosos que habían rodeado a los gendarmes y los yanacunas. Fue el primero asimismo que gritó a favor de estos últimos ante la Subprefectura. Los demás habían tenido miedo de intervenir contra ese abuso. Servando Huanca los alentó, haciéndose él guía y animador del movimiento. Otras veces ya, cuando vivió en el valle azucarero de Chicama, trabajando como mecánico, fue testigo y actor de parecidas jornadas del pueblo contra los crímenes de los mandones. Estos antecedentes y una dura experiencia que, como obrero, había recogido en los diversos centros industriales por los que, para ganarse la vida, hubo pasado, encendieron en él un dolor y una cólera crecientes

contra la injusticia de los hombres. Huanca sentía que en ese dolor y en esa cólera no entraban sus intereses personales sino en poca medida. Personalmente, él, Huanca, había sufrido muy raras veces los abusos de los de arriba. En cambio, los que él vio cometerse diariamente contra otros trabajadores y otros indios miserables, fueron inauditos e innumerables. Servando Huanca se dolía, pues, y rabiaba, más por solidaridad o, si se quiere, por humanidad, contra los mandones –autoridades o patrones– que por causa propia y personal. También se dio cuenta de esta esencia solidaria y colectiva de su dolor contra la injusticia, por haberla descubierto también en los otros trabajadores cuando se trataba de abusos y delitos perpetrados en la persona de los demás. Por último, Servando Huanca llegó a unirse algunas veces con sus compañeros de trabajo y de dolor, en pequeñas asociaciones o sindicatos rudimentarios, y allí le dieron periódicos y folletos en que leyó tópicos y cuestiones relacionadas con esa injusticia que él conocía y con los modos que deben emplear los que la sufren, para luchar contra ella y hacerla desaparecer del mundo. Era un convencido de que había que protestar siempre y con energía contra la injusticia, dondequiera que esta se manifieste. Desde entonces, su espíritu, reconcentrado y herido, rumiaba día y noche estas ideas y esta voluntad de rebelión. ¿Poseía ya Servando Huanca una conciencia clasista? ¿Se daba cuenta de ello? Su sola táctica de lucha se reducía a dos cosas muy simples: unión de los que sufren las injusticias sociales y acción práctica de masas.

–¿Quién es usted? –le preguntó enfadado el subprefecto Luna a Huanca, al verle entrar a su despacho, introducido por el alcalde Parga.

–Es el herrero Huanca –respondió Parga, calmado al subprefecto–. ¡Déjelo! ¡Déjelo! ¡No importa! Quiere ver a los conscriptos que dice que están muertos, y que es un abuso...

Luna le interrumpió, dirigiéndose, exasperado, a Huanca:

–¡Qué abuso ni abuso, miserable! ¡Cholo bruto! ¡Fuera de aquí!

–¡No importa, señor subprefecto! –volvió a interceder el alcalde–. ¡Déjelo! ¡Le ruego que le deje! ¡Quiere ver lo que tienen los conscriptos! ¡Qué los vea! ¡Ahí están! ¡Qué los vea!

–¡Sí, señor subprefecto! –añadió con serenidad el herrero–. ¡El pueblo lo pide! Yo vengo enviado por la gente que está afuera.

El médico Riaño, tocado en su liberalismo, intervino:

–Muy bien –dijo a Huanca ceremoniosamente–. Está usted en su derecho, desde que el pueblo lo pide. ¡Señor subprefecto! –dijo, volviéndose a Luna en tono protocolar–. Yo creo que este hombre puede seguir aquí. No nos incomoda de ninguna manera. La sesión de la Junta Conscriptora puede, a mi juicio, continuar. Vamos a examinar el caso de estos “enrolados”...

–Así me parece –dijo el alcalde–. Vamos, señor subprefecto, ganando tiempo. Yo tengo que hacer...

El subprefecto meditó un instante y volvió a mirar al juez y al gamonal Iglesias, y, luego, asintió.

–Bueno –dijo–. La sesión de la Junta Conscriptora Militar continúa.

Cada cual volvió a ocupar su puesto. A un extremo del despacho, estaban Isidoro Yépez y Braulio Conchucos, escoltados por dos gendarmes y sujetos siempre de la cintura por un lazo. Los gendarmes mostraban una lividez mortal. Miraban con ojos lejanos y con una indiferencia calofriante y vecina de la muerte, cuanto sucedía en torno de ellos. Braulio Conchucos estaba muy agotado. Respiraba con dificultad. Sus miembros le temblaban. La cabeza se le doblaba como la de un moribundo. Por momentos se desplomaba, y habría caído, de no estar sostenido casi en peso por el guardia.

Junto a los yanaconas se paró Servando Huanca, el sombrero en la mano, conmovido, pero firme y tranquilo.

Al sentarse todos los miembros de la Junta Conscriptora Militar, llegó de la plaza un vocerío ensordecedor. El cordón de gendarmes, apostado a la puerta, respondió a la multitud con una tempestad de insultos y amenazas. El sargento saltó a la vereda y esgrimió su espada con todas sus fuerzas sobre las primeras filas de la muchedumbre.

—¡Carajo! —aullaba de rabia—. ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás!

El subprefecto Luna ordenó en un gruñido:

—¡Sargento! ¡Imponga usted el orden, cueste lo que cueste! ¡Yo se lo autorizo!...

Un largo sollozo estalló a la puerta. Eran las tres indias, abuela, madre y hermana de Isidoro Yépez, que pedían de rodillas, con las manos juntas, se les dejase entrar. Los gendarmes las rechazaban con los pies y las culatas de sus rifles.

El subprefecto Luna, que presidía la sesión, dijo:

–Y bien, señores. Como ustedes ven, la fuerza acaba de traer a dos “enrolados” de Guacapongo. Vamos, pues, a proceder, conforme a la ley, a examinar el caso de estos hombres, a fin de declararlos expeditos para marchar a la capital del departamento, en el próximo contingente de sangre de la provincia. En primer lugar, lea usted, señor secretario, lo que dice la Ley de Servicio Militar Obligatorio, acerca de los “enrolados”.

El secretario Boado leyó en un folleto verde:

–“Título Cuarto-. De los “enrolados”. –Artículo 46: Los peruanos comprendidos entre la edad de diecinueve y veintidós años, y que no cumpliesen el deber de inscribirse en el registro del Servicio Militar Obligatorio de la zona respectiva, serán considerados como “enrolados”. –Artículo 47: Los “enrolados” serán perseguidos y obligados por la fuerza a prestar su servicio militar, inmediatamente de ser capturados y sin que puedan interponer o hacer valer ninguno de los derechos, excepciones o circunstancias atenuantes acordadas a los conscriptos en general y contenidas en el artículo 29, título segundo de esta Ley. –Artículo 48: ...”.

–Basta –interrumpió con énfasis el juez Ortega-. Yo opino que es inútil la lectura del resto de la Ley, puesto que todos los señores miembros de la Junta la conocen perfectamente. Pido al señor secretario abra el registro militar, a fin de ver si allí figuran los nombres de estos hombres.

–Un momento, doctor Ortega –argumentó el alcalde Parga-.

Convendrá saber antes la edad de los “enrolados”.

–Sí –asintió el subprefecto–. A ver... –añadió, dirigiéndose paternalmente a Isidoro Yépez–. ¿Cuántos años tienes tú? ¿Cómo te llamas, en primer lugar?

Isidoro Yépez pareció volver de un sueño, y respondió con voz débil y amedrentada:

–Me llamo Isidoro Yépez, taita.

–¿Cuántos años tienes?

–Yo no sé, pues, taita. Veinte o veinticuatro, quién sabe, taita...

–¿Cómo “no sé”? ¿Qué es eso de “no sé”? ¡Vamos! ¡Di, cuántos años tienes? ¡Habla! ¡Di la verdad!

–No lo sabe ni él mismo –dijo con piedad y asqueado el doctor Riaño–. Son unos ignorantes. No insista usted, señor subprefecto.

–Bueno –continuó Luna, dirigiéndose a Yépez–. ¿Estás inscrito en el Registro Militar?

El yanacona abrió más los ojos, tratando de comprender lo que le decía Luna, y respondió maquinalmente:

–Escriptu, pues, taita, en tus escritus.

El subprefecto renovó su pregunta, golpeando la voz:

–¡Animal! ¿No entiendes lo que te digo? Dime si estás inscrito en el Registro Militar.

Entonces Servando Huanca intervino:

–¡Señores! –dijo el herrero con calma y energía–. Este hombre (se refería a Yépez) es un pobre indígena ignorante. Ustedes están viéndolo. Es un analfabeto. Un inconsciente. Un desgraciado. Ignora cuántos años tiene. Ignora si está o no inscrito en el Registro Militar. Ignora todo, todo. ¿Cómo, pues, se le va a tomar como “enrolado”,

cuando nadie le ha dicho nunca que debía inscribirse, ni tiene noticia de nada, ni sabe lo que es registro ni servicio militar obligatorio, ni patria, ni Estado, ni Gobierno?...

–¡Silencio! –gritó colérico el juez Ortega, interrumpiendo a Huanca y poniéndose de pie violentamente–. ¡Basta de tolerancias!

En ese momento, Braulio Conchucos estiró el cuerpo, y tras de unas convulsiones y de un breve colapso, súbitamente se quedó inmóvil en los brazos del gendarme. El doctor Riaño acudió, le animó ligeramente y dijo con un gran desparpajo profesional:

–Está muerto. Está muerto.

Braulio Conchucos cayó lentamente al suelo.

Servando Huanca dio entonces un salto a la calle entre los gendarmes, lanzando gritos salvajes, roncós de ira, sobre la multitud:

–¡Un muerto! ¡Un muerto! ¡Un muerto! ¡Lo han matado los soldados! ¡Abajo el subprefecto! ¡Abajo las autoridades! ¡Viva el pueblo! ¡Viva el pueblo!

Un espasmo de unánime ira atravesó de golpe a la muchedumbre.

–¡Abajo los asesinos! ¡Mueran los criminales! –aullaba el pueblo–. ¡Un muerto! ¡Un muerto! ¡Un muerto!

La confusión, el espanto y la refriega fueron instantáneos. Un choque inmenso se produjo entre el pueblo y la gendarmería. Se oyó claramente la voz del subprefecto, que ordenaba a los gendarmes:

–¡Fuego! ¡Sargento! ¡Fuego! ¡Fuego!...

La descarga de fusilería sobre el pueblo fue cerrada, larga, encarnizada. El pueblo, desarmado y sorprendido, contestó y se defendió a pedradas e invadió el despacho de la Subprefectura. La mayoría huyó, despavorida. Aquí y allí cayeron muchos muertos y heridos. Una gran polvareda se produjo. El cierre de las puertas fue instantáneo. Luego, la descarga se hizo rala, y luego, más espaciada.

Todo no duró sino unos cuantos segundos. Al fin de la borrasca, los gendarmes quedaron dueños de la ciudad. Recorrían enfurecidos la plaza, echando siempre bala al azar. Aparte de ellos, la plaza quedó abandonada y como un desierto. Solo la sembraban de trecho en trecho los heridos y los cadáveres. Bajo el radiante y alegre sol de mediodía, el aire de Colca, diáfano y azul, se saturó de sangre y de tragedia. Unos gallinazos revolotearon sobre el techo de la iglesia.

El médico Riaño y el gamonal Iglesias salieron de una bodega de licores. Poco a poco fue poblándose de nuevo la plaza de curiosos. José Marino buscaba a su hermano angustiosamente. Otros indagaban por la suerte de distintas personas. Se preguntó con ansiedad por el subprefecto, por el juez y por el alcalde. Un instante después, los tres, Luna, Ortega y Parga, surgían entre la multitud. Las puertas de las casas y las tiendas, volvieron a abrirse. Un murmullo doloroso llenaba la plaza. En torno a cada herido y a cada cadáver se formó un tumulto. Aunque el choque había ya terminado, los gendarmes y, señaladamente, el sargento, seguían disparando sus rifles. Autoridades y soldados se mostraban poseídos de una ira desenfadada y furiosa, dando voces y gritos vengativos. De entre la multitud, se destacaban algunos comerciantes, pequeños propietarios, artesanos, funcionarios y

gamonales –el viejo Iglesias a la cabeza de éstos–, y se dirigían al subprefecto y demás autoridades, protestando en voz alta contra el levantamiento del populacho y ofreciéndoles una adhesión y un apoyo decididos e incondicionales para restablecer el orden público.

–Han sido los indios, de puro brutos, de puro salvajes –exclamaba indignada la pequeña burguesía de Colca.

–Pero alguien los ha empujado –replicaban otros–. La plebe es estúpida, y no se mueve nunca por sí sola.

El subprefecto dispuso que se recogiese a los muertos y a los heridos y que se formase inmediatamente una guardia urbana nacional de todos los ciudadanos conscientes de sus deberes cívicos, a fin de recorrer la población en compañía de la fuerza armada y restablecer las garantías ciudadanas. Así fue. A la cabeza de este doble ejército iban el subprefecto Luna, el alcalde Parga, el juez Ortega, el médico Riaño, el hacendado Iglesias, los hermanos Marino, el secretario subprefectural Boado, el párroco Velarde, los jueces de paz, el preceptor, los concejales, el gobernador y el sargento de la gendarmería.

En esta incursión por todas las calles y arrabales de Colca, la gendarmería realizó numerosos prisioneros de hombres y mujeres del pueblo. El subprefecto y su comitiva penetraban en las viviendas populares, de grado o fuerza, y, según los casos, apresaban a quienes se suponía haber participado, en tal o cual forma, en el levantamiento. Las autoridades y la pequeña burguesía hacían responsable de lo sucedido al bajo pueblo, es decir, a los indios. Una represión feroz e implacable se inició contra las clases populares. Además de los gendarmes, se armó de rifles y carabinas un considerable sector de ciudadanos y,

en general, todos los acompañantes del subprefecto llevaban, con razón o sin ella, sus revólveres. De esta manera, ningún indio sindicado en el levantamiento pudo escapar al castigo. Se desfondaba de un culatazo una puerta, cuyos habitantes huían despavoridos. Los buscaban y perseguían entonces revólver en mano, por los techos, bajo las barbacoas y cuyeros, en los terrados, bajo los albañales. Los alcanzaban, al fin, muertos o vivos. Desde la una de la tarde, en que se produjo el tiroteo, hasta media noche, se siguió disparando sobre el pueblo sin cesar. Los más encarnizados en la represión fueron el juez Ortega y el cura Velarde.

—Aquí, señor subprefecto —rezongaba rencorosamente el párroco—; aquí no cabe sino mano de hierro. Si usted no lo hace así, la indiada puede volver a reunirse esta noche y apoderarse de Colca, saqueando, robando, matando...

A las doce de la noche, el Estado Mayor de la guardia urbana, y a la cabeza de él el subprefecto Luna, estaba concentrado en los salones del Concejo Municipal. Después de un cambio de ideas entre los principales personajes allí reunidos, se acordó comunicar por telégrafo lo sucedido a la Prefectura del Departamento. El comunicado fue así concebido y redactado: “Prefecto. Cuzco.- Hoy una tarde, durante sesión Junta Conscriptora Militar provincia, fue asaltada bala y piedras Subprefectura por populacho amotinado y armado. Gendarmería restableció orden respetando vida intereses ciudadanos. Doce muertos y dieciocho heridos y dos gendarmes con lesiones graves. Investigo causas y fines asonada. Acompañanme todas clases sociales, autoridades, pueblo entero. Tranquilidad completa. Comunicaré resultado investigaciones proce-

so judicial sanción y castigo responsables triste acontecimiento. Pormenores correo. (Firmado). Subprefecto Luna”.

Después, el alcalde Parga ofreció una copa de coñac a los circunstantes, pronunciando un breve discurso.

–¡Señores! –dijo, con su copa en la mano–. En nombre del Concejo Municipal, que tengo el honor de presidir, lamento los desgraciados acontecimientos de esta tarde y felicito al señor subprefecto de la provincia por la corrección, justicia y energía con que ha devuelto a Colca el orden, la libertad y las garantías ciudadanas. Asimismo, interpretando los sentimientos e ideas de todos los señores presentes –dignos representantes del comercio, la agricultura y administración pública–, pido al señor Luna reprima con toda severidad a los autores y responsables del levantamiento, seguro de que así le seremos más agradecidos y de que lo acompaña lo mejor de la sociedad de Colca. ¡Señores: por nuestro libertador, el subprefecto señor Luna, salud!

Una salva de aplausos premió el discurso del viejo Parga y seapuró el coñac. El subprefecto contestó en estos términos:

–Señor alcalde: Muy emocionado por los inmerecidos elogios que me habéis brindado, yo no tengo sino que agradecerlos. Verdaderamente, yo no he hecho sino cumplir con mi deber. He salvado a la provincia de los desmanes y crímenes del populacho enfurecido, ignorante e inconsciente. Eso es todo lo que he hecho por vosotros. Nada más, señores. Yo también lamento lo sucedido. Pero estoy resuelto a castigar sin miramiento y sin compasión a los culpables. Lo que ha hecho la gendarmería no

es nada. Yo les haré comprender a estos indios brutos y salvajes que así nomás no se falta a las autoridades. Yo os prometo castigarlos, hasta el último. ¡Salud!

La ovación a Luna fue resonante y viril, como su propio discurso. Muchos abrazaron al alcalde y al subprefecto, felicitándolos emocionados. Se sirvió otra copa. Pronunciaron otros discursos el juez Ortega, el cura Velarde y el doctor Riaño, todos condenando al bajo pueblo y reclamando contra él un castigo ejemplar. Los hermanos Marino y el hacendado Iglesias, expresándose mitad en discurso y mitad en diálogo, pedían con insistencia una represión sin piedad contra la indiada. Iglesias dijo en tono vengativo:

–Hay que agarrar al herrero, que era el más listo y el que empujó a los otros. Debe de haber huido. Pero hay que perseguirlo y darle una gran paliza al hijo de puta...

José Marino argumentaba:

–¡Qué paliza ni paliza! ¡Hay que meterle un plomo en la barriga! ¡Es un cangrejo! ¡Un loco de mierda!

–Yo creo que ha caído muerto en la plaza –apuntó tímidamente el secretario Boado.

El subprefecto rectificó:

–No. Fue el primero en escapar, al primer tiro. Pero hay que agarrarlo. ¡Sargento! –llamó en alta voz.

El sargento acudió y saludó, cuadrándose:

–¡Su señoría!

–¡Hay que buscar al herrero Huanca sin descanso! Hay que encontrarlo a cualquier precio. Dondequiera que se halle, hay que “comérselo”. ¡Un tiro en las tripas y arre-

glado! ¡Sí! ¡Haga usted lo posible por traerme su cadáver!
¡Yo ya le he dicho que su ascenso a alférez es un hecho!

–Muy bien, su señoría -respondió con entusiasmo el sargento-. Yo cumpliré sus órdenes. ¡Pierda usted cuidado!

De cuando en cuando se oía a lo lejos, y en el silencio de la noche, disparos de revólver y de carabinas, hechos por los grupos de la guardia urbana, que rondaban la ciudad. En los salones municipales, las copas de coñac se repetían, y el cura Velarde, el subprefecto Luna y José Marino empezaron a dar signos de embriaguez. Una espesa humareda de cigarros llenaba la atmósfera. La reunión se hacía cada vez más alegre. Al tema del tiroteo, sucedieron muy pronto otros rientes y picarescos. En un grupo formado por el sargento, un gendarme y un juez de paz, este exclamaba un poco borracho ya y muy colorado:

–¡Pero qué indios tan idiotas!

El sargento decía jactancioso:

–¡Ah! ¡Pero yo los he jodido! Apenas vi al herrero saltar a la plaza gritando: “¡Un muerto! ¡Un muerto!”, le di a un viejo que estaba a mi lado un soberbio culatazo en la frente y lo dejé tieso. Después me retiré un poco atrás y empecé a disparar mi rifle sobre la indiada, como una ametralladora: ¡ran!, ¡ran!, ¡ran!, ¡ran! ¡Carajo! Yo no sé cuántos cayeron con mis tiros. Pero lo que yo sé es que no vi sino una polvareda de los diablos y vacié toda mi canana... ¡Ah! ¡Carajo! ¡Yo me he “comido”, yo solamente, lo menos siete, sin contar los heridos!...

–¡Y yo! –exclamó con orgullo el gendarme-. ¡Y yo! ¡Carajo! Yo no les dejé a los indios ni siquiera menearse.

Antes que tirasen ni una sola piedra, yo me había “comido” ya dos, a boca de jarro, ahí nomás, junto a mí. Uno de ellos fue una india que desde hacía rato me estaba jodiendo con que “¡patroncito, patroncito!”. De un culatazo en la panza, la dejé seca... El otro se me arrodilló a pedirme perdón y a llorar, pero le quebré las costillas de un solo culatazo...

El juez de paz les oía poseído de un horror que no podía ocultar. Sin embargo, decía entusiasmado a los soldados:

–¡Bien hecho! ¡Bien hecho! ¡Indios brutos! ¡Animales! ¡Lo que debía haber hecho es “tirarse” al cholo Huanca! ¡Qué lástima de haberlo dejado vivo! ¡Caramba!

–¡Ah! –juraba el sargento, moviendo las manos–. ¡Ah! ¿Ése? ¡Ya verán ustedes! ¡Ya verán ustedes cómo me lo “como”! ¡Déjenlo a mi cargo! El subprefecto me ha dicho que si yo le traigo el cadáver del herrero, que cuente con mi ascenso a oficial...

Pero una conversación más importante aún se desarrollaba en ese momento entre los hermanos Marino y el subprefecto Luna. José Marino había llamado aparte a Luna, tomándole afectuosamente por un brazo:

–¡Permítame, querido subprefecto! –le dijo–. Quiero tomar una copa con usted.

Mateo Marino sirvió tres copas y los tres hombres se fueron a un rincón, copa en mano.

–¡Mire usted! –dijo José Marino en voz baja al subprefecto–. Yo, ya lo sabe usted, soy su verdadero amigo, su amigo de siempre. Yo se lo he probado varias veces. Mi

simpatía por usted ha sido siempre grande y sincera. Muchas veces, sin que usted lo sepa –a mí no me gusta decir a nadie lo que yo hago por él–, muchas veces he conversado con místers Taik y Weiss en Quivilca sobre usted. Ellos le tienen mucho aprecio. ¡Ah! ¡Sí! A mí me consta. A mí me consta que están muy contentos con usted. ¡Muy contentos! Algunos de aquí –dijo, aludiendo con un gesto a los personajes allí reunidos– le han escrito a míster Taik repetidas veces contra usted...

–¡Sí! ¡Sí! –dijo sonriendo con suficiencia Luna–. Ya me lo han dicho. Ya lo sabía...

–Le han escrito chismeándolo y poniéndolo mal y diciéndole que usted no es más que un agente del diputado doctor Urteaga y que aquí no hace usted más que servir a Urteaga en contra de la “Mining Society”...

El subprefecto sonreía con despecho y con rabia. José Marino añadió, irguiéndose y en tono protector:

–Yo, naturalmente, lo he defendido a usted a capa y espada. Hay más todavía. Míster Taik estaba ya creyendo esos chismes y un día me hizo llamar a su escritorio y me dijo: “Señor Marino: lo he hecho llamar a mi escritorio para hablar con usted sobre un asunto muy grave y muy secreto. Siéntese y contésteme lo que voy a preguntarle. ¿Cómo se porta con ustedes en Colca el subprefecto Luna? Hágame el favor de contestarme con entera franqueza. Porque me escriben de Colca tantas cosas contra Luna, que, francamente, no sé lo que hay en todo esto de cierto. Por eso quiero que usted me diga sinceramente cómo se conduce Luna con ustedes. ¿Les presta toda clase de facilidades para el enganche de peones? ¿Los apoya y está con ustedes? Porque la “Mining Society” hizo nombrar a

Luna subprefecto con el único fin de tener la gendarmería a nuestro servicio para lo que toca a la peonada. Usted lo sabe muy bien. El resto es de menor importancia: que Luna está siempre con los correligionarios políticos de Urteaga; que se emborracha con quien quiere, eso no significa nada”. Así me dijo el gringo. Estaba muy enojado. Yo le dije entonces que usted se portaba correctamente con nosotros y que no teníamos nada de qué quejarnos. “Porque –me dijo el gringo–, si Luna no se porta bien con ustedes, yo comunico esto inmediatamente a nuestro escritorio de Lima, para hacerlo destituir en el día. Usted comprende que nuestra empresa representa intereses muy serios en el Perú y no estamos dispuestos a ponerlos a merced de nadie”. Así me dijo el gringo. Pero yo le contesté que esos chismes no eran ciertos y que usted era nuestro, completamente nuestro...

–Yo sé –dijo Mateo Marino–, yo sé quiénes le escriben eso a los yanquis...

–¡Bueno! ¡Bueno! –añadió vivamente José Marino–. Pero, en resumen, lo que hay es que los yanquis ya tienen la pulga en la oreja y que hay que tener mucho cuidado...

–¡Pero si todo eso es mentira! –exclamaba Luna–. Ustedes, más que nadie, son testigos de mi lealtad absoluta y de mi devoción incondicional a míster Taik...

–¡Naturalmente! –decía José Marino, echando la barriga triunfalmente–. Por eso, precisamente, lo defendí a usted en toda la línea, y míster Taik me dijo: “Bueno, señor Marino: su respuesta, que yo la creo franca, me basta”.

–¡Muy bien! ¡Muy bien! –exclamó Mateo Marino.

El subprefecto Luna, emocionado, respondió a José Marino:

–Yo le agradezco muy de veras, mi querido don José. Y ya sabe usted que soy su amigo sincero, decidido a hacer por ustedes todo lo que pueda. Díganme solamente lo que quieren y yo lo haré en el acto. ¡En el acto! ¡Sí! ¡Como ustedes lo oyen!

–¡Muy bien! ¡Pero muy bien! –volvió a decir Mateo Marino–. ¡Y, por eso, señor subprefecto, bebamos esta copa!

–¡Sí, por usted! –brindó José Marino, dirigiéndose a Luna–. ¡Por nuestra grande y noble amistad! ¡Salud!

–¡Por eso! ¡Por “Marino Hermanos”! –decía el subprefecto–. ¡Salud! ¡Y por místers Taik y Weiss! ¡Y por la “Mining Society”! ¡Y por los Estados Unidos! ¡Salud!

Varias copas más tomaron los tres hombres. En una de éstas, José Marino le preguntó al subprefecto Luna, siempre aparte y en secreto:

–¿Cuántos indios han caído.

–Alrededor de unos cuarenta.

José Marino iba a añadir algo, pero se contuvo. Al fin, habló así a Luna:

–¿Recuerda usted lo que le dijimos esta mañana sobre los peones?...

–Sí. Que necesitan cien peones para las minas...

–Exactamente. Pero hay una cosa: yo creo que podríamos hacer una cosa. Mire usted: como usted no tiene aún gendarmes suficientes para perseguir en el día a nuestros peones prófugos, y como usted no va a saber qué hacer con todos esos indios que están ahora presos en la cárcel, ¿por qué no nos da usted unos cuantos, para enviarlos a Quivilca inmediatamente?

–¡Ah! ¡Eso!... –exclamó el subprefecto–. Usted comprende. La cosa es un poco difícil. Porque... ¡Espere usted! ¡Espere usted!...

Luna se agarró el mentón, pensativo, y terminó diciendo a José Marino en voz baja y cómplice:

–No hablemos más. Entendidos. Se lo prometo.

Mateo Marino corrió y trajo tres copas.

–¡Señores! –exclamó copa en mano y en alta voz José Marino, dirigiéndose a todos los concurrentes–. Yo les invito a beber una copa por el señor Roberto Luna, nuestro grande subprefecto, que acaba de salvarnos de la indiada. Yo, señores, puedo asegurarles que el Gobierno sabrá premiar lo que ha hecho el señor Luna en favor de Colca. Y yo propongo firmar aquí mismo todos los presentes un memorial al ministro del Gobierno, expresándole la gratitud de la provincia al señor Luna. Además, propongo que se nombre una comisión que se encargue de organizar un homenaje al señor Luna, con un gran banquete y con una medalla de oro, obsequio de los hijos de Colca...

–¡Bravo! ¡Bravo! ¡Hip, hip, hip! ¡Hurra!...

Hubo un revuelo intenso en los salones municipales. El juez, doctor Ortega, ya muy borracho, llamó a uno de los gendarmes y le dijo:

–Vaya usted a traer la banda de músicos. Despiértelos a los cholos cueste lo que cueste y dígalos que el subprefecto, el juez, el alcalde, el cura, el médico y todo lo mejor de Cannas está aquí, y que vengan inmediatamente.

El médico Riaño opuso un escrúpulo:

–¡Doctor Ortega! ¿Cree usted que debe traer la música?

–¡Pero es claro! ¿Por qué no?

–Porque como ha habido muertos hoy, la gente va a decir...

–¿Pero qué gente? ¿Los indios? ¡Qué ocurrencia! ¡Vaya usted, vaya nomás! –volvió a decir el juez al gendarme.

Y el gendarme fue a traer la música corriendo.

A la madrugada, los salones municipales estaban convertidos en un local de fiestas. La banda de músicos tocaba valsés y marineras entusiastas, y una jarana delirante se produjo. Muchos se habían retirado ya a dormir, pero los que quedaron –una quincena de personas– se encontraban completamente ebrios. Bailaban entre hombres. Los más dados a la marinera eran el cura Velarde y el juez Ortega. El cura se quitó la sotana y se hizo el protagonista de la fiesta. Bailaba y cantaba en medio de todos y a voz en cuello. Después propuso ir a casa de una familia de chicheras en la que el cura y el doctor Riaño tenían pretensiones escabrosas respecto de dos indias buenamozas. Pero alguien aseguró que no se podía ir, porque el padre de las indias había caído herido en la plaza.

Tomados del brazo, el alcalde Parga, el subprefecto Luna y los hermanos Marino discutían acaloradamente. El alcalde balbuceaba, bamboleándose de borracho:

–¡Yo soy todo de los yanquis! ¡Yo se lo debo todo! ¡La alcaldía! ¡Todo! ¡Son mis patrones! ¡Son los hombres de Colca!

–¡No solo de Colca –argumentaba Mateo Marino–, sino del departamento! ¡Ellos mandan! ¡Qué carajo! ¡Viva míster Taik, señores!...

El subprefecto Luna, hombre versado en temas internacionales, explicaba entusiastamente a sus amigos:

–¡Ah, señores! ¡Los Estados Unidos es el pueblo más grande de la tierra! ¡Qué progreso formidable! ¡Qué riqueza! ¡Qué grandes hombres, los yanquis! ¡Fíjense que casi toda la América del Sur está en manos de las finanzas norteamericanas! ¡Las mejores empresas mineras, los ferrocarriles, las explotaciones caucheras y azucareras, todo se está haciendo con dólares de Nueva York! ¡Ah! ¡Eso es una cosa formidable! ¡Y van a ver ustedes que la guerra europea no terminará, mientras no entren en ella los Estados Unidos! ¡Acuérdense de lo que les digo! ¡Pero es claro! ¡Ese Wilson es cojonudo! ¡Qué talento! ¡Qué discursos que pronuncia! ¡El otro día leí uno!... ¡Carajo! ¡No hay que dudar!...

José Marino adujo enérgicamente:

–¡Pero, sobre todo, la “Mining Society”! ¡Es el más grande Sindicato minero en el Perú! ¡Tiene minas de cobre en el Norte, minas de oro y plata en el Centro y en el Sur! ¡Por todas partes! Míster Weiss me decía en Quivilca lo que es la “Mining Society”. ¡Qué enorme empresa! ¡Oh! ¡Sólo les digo que los socios de la “Mining” son los más grandes millonarios de los Estados Unidos! ¡Muchos de ellos son banqueros y son socios de otros mil sindicatos de minas, de azúcar, de automóviles, de petróleo! ¡Místers Taik y Weiss solamente disponen de fortunas colosales!...

–¡Bueno, señores! –dijo, acercándose el cura Velarde del brazo del juez Ortega–. ¿De qué se trata?

–¡Aquí –respondió con orgullo Mateo Marino–, aquí, hablando de los yanquis!

–¡Ah! -exclamó el cura-. ¡Los gringos son los hombres! Bebamos una copa por los norteamericanos. ¡Ellos son los que mandan! ¡Qué caracoles! Yo he visto al mismo obispo agacharse ante míster Taik la vez pasada que fui al Cuzco. ¡El obispo quería cambiar al cura de Canta, y míster Taik se opuso y, claro, monseñor tuvo que agacharse!...

Mateo Marino ordenó a los músicos en alta voz:

–¡Un “ataque”! ¡Un “ataque”! ¡Un “ataque”!

Los músicos, que estaban en el corredor e ignoraban de lo que se hablaba dentro de los salones, tocaron un “ataque” fogoso, rítmico y algo monótono. Un vocerío confuso y ensordecedor se produjo en los salones. Todos tenían una copa en la mano y todos hablaban a gritos y a la vez:

–¡Vivan los Estados Unidos! ¡Viva la “Mining Society”! ¡Vivan los norteamericanos! ¡Viva Wilson! ¡Viva míster Taik! ¡Viva míster Weiss! ¡Viva Quivilca! ¡Viva, señores, el subprefecto de la provincia! ¡Viva el alcalde! ¡Viva el juez de primera instancia! ¡Viva el señor Iglesias! ¡Viva “Marino Hermanos”! ¡Abajo los indios! ¡Abajo!...

En medio de la bulla, y entre las notas entusiastas del “ataque”, sonaron varios tiros de revólver. El juez Ortega y el cura Velarde sacaron sus pañuelos y se pusieron a bailar. Los músicos, al verlos, pasaron a tocar, sin solución de continuidad, la fuga de una marinera irresistible. Los demás rodearon al cura y al juez, haciendo palmas y dando gritos estridentes y frenéticos.

El día empezó a rayar tras de los cerros nevados y lejanos de los Andes.

* * *

Al día siguiente, el doctor Riaño hizo la autopsia de los cadáveres. Tres de los heridos habían muerto a la madrugada. Algunos de los cadáveres fueron enterrados por la tarde.

El subprefecto Luna, a eso de la una del día, y todavía en su cama, recibió, entre su correo matinal, la respuesta telegráfica del prefecto. El telegrama decía: “Subprefecto Luna. Colca.– Deplorando sucesos, felicítolo actitud ante atentado indiada y restablecimiento orden público. (Firmado). Prefecto Ledesma”. Luna empezó luego a leer sus cartas y periódicos. Súbitamente, con una sonrisa de satisfacción, llamó a su ordenanza Anticona:

–¡Anticona!

–Su señoría.

–Vaya usted a llamar al señor José Marino. Dígale que le estoy esperando y que venga inmediatamente.

–Muy bien, su señoría.

A los pocos momentos, José Marino entraba al dormitorio del subprefecto, contento y sonriente:

–¿Qué tal? ¿El sueño ha sido bueno?

–Sí –dijo Luna con gesto de fatiga–. Pase usted. Siéntese. Las copas a mí me hacen siempre mucho daño. La vejez. ¡Qué quiere usted!

–¡Yo, no! ¡Yo he dormido como un chancho!

–Bueno, mi querido Marino. ¡Acabo de recibir telegrama del prefecto! ¡Mire usted!...

El subprefecto le tendió el telegrama y José Marino leyó mentalmente.

–¡Estupendo! –exclamaba Marino–. ¡Estupendo! ¡Ya ve usted, ya se lo decía yo ayer! ¡Naturalmente! El prefecto y el Ministro tienen que aprobar lo que usted ha hecho. Además, yo voy a escribirle en seguida a míster Taik contándole lo que ha pasado y diciéndole que lo recomiende a usted inmediatamente al Cuzco y a Lima, a fin de que se apruebe lo de ayer y no lo muevan a usted de Cannas.

–¡Eso es! ¡Eso es! ¡Bueno! ¡Bueno! Esto lo dejo al cuidado suyo. En cuanto a los indios que están presos, me parece que usted puede tomar unos quince para las minas. Ahí también acabo de leer en el periódico la entrada de los Estados Unidos a la guerra europea.

–¿Sí? –preguntó José Marino, alborotado.

–¡Sí, sí, sí! Acabo de leerlo en el periódico.

–Entonces, míster Taik ya debe también saberlo a estas horas y habrá redoblado los trabajos de las minas. Tiene que enviar inmediatamente a Mollendo, para ser embarcado a Nueva York, un gran lote de tungsteno.

–Por eso, justamente, lo he llamado, para decirle que, en vista del apuro de peones en que está la “Mining Society”, disponga usted, hoy mismo, si lo quiere, de quince indios de los que tengo ahora en la cárcel.

–¿No es posible tomar de ahí unos veinte?

–Por mi parte, yo lo haría con mucho gusto. Ya sabe usted que yo estoy aquí para servirles a ustedes, y eso es

lo único que me interesa. Yo sé que mientras míster Taik esté contento y satisfecho de mí, no tengo nada que temer. Pero ya les he dicho ayer que yo necesito también lo menos cinco “conscriptos” antes de fin de mes. De los indios que hay en la cárcel, tengo que tomar también tres que me faltan para completar mi contingente. Yo no puedo quedar mal con el prefecto. Póngase usted en mi lugar. Además, no conviene ir muy lejos en esto de los indios para Quivilca. Hay que desconfiarse de Riaño y del viejo Iglesias. Si el viejo Iglesias llega a saber que yo les he dado a ustedes veinte indios para Quivilca, él va a querer también otros tantos para su hacienda, y, como siempre está escribiéndose con Urteaga, puede indisponerme con el Gobierno...

–Pero si tenemos a míster Taik con nosotros...

–Sí, sí; pero siempre es bueno estar bien con el diputado...

–¡No, no, no! Yo le aseguro, además, que el viejo Iglesias no tiene por qué saberlo. Quivilca está lejos. Una vez que los indios estén en las minas, nadie sabrá de ellos nada, ni dónde están ni qué es lo que hacen, ni nada.

–¿Y las familias de los indios? ¿Y si van a Quivilca?

–Muy bien; pero si usted se lo impide, no se moverán ni harán nada. Además, a todo el mundo hay que decirle que se les ha puesto en libertad y que los indios han huido después de miedo. Haciéndolo así, si se llega a saber que algunos de ellos están en las minas, se puede decir que ellos mismos se habían ido a Quivilca, de miedo al juicio por los sucesos de ayer...

Así quedó acordado entre José Marino y el subprefecto Luna. En la noche de ese mismo día, y previa una

selección de los más humildes e ignorantes, fueron sacados, en la madrugada, veinte indios de la cárcel, de tres en tres. La ciudad estaba sumida en un silencio absoluto. Las calles estaban desiertas. Los indios iban acompañados de dos gendarmes, bala en boca y conducidos a las afueras de Colca, sobre el camino a Quivilca. Allí se formó el grupo completo de los veinte indios prometidos por Luna a “Marino Hermanos”, y a las cuatro de la mañana fue la partida para las minas de tungsteno. Los veinte indios iban amarrados los brazos a la espalda y todos ligados entre sí por un sólido cable, formando una fila en cadena, de uno en fondo. Custodiaban el desfile, a caballo, José y Mateo Marino, un gendarme y cuatro hombres de confianza, pagados por los hermanos Marino. Los siete guardias de los indios iban armados de revólveres, de carabinas y de abundante munición.

La marcha de estos forzados, para evitar encuentros azarosos en la ruta, se hizo en gran parte por pequeños senderos apartados.

Nadie dijo a estos indios nada. Ni adónde se les llevaba ni por cuánto tiempo ni en qué condiciones. Ellos obedecieron sin proferir palabra. Se miraban entre sí, sin comprender nada, y avanzaban a pie, lentamente, la cabeza baja y sumidos en un silencio trágico. ¿Adónde se les estaba llevando? Quién sabe al Cuzco, para comparecer ante los jueces por los muertos de Colca. ¡Pero si ellos no habían hecho nada! ¡Pero quién sabe! ¡Quién sabe! O tal vez los estaban llevando a ser concriptos. ¿Pero también los viejos podían ser concriptos? ¡Quién sabe! Y, entonces, ¿por qué iban con ellos los Marino y otros hombres particulares, sin vestido militar? ¿Sería que estaban ayudando al subprefecto? ¿O acaso se los estaban llevando a

botarlos lejos, en algún sitio espantoso, por haberlos agarrado en la plaza, a la hora de los tiros? ¿Pero dónde estaría ese sitio y por qué esa idea de castigarlos botándolos así, tan lejos? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Pero ni un poco de cancha! ¡Ni un puñado de trigo o de harina de cebada! ¡Y ni siquiera una bola de coca! Cuando ya fue de mañana y el sol empezó a quemar, muchos de ellos tuvieron sed. ¡Pero ni siquiera un poquito de chicha! ¡Ni un poco de cañazo! ¡Ni un poco de agua! ¿Y las familias? ¡La pobre Paula, embarazada! ¡El Santos, todavía tan chiquito! ¡El taita Nico, que se quedó almorzando en el corral! ¡La mama Dolores, tan flacuchita la pobre y tan buena! ¡Y los rocotos amarillos, grandes ya! ¡El tingo de maíz, verde, verde! ¡Y el gallo cenizo, para llevarlo a Chucaca!... ¡Ya todo iba quedando lejos, lejos!... ¿Hasta cuándo? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!

III

Pocas semanas después, el herrero Huanca conversaba en Quivilca con Leónidas Benites y el apuntador y ex amante de la finada Graciela. Era de noche. Estaban en el rancho del apuntador, situado en el campamento obrero, pero muy a las afueras de Quivilca, cerca ya de las quebradas de “Sal si puedes”. En el único cuarto del rancho miserable, donde el apuntador vivía solo, ardía, junto a la cama, un candil de kerosene. Por todo mueble, un burdo banco de palo y dos troncos de alcanfor para sentarse. En los muros de cercha, empapelados de periódicos, había pegadas con goma unas fotografías arrancadas de Variedades, de Lima. Los tres hombres hablaban misteriosamente y en voz baja. Con frecuencia, callaban y aguaitaban con cautela entre los magueyes de la puerta, hacia la rúa desierta y hundida en el silencio de la puna. ¿Qué insólito motivo había podido juntar en un ambiente semejante a estos hombres tan distintos unos de otros? ¿Qué inaudito acontecimiento había sacudido a Benites, al punto de agitarlo y arrastrarlo hasta el humilde apuntador y, lo que era más extraño, hasta Servando Huanca, el herrero rebelde y taciturno? ¿Y cómo, de otra parte, había ido a parar Huanca a Quivilca, después de los sucesos sangrientos de Colca?

–¿Estamos, entonces, de acuerdo? –preguntó vivamente Huanca a Benites y al apuntador.

Benites parecía vacilar, pero el apuntador, en tono de plena convicción, respondía:

–¡Ya lo creo! ¡Yo estoy completamente convencido!

Servando Huanca volvió a la carga sobre Benites.

–Pero, vamos a ver, señor Benites. ¿Usted no está convencido de que los gringos y los Marino son unos ladrones y unos criminales, y que viven y se enriquecen a costa de la vida y la sangre de los indios?

–Completamente convencido –dijo Benites.

–¿Entonces? Lo mismo, exactamente lo mismo sucede en todas las minas y en todos los países del mundo: en el Perú, en la China, en la India, en África, en Rusia...

Benites interrumpió:

–Pero no en los Estados Unidos, ni en Inglaterra, ni en Francia, ni en Alemania, porque allí los obreros y la gente pobre está muy bien...

–¿“La gente pobre está muy bien”? ¿Qué es eso de que “la gente pobre está muy bien”? Si es pobre, no puede entonces estar bien...

–Es decir, que los patrones de Francia, de Inglaterra, de Alemania y de los Estados Unidos no son tan malos ni explotan tanto a sus compatriotas como hacen con los indígenas de los otros países...

–Muy bien, muy bien. Los patrones y millonarios franceses, yanquis, alemanes, ingleses son más ladrones y criminales con los peones de la India, de Rusia, de la China, del Perú, de Bolivia, pero son también muy ladro-

nes y asesinos con los peones de las patrias de ellos. En todas partes, en todas, pero en todas, hay unos que son patrones y otros que son peones, unos que son ricos y otros pobres. Y la revolución, lo que busca es echar abajo a todos los gringos y explotadores del mundo, para liberar a los indios y trabajadores de todas partes. ¿Han leído ustedes en los periódicos lo que dicen que en Rusia se han levantado los peones y campesinos? Se han levantado contra los patrones, y los ricos, y los grandes hacendados, y contra el Gobierno, y los han botado, y ahora hay otro Gobierno...

–Sí. Sí. Sí he leído en El Comercio –decía Benites–. Pero se han levantado sólo contra el zar. No contra los patrones y ricos hacendados, porque hay siempre patrones y millonarios... Sólo han botado al zar.

–¡Sí; pero ya van a ver ustedes!...

–¡Claro! –dijo Benites entusiasmándose–. Hay en el nuevo Gobierno de Rusia un gran hombre, que se llama... Que se llama...

–¡Kerensky! –dijo Huanca.

–Ese, ése. Kerensky. Y ése dicen que es muy inteligente, un gran orador y muy patriota, y que va a hacer justicia a los obreros y a los pobres...

Servando Huanca se echó a reír, repitiendo con zumba:

–¡Qué va a hacer justicia! ¡Qué va a hacer justicia!...

–Sí; porque es muy inteligente y honrado y muy patriota...

–¡Será otro zar, y nada más! –dijo enérgicamente el herrero–. Los inteligentes nunca hacen nada de bueno. Los que son inteligentes y no están con los obreros y con

los pobres, sólo saben subir y sentarse en el Gobierno y hacerse, ellos también, ricos y no se acuerdan más de los necesitados y de los trabajadores. Yo he leído, cuando trabajaba en los valles azucareros de Lima, que sólo hay ahora un solo hombre en todo el mundo, que se llama Lenin, y que ése es el único inteligente que está siempre con los obreros y los pobres y que trabaja para hacerles justicia contra los patrones y hacendados criminales. ¡Ese sí que es un gran hombre! ¡Y van a ver! Dicen que es ruso y que los patrones de todas partes no le pueden ver ni pintado, y han hecho que los gobiernos lo persigan para fusilarlo...

El agrimensor decía incrédulo:

–No hará tampoco nada. ¿Qué va a hacer, si lo persiguen para fusilarle?

–¡Ya verán ustedes! ¡Ya verán! Ahí tengo un periódico que me han enviado de Lima, escondido. Ahí dicen que Lenin va a ir a Rusia y va a levantar las masas contra ese Kerensky y lo va a botar y va a poner en el Gobierno a los obreros y a los pobres. ¡Allí también dicen que lo mismo hay que hacer en todas partes: aquí en el Perú, en Chile, en el extranjero, en todos los países, para botar a los gringos y patrones, y ponernos nosotros, los obreros y los pobres, en el Gobierno!

Benites sonreía con escepticismo. El apuntador, en cambio, oía con profunda unción al herrero.

–Eso –dijo Benites muy preocupado–, eso es muy difícil. Los indios y los peones no pueden ser Gobierno. No saben ni leer. Son aún ignorantes. Además, hay dos cosas que no hay que olvidar: primero, que los obreros sin los intelectuales –abogados, médicos, ingenieros, sacerdotes, profesores– no pueden hacer nada, y no podrán, no po-

drán ¡y no podrán nunca! Segundo, que los obreros, así estuviesen preparados para gobernar, tienen que ceder siempre los primeros puestos a los que ponen el capital, porque los obreros solo ponen su trabajo...

–Muy bien. ¡Pero entendámonos, señor Benites! Ya les he dicho que...

–Sí. De acuerdo. Estamos acordes en que deben gobernar solo los que...

–¡No, no, no! ¡Espéreme un instante! ¡Hágame el favor! Déjeme hablar. Vamos por orden: dice usted que los obreros no pueden hacer nada sin los abogados, profesores, médicos, sacerdotes, ingenieros. Bueno. Pero lo que pasa es que los curas, profesores, abogados y demás, son los primeros ladrones y explotadores del indio y del peón.

Benites protestó:

–¡No, señor! ¡No, señor!...

–¡Sí, señor! ¡Sí! –decía el herrero enardecido.

–¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! –decía también con ímpetu el apuntador–. Los médicos, los ingenieros y todos esos que se las dan de señoritos inteligentes, son unos ladrones y esquilmán a los indios y a los pobres. ¡Sí! ¡Sí! ¡Usted mismo –añadió irritado el apuntador, dirigiéndose a boca de jarro al agrimensur–, usted mismo y el profesor Zavala y el ingeniero Rubio tomaron parte en la muerte de la Graciela en el bazar!...

–¡No, señor! ¡Está usted equivocado! –argumentaba en tono amedrentado Benites.

–¡Sí! ¡Sí! –decía el apuntador, desafiando al agrimensur–.

Usted es un hipócrita, que solo vino a ver a Huanca para vengarse de los gringos y de Marino, porque le han quitado el puesto y porque le han robado sus socios, y nada más. Usted y Rubio fueron los primeros, con el coche Marino, en quitarles sus chacras, sus animales y sus granos a los soras, robándoles y metiéndoles después en las minas, para hacerlos morir entre las máquinas y la dinamita como perros... Usted quiere ahora engañarnos y decir que quiere ponerse con nosotros, cuando no es cierto. Usted se irá con los gringos y con los Marinos, apenas le vuelvan a llamar y a dar un puesto. Y entonces, usted será el primero en traicionarnos y decir a los patronos lo que estamos haciendo y lo que estamos diciendo aquí. ¡Sí! ¡Sí! ¡Así son los ingenieros y todos los profesores, y doctores, y curas, y todos, todos! ¡No hay que creerles a ustedes nada! ¡Nada! ¡Ladrones! ¡Criminales! ¡Traidores! ¡Hipócritas! ¡Sinvergüenzas!...

–¡Basta! ¡Basta! ¡Calle! –le dijo afectuosamente Huanca al apuntador, interponiéndose entre éste y Leónidas Benites–. ¡Ya está! ¡Ya está! No se gana nada con ponerse así. Hay que ser serenos. ¡Nada de alborotos ni de atolondramientos! El revolucionario debe ser tranquilo...

–¡Además –decía Benites, pálido y suplicante–, yo no he hecho nada de eso! Yo les juro por mi madre que yo no me metí en nada para la muerte de la Rosada.

–¡Bueno, bueno! –dijo serenamente Huanca–. ¡Dejemos eso ya! ¡Vamos al grano! Yo le decía a usted –añadió dirigiéndose a Benites– que los curas y los doctores también son enemigos de los indios y los trabajadores. ¿Qué es lo que pasó aquella vez en Colca? ¡Entre el subprefecto, el médico, el juez de primera instancia, el alcalde

y el sargento, y el gamonal Iglesias, y los soldados dieron la muerte a más de quince pobres indios! ¡El tuerto Ortega fue el más malo y el más cruel! ¿Y el cura Velarde? ¿No estuvo con todos ellos recorriendo el pueblo, revólver en mano, y persiguiendo a balazos a los indios inocentes?... ¿Y el profesor García?...

El apuntador, con la cara encendida por el rencor, se paseaba nerviosamente en el rancho. Leónidas Benites oía a Huanca, cabizbajo y como presa de hondas luchas interiores. Una aguda incertidumbre suscitaban en su espíritu los alegatos del herrero. Benites, en el fondo, tenía fe absoluta en la doctrina, según la cual, son los intelectuales los que deben dirigir y gobernar a los indios y a los obreros. Eso lo había aprendido en el colegio y en la Universidad y lo seguía leyendo en libros, revistas y periódicos, nacionales y extranjeros. Sin embargo, Benites acogía esta noche la opinión en contrario de Servando Huanca, con extraña atención, con respeto y hasta con simpatía. ¿Por qué? Verdad es que místers Taik y Weiss le habían arrojado de su puesto de agrimensor y que José Marino rompió también con él la sociedad de cultivo y cría. Verdad es que Benites odiaba ahora, a causa de estos daños, a los patrones yanquis tanto como a los patrones peruanos –encarnados estos últimos en las personas de “Marino Hermanos”–. Pero –se decía en conciencia–, de aquí a ponerse en tratos con Huanca, para mover a los peones contra la “Mining Society” y –lo que era más grave– para provocar así nomás un levantamiento de las masas contra el orden social y económico reinante, media, en realidad, un gran abismo... ¡Y si las pretensiones del herrero no fuesen más que ésas! ¡Si el herrero quisiese únicamente el aumento de los salarios a la peonada,

buenos ranchos, disminución de las horas de trabajo, descanso por las noches y los domingos, asistencia medicinal y farmacéutica, remuneración por accidentes de trabajo, escuelas para los hijos de los obreros, dignificación moral de los indios, el libre ejercicio de sus derechos y, por último, la justicia igual para grandes y pequeños, para patrones y jornaleros, poderosos y desvalidos!... Mas eso no era todo. ¡Servando Huanca osaba ir hasta hablar de revolución y de botar a los millonarios y grandes caciques que están en el Gobierno, para ponerlo a éste en manos de los obreros y campesinos, pasando por sobre las cabezas de la gente culta e ilustrada, como los abogados, ingenieros, médicos, hombres de ciencia y sacerdotes!... No podía el agrimensor concebir a un herrero de ministro y a un obispo, un catedrático o un sabio, pidiendo audiencia a aquel y guardándole antesala. ¡Ah, no! Eso pasaba todo límite y toda seriedad. Pongamos por caso que muchos intelectuales fuesen pícaros y explotadores del pueblo. Pero, juzgando las cosas en el terreno estrictamente científico y técnico, para Benites, la idea y los hombres de ideas constituyen la base y el punto de partida del progreso, ¿qué podrán hacer los pobres campesinos y jornaleros el día en que se pusieran a la cabeza del Gobierno? ¡Sin ideas, sin noción de nada, sin conciencia de nada! ¡Reventarían! De esto estaba completamente convencido Leónidas Benites. Y justamente, por estarlo, no podía explicarse el agrimensor por qué seguía oyendo y discutiéndole a Huanca, un hombre chiflado y ante quien él, Benites, aparecía nada menos que como enemigo y explotador de la clase obrera y campesina.

–Pero, Huanca –le argumentó Benites–, no diga usted disparates. Nosotros, los intelectuales, estamos lejos

de ser enemigos de la clase obrera. Todo lo contrario: yo, por ejemplo, soy el primero en venir a hablar con ustedes espontáneamente y sin que nadie me obligue y hasta con peligro de que lo sepan los gringos y me boten de Quivilca...

El apuntador le respondió violentamente:

–Pero yo le apuesto que si mañana le vuelven a dar su puesto los gringos, usted no vuelve más a buscarnos y, si hay una huelga, será usted el primero en echarles bala a los peones...

–¡Sí! ¡Sí! –dijo Servando Huanca–. Los obreros no debemos confiarnos de nadie, porque nos traicionan. Ni de doctores, ni de ingenieros, ni menos de curas. Los obreros estamos solos contra los yanquis, contra los millonarios y gamonales del país, y contra el Gobierno, y contra los comerciantes, y contra todos ustedes, los intelectuales...

Leónidas Benites se sintió profundamente herido por estas palabras del herrero. Herido, humillado y hasta triste. Aunque rechazaba la mayor parte de las ideas de Huanca, una misteriosa e irrefrenable simpatía sentía crecer en su espíritu, por la causa en globo de los pobres jornaleros de las minas. Benites había también visto muchos atropellos, robos, crímenes e ignominias practicados contra los indios por los yanquis, las autoridades y los grandes hacendados del Cuzco, de Colca, de Accoya, de Lima y de Arequipa. Sí. Ahora los recordaba Benites. Una vez, en una hacienda de azúcar de los valles de Lima, Leónidas Benites se hallaba de paseo, invitado por un colega universitario, hijo del propietario de ese fundo, senador de la República éste y profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. Este hombre, célebre en la región

por su despotismo sanguinario con los trabajadores, solía levantarse de madrugada para vigilar y sorprender en falta a los obreros. En una de sus incursiones nocturnas a la fábrica, le acompañaron su hijo y Leónidas Benites. La fábrica estaba en plena molienda y eran las dos de la mañana. El patrón y sus acompañantes se deslizaron con gran sigilo junto al trapiche y a las turbinas, dieron la vuelta por las máquinas wrae y descendieron por una angosta escalera a la sección de las centrífugas. En un ángulo del local, se detuvieron a observar, sin ser vistos, a los obreros. Benites vio entonces una multitud de hombres totalmente desnudos, con un pequeño taparrabo por toda vestimenta, agitarse febrilmente y en diversas direcciones delante de enormes cilindros que despedían estampidos isócronos y ensordecedores. Los cuerpos de los obreros estaban, a causa del sofocante calor, bañados de sudor, y sus ojos y sus caras tenían una expresión angustiada y lívida de pesadilla.

–¿Qué temperatura hace aquí? –preguntó Benites.

–Unos 48 a 50 grados –dijo el patrón.

–¿Y cuántas horas seguidas trabajan estos hombres?

–De seis de la tarde a seis de la mañana. Pero ganan una prima.

El patrón dijo esto y añadió, alejándose en puntillas en dirección a los obreros desnudos, pero sin que éstos pudiesen verlo:

–Un momento. Espéreme aquí. Un momento...

El patrón avanzó a paso rápido, agarró un balde que encontró en su camino y lo llenó de agua fría en una bomba. ¿Qué iba a hacer ese hombre? Uno de los obreros,

desnudo y sudoroso, estaba sentado, un poco lejos, en el borde del rectángulo de acero. Acodado en sus rodillas, apoyaba en sus manos la cabeza inundada de sudor. Dormía. Algunos de los otros obreros advirtieron al patrón y, como de ordinario, temblaron de miedo. Y fue entonces que Leónidas Benites vio con sus propios ojos estupefactos una escena salvaje, diabólica, increíble. El patrón se acercó en puntillas al obrero dormido y le vació de golpe el balde de agua fría en la cabeza.

–¡Animal! –vociferó el patrón, haciendo esto-. ¡Haragán! ¡Sinvergüenza! ¡Ladrón! ¡Robándome el tiempo!... ¡A trabajar! ¡A trabajar!...

El cuerpo del obrero dio un salto y se contrajo luego por el suelo, en un temblor largo y convulsivo, como un pollo en agonía. Después se incorporó de golpe, lanzando una mirada larga, fija y sanguinolenta en el vacío. Vuelto en sí, y aún atontado un poco, reanudó su trabajo.

Aquella misma madrugada murió el obrero.

Benites recordó esta escena, como en un relámpago, mientras Servando Huanca le decía a él y al apuntador:

–Hay una sola manera de que ustedes, los intelectuales, hagan algo por los pobres peones, si es que quieren, en verdad, probarnos que no son ya nuestros enemigos, sino nuestros compañeros. Lo único que pueden hacer ustedes por nosotros es hacer lo que nosotros les digamos y oírnos y ponerse a nuestras órdenes y al servicio de nuestros intereses. Nada más. Hoy por hoy, ésta es la única manera como podremos entendernos. Más tarde, ya veremos. Allí trabajaremos, más tarde, juntos y en armonía, como verdaderos hermanos... ¡Escoja usted, señor Benites!... ¡Escoja usted!...

Un silencio profundo guardaron los tres hombres, El herrero y el apuntador miraban fijamente a Benites, esperando su respuesta. El agrimensor seguía meditabundo y agachado. El peso de los argumentos de Huanca le estaban trayendo por tierra. Ya no podía. Ya se sentía casi vencido, por mucho que no alcanzaba a explicarse esa su testaruda inclinación de ahora hacia la causa de los indios y peones. No se daba cuenta Benites, o no quería darse cuenta, de que si ahora estaba con esos dos obreros en el rancho, era solo porque había caído en desgracia con los yanquis y con “Marino Hermanos”. ¿Cómo no tuvo antes lástima de los obreros y yanaconas, cuando era agrimensor de la “Mining Society” y alternaba, en calidad de amigo, con místers Taik y Weiss? Tipo clásico del pequeño burgués criollo y del estudiante peruano, dispuesto a todas las complacencias con los grandes potentados y a todos los arribismos y cobardías de su clase. Leónidas Benites, al perder su puesto en las minas y verse arrojado de los pies de sus patrones y cómplices, cayó en un abatimiento moral inmenso. Su infortunio era tan completo, que se sentía el más pequeño y desgraciado de los hombres. Vagaba ahora solo y como un sonámbulo, cada día más escuálido y timorato, por los campamentos obreros y por los roquedales de Quivilca. Por las noches, no podía dormir y, con frecuencia, lloraba en su cama. Una gran crisis nerviosa le devoraba. Alguna vez, le vinieron muy negros pensamientos, y, entre estos, la idea del suicidio. Para Benites, la vida sin un puesto y sin una situación social no valía la pena de ser vivida. Su temple moral, su temperatura religiosa, en fin, todo su instituto vital cabía a las justas entre un sueldo y un apretón de manos de un magnate. Perdidos o desplazados estos dos polos funda-

mentales de su vida, la caída fue automática, tremenda, casi mortal. Cuando tuvo noticias de quién era Huanca y de su llegada oculta a Quivilca, tuvo el agrimensor un súbito sacudimiento moral. Antes de buscar a Huanca, sus reflexiones fueron muchas y desgarradoras. Vaciló varios días entre suplicar y esperar de los yanquis la piedad, o ir a ver a Huanca. Hasta que, una noche, su desesperación fue tan grande que ya no pudo más y fue a buscar al herrero.

Por su parte, Servando Huanca no quiso, al comienzo, descubrirle sus secretos propósitos. El apuntador había puesto a Huanca al corriente de toda la situación de los obreros, patronos y altos empleados de la “Mining Society” y le había hablado muy mal de Leónidas Benites. Sin embargo, la insistencia dramática y angustiada del agrimensor por ponerse al lado de los peones y, en particular, la circunstancia de haber sido Benites despedido de la empresa, pesaron en el ánimo y la táctica de Huanca, y se puso en inteligencia con el agrimensor. Quizás éste –pensaba para sí el herrero– le traía un secreto, una confidencia, un documento o cualquiera otra arma estratégica de combate, sorprendida y agarrada a los manejos íntimos de la empresa y de sus directores.

–¿Pero en qué puede usted ayudarnos? –le había preguntado Huanca a Benites, desde el primer momento.

–¡Ah! –había respondido gravemente el agrimensor–. Ya le diré después... ¡Yo tengo en mis manos una cosa formidable!... ¡Ya se lo diré otro día!

Servando Huanca aguardaba con ansiedad esta revelación del agrimensor, y de aquí su campaña tenaz y ardiente por ganarlo totalmente a la causa de los peones.

Además, el herrero tenía prisa en ver claro y orientarse cuanto antes en lo tocante a los lados flacos de la “Mining Society” y de los gringos, para iniciar inmediatamente sus trabajos de propaganda y agitación entre las masas. Ya por impulso propio, los obreros empezaban a dar signos prácticos de descontento y de protesta. No había entonces tiempo que perder. Huanca volvió a decir ahora al agrimensur, con un calor creciente:

–¡Escoja usted! ¡Y escoja usted con sinceridad, con franqueza y sin engañarse a usted mismo! ¡Abra bien los ojos! ¡Piénselo! ¡Usted mismo me dice que le dan asco y pena y rabia los crímenes y robos de los “Marino”! ¡Usted mismo está convencido de que, en buena cuenta, la “Mining Society” no hace más que venir al Perú a sacar nuestros metales, para llevárselos al extranjero! ¿Entonces?... ¿Y a usted mismo, por qué lo han botado de su puesto? ¿Por qué? ¿Usted cumplía con su deber? ¿Usted trabajaba? ¿Entonces?

–¡Porque Taik se deja llevar de los chismes de Marino! –respondió en una queja infinita Benites–. ¡Por eso! ¡Porque Marino me detesta! ¡Solo por eso! ¡Pero yo sabré vengarme! ¡Por esta luz que nos alumbra! ¡Yo me vengaré!...

Huanca y el apuntador, impresionados por el juramento rencoroso de Benites, se lo quedaron mirando.

–¡Eso es! –dijo después Huanca a Benites–. ¡Hay que vengarse! ¡Hay que vengarse de las injusticias de los ricos! ¡Pero que esto no se quede en simples palabras! ¡Hay que hacerlo!

El apuntador dijo, por su parte, con rabia.

–¡Y yo!... ¡Y yo!... ¡A mí me han de pagar lo que hicieron con la Graciela! ¡Ah! ¡Por éstas!... ¡Gringos, hijos de puta!...

Los tres hombres estaban caldeados. Una atmósfera dramática, sombría y de conspiración, reinó en el rancho. Leónidas Benites se acercó a la puerta, miró afuera por las rendijas y se volvió a los otros.

–¡Yo tengo cómo fregar a la “Mining Society”! –les dijo en voz baja–. Míster Taik no es yanqui. ¡Es alemán! ¡Yo tengo las pruebas: una carta de su padre, escrita de Hannóver! Se le cayó del bolsillo una noche en el bazar, estando borracho...

–¡Muy bien! –dijo a Benites el herrero–. Muy bien. Lo que importa es que usted esté decidido a ponerse a nuestro lado y a luchar contra los gringos. ¡Hay mil maneras de joderlos!... ¡Las huelgas, por ejemplo! Ya que usted quiere ayudarnos y usted mismo me ha buscado para hablar sobre estas cosas, yo quisiera saber si usted puede o no ayudarme a mover a los peones...

Tras de un largo silencio de los tres, cargado de una gran tensión nerviosa, Benites, abrumado por las verdades, claras y sencillas, del herrero, dijo enérgicamente:

–¡Bueno! ¡Yo estoy con los peones! ¡Cuenten conmigo!... ¡La carta de míster Taik está a la disposición de ustedes!...

–¡Muy bien! –dijo con firmeza Huanca–. Entonces, mañana, en la noche, hay que traer con engaños aquí al arriero García, al mecánico Sánchez y al sirviente de los gringos. Usted –añadió, dirigiéndose a Benites–, usted me trae también mañana la carta de míster Taik. Y creo

que mañana seremos seis. Hoy empezamos ya entre tres.
¡Buen número!...

Unos instantes después, salió del rancho Leónidas Benites, cuidando de no ser visto. Minutos más tarde, salió, tomando idénticas precauciones, Servando Huanca. Segó a la derecha, a paso lento y tranquilo, y se alejó, perdiéndose ladera abajo, por “Sal si puedes”. Sus pisadas se apagaron de golpe a la distancia.

Dentro del rancho, el apuntador trancó su puerta, apagó el candil y se acostó. No acostumbraba desvestirse, a causa del frío y de la miseria del camastro. No podía dormir. Entre los pensamientos y las imágenes que guardaba de las admoniciones del herrero, sobre “trabajo”, “salario”, “jornada”, “patrones”, “obreros”, “máquinas”, “explotación”, “industria”, “productos”, “reivindicaciones”, “conciencia de clase”, “revolución”, “justicia”, “Estados Unidos”, “política”, “pequeña burguesía”, “capital”, “Marx”, y otras, cruzaba esta noche por su mente el recuerdo de Graciela, la difunta. La había querido mucho. La mataron los gringos, José Marino y el comisario. Recordándola ahora, el apuntador se echó a llorar.

El viento soplaba afuera, anunciando tempestad.

INDICE

PRÓLOGO

Roberto Reyes Tarazona 9

EL TUNGSTENO

I	39
II	87
III	155

EL TUNGSTENO, de César Vallejo
se terminó de imprimir en el mes de abril
del 2011, en los talleres gráficos de la Asociación
Fondo de Investigadores y Editores (AFINED),
Calle Las Herramientas 1873, Cercado de Lima.
Lima - Perú.

SERIE: EDUCACIÓN

Educación y formación de la personalidad

Pedro Ortíz Cabanillas

Políticas educativas y

trabajo docente en América Latina

Dalila Andrade Oliveira (Compiladora)

Aprendiendo la Constitución

Raúl Chanamé Orbe

Teoría general de la educación

Álvaro Villavicencio Whitembury

SERIE: MATEMÁTICA

Jaquemática. Tomo I y Tomo II

Holger G. Valqui

Retos de la matemática

El impacto del CONAMAT

Luis Piscocoya Hermoza

Métodos numéricos con MATLAB

Efracio Herminio Asís López

Formas y números

Milton Donaire Peña

SERIE: ARTE Y SOCIEDAD

La invención novelesca

Miguel Gutiérrez

Poner de pie al 1

César A. Ángeles Caballero (Compilador)

Rodolfo Hinojosa y la poesía de los años sesenta

Camilo Fernández Cozman

COLECCIÓN CÉSAR VALLEJO: CREACIÓN

- *Poemas completos*

En prensa

- *El Tungsteno*
- *Cuentos y novelas*
- *Teatro. Tomo I.*
- *Teatro. Tomo II.*

Novela iniciadora del realismo social en el Perú. La acción se desarrolla en un centro minero de la región andina, escenario donde los dramas individuales adquieren resonancias épicas por su proyección simbólica dentro de las contradicciones sociales. Ha sido escrita por César Vallejo con esmerada sencillez en contraste con el vanguardismo y la experimentación semántica de sus libros de poemas. “La prosa con que Vallejo escribe *El Tungsteno* -afirma Roberto Reyes Tarazona en el prólogo- no es ni descuidada ni apresurada, sino responde a su postura ante el arte y la literatura”. En efecto, en los años 30 los escritores no solo latinoamericanos sino de Europa debatían, motivados por los sacudimientos sociales del naciente socialismo, sobre la trascendencia de la literatura realista, el arte proletario o la concepción de clase de las obras artísticas, huellas históricas que le otorgan a *El Tungsteno*, potencia y actualidad frente a las mismas situaciones de explotación que no han sido abolidas en el presente milenio.

Patrocina

